



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR Y PROPIETARIO.—D. EDUARDO ASQUERINO.

DIRECTOR.—D. VÍCTOR BALAGUER.

PRECIOS DE SUSCRICION: En España, 24 rs. trimestre, 96 adelantado.—En el EXTRANJERO, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En ULTRAMAR, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: medio real linea.—COMUNICADOS: 20 rs. en adelante por cada linea.—REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid, calle de Florida Blanca, núm. 3.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para más pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores. Amador de los Rios, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Alberto de Quintana, Becquer, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Dacarrete, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Rio, Fernandez y G., Figuerola, Forteza, Federico Alejos Pita, Félix Pizuela, García Gutiérrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, José Feliú, José Joaquín Ribó, Lopez Garcia, Larra, Larrañaga, Lasala, Lorenzana, Llorente, Madoz, Mata, Mañé y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Matos, Moya (F. J.), Ochoa, Olavarria, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Poey, Reinoso, Retes, Ribot y Fontseré, Rafael Blasco, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodriguez (Gabriel), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Serrano Alcázar, Teodoro Llorente, Trueba, Varea, Valera, Vicente Boix, Wilson (la baronesa de.)

SUMARIO.

Revista general.—Italia, por D. Antonio Llaberia.—La Constitucion de Puerto-Rico.—Apuntes sobre literatura moderna, por D. Antonio Llaberia.—Instruccion primaria, por D. F. V. Hevia.—Prusia, por D. Luis Justo y Villanueva.—De la historia con relacion al derecho, por D. F. J. Moya.—El corazon, por D. M. Vazquez Castro.—La guerra y el derecho de gentes, por D. José Joaquín Ribó.—El cerebro y la inteligencia, por D. Amalio Gimeno.—Lo sublime, lo ridiculo, lo feo, por don J. Manjares.—Ali-Bey el Abbasi (conclusion), por D. Víctor Balaguer.—Ministerio de Ultramar.—A la guerra (poesia), por D. Pedro Mata.—Anuncios.

LA AMÉRICA.

MADRID 28 DE SETIEMBRE DE 1870.

REVISTA GENERAL.

I.

Los que despues de la derrota de Sedan, cuyos trascendentales resultados fueron el cambio radical de la situacion militar y politica de la Francia, se felicitaron generosamente esperanzados, por la idea de una próxima pacificacion, bien pueden hoy dolerse del sesgo completamente distinto que han tomado los acontecimientos. «No hay paz!» hé aquí la realidad tremenda y fria á que se llega, por la via de los sucesos ocurridos durante el período quicenal que hoy espira.

«No hay paz!... y lo que es peor, tampoco se distingue la menor probabilidad de que en mucho tiempo se alcance tan necesario, como inapreciable beneficio. Las grandes victorias obtenidas por los ejércitos prusianos, con tanta frecuencia y con tan monstruosas proporciones, que el ánimo se admira y apenas si la historia halla espacio donde registrarlas, en las páginas correspondientes al breve período de dos meses; la ruina de la Francia, consumada con asombrosa rapidez; la destruccion de sus desorganizados ejércitos, la caída de todo un régimen político; y en una palabra, todos cuantos sucesos de carácter resolutorio para la vida íntima é internacional de ambos países beligerantes se han determinado, desde que se oyó el primer cañonazo de guerra en las alturas de Sarrebruck, han sido completamente infructuosos para estrechar la distancia que separa á los dos enemigos, y para derribar esa valla de rencores y envidias que entre ellos se interpone, y que de día en día va siendo mas fuerte y mas espesa.

No hay paz; los elementos de vida y de riqueza de la desdichada nacion invadida, van sintiendo cada vez mas grande, el peso que los sepulta; las vidas de millares de hombres siguen amenazadas y dispuestas al holocausto terrible que exigió la diplomacia; la destruccion per-

petúa su reinado; el luto y el dolor no terminan; los ánimos no distinguen en el porvenir indicio alguno que les tranquilice; la guerra continúa, valida de toda la fuerza asoladora con que fué inaugurada.

Paris redobla sus esfuerzos y precauciones para rechazar el sitio, con que la amenaza el ejército victorioso que ya llega casi á sus muros; la ciudad sagrada de Víctor Hugo, pierde toda la ostentacion, todo el fausto, todo el bullicio que no la abandonaron en su pasada época de ficticio esplendor; abandónala el cuerpo diplomático, que siguiendo á la delegacion del Gobierno, se dirige á Tours, de donde bien pronto tendrá que alejarse, si es que son ciertas las noticias de que hácia aquel improvisado centro se dirige alguno de los cuerpos prusianos. Oyese únicamente en la capital de los festines y grandes orgías, la voz solemne del ex-desterrado de Guernesey, que ora á los vencidos, ora á los vencedores, dirige alternativamente palabras de patriotismo ó de caridad; exhortaciones á la lucha ó á la pacificación. Levántanse igualmente en medio del silencio del estupor ó del estrépito de las armas que se aprestan, la palabra de Edgardo Quinet, la de Dupanloup, la de cuantos patriotas encuentran en los principios de su doctrina, alguna inspiracion generosa que comunicar á sus atribulados conciudadanos.

Levántase tambien, para destruir aquel venturoso concierto de voces patrióticas, el clamor de la demagogia, siempre en guardia para empañar el brillo de los mas limpidos horizontes políticos; La Marsellesa, con su general Cluseret, y Le Rappel y Le Reveil, con destempladas frases, intentan sobreponerse al Gobierno de la defensa, ya bastante combatido por los excesos y rebeldías de Lyon, de Marsella y otros puntos donde la bandera roja ondea, cubriendo con su sombra perturbaciones y atropellos.

Mientras tanto, el ejército prusiano, dejando estrechado á Strasburgo, á Metz y á Toul, por fin, rendido, avanza rápidamente hácia el corazon de la nacion, cuyo suelo ha convertido en campo de sus victorias; anuncianse nuevas ventajas obtenidas por sus tropas sobre el ejército de Vinoy en Meaux; llegan ya sus exploradores á Saint-Cloud; establece el príncipe heredero su cuartel general en Versalles; extiéndese la línea enemiga desde este último punto á Vincennes; queda completo el cerco de Paris, y este centro, propagador de todas sus grandezas, queda aislado del resto de los pueblos de Francia y Europa, sus antiguos tributarios, mientras que desde su aislamiento deja oír en sus calles el ruido de una lucha, que los noticieros creen intestina, y que intestina habia de ser, si en realidad la lucha existió, y no fué algun hecho

difícil de determinar, sin conocer las disposiciones interiores de la capital.

No puede, por lo tanto, ser mas sombrio el cuadro que hoy ofrece la vecina nacion; no pueden ser mas patentes las muestras de que la guerra se dispone á hacer nuevos estragos, acabando con la pujanza del pueblo, que ha sido su víctima, despues de haber exterminado su fuerza militar.

La palabra paz ha sido, finalmente, pronunciada, por ese pueblo; se ha deseado, por primera vez, el momento de la reconciliacion, pero, ¿qué resultado ha conseguido esa aspiracion, de la que participan todos los ánimos espectadores del horrible conflicto?

Julio Favre y Thiers se han encargado de la mision pacificadora, el primero, tratando, como miembro del Gobierno, de realizarla con la otra nacion beligerante; el segundo saliendo en busca del apoyo de las potencias neutrales, para que por medio del reconocimiento del nuevo orden de cosas establecido en Francia, prestaran á su Gobierno la influencia que necesita para entrar en negociaciones con la Prusia.

Hoy sabemos ya el resultado de las gestiones practicadas por Favre; hoy lamentamos ya el mal éxito de sus diligencias cerca de Bismarck. Hoy nos dolemos tambien de los malos auspicios con que M. Thiers empieza á desempeñar la mision que le fué encomendada.

Mas lo cierto es, que si se han hecho gestiones en sentido favorable al término de la guerra, en ninguna de las diferentes partes, mas ó menos interesadas en la terminacion del conflicto, descubrimos verdadero empeño porque este término se realice.

II.

Julio Favre, el iniciador de la idea de pacificación, el que motivó el viaje de Thiers, el que se dirigió personalmente á Ferrieres, donde celebró con Bismarck las conferencias preliminares de un tratado que al fin no se extendió; Julio Favre, el ministro de Negocios extranjeros, fué el que primero alejó toda probabilidad de inteligencia y acuerdo en un punto donde ambos son esenciales é imprescindibles. ¿No fundó, acaso, con patriótica arrogancia, sus deseos de paz en el espíritu de toda la Francia, contrario de todo punto, á la menor desmembracion de territorio? ¿No partió para el campamento enemigo con el propósito firme de no someterse á condicion alguna, que disminuyese para nada, la extension de la Francia, y que arrebatase á ésta el dominio que ejerció sobre la Alsacia y la Lorena?

Pues si tales propósitos eran de todo punto incompatibles con las pretensiones de Prusia, quien con achaque de querer establecer una paz firme y dura-

dera, aspira tenazmente á la anexion de las provincias conquistadas, ¿quién duda que el paso dado por el ministro francés, carecia por entero, de probabilidades favorables, y que sus diligencias habian de acabar por frustrarse al intento que las determinó?

Por otro lado, el espíritu de la potencia vencedora, no se halla propicio á la terminacion de la guerra, en estos momentos sobre todo, en que se promete como muy segura, la entrada de sus ejércitos en Paris, donde pueda dictar condiciones á su sabor. Cierto es que se alega por parte de aquella potencia la razon valedera, en cierto modo, de no ofrecer el Gobierno actual garantías suficientes para el sostenimiento de los tratados que se hicieran; mas tambien es lo cierto, que si hay que esperar á que tal dificultad se remedie, el fin de la guerra se halla muy distante, ya que las garantías que no puede dar la República, menos las daría el imperio, restablecido aunque no fuera mas que momentáneamente. ¿Qué fuerza tendría, en efecto, la institucion caída, si la Francia, su mayor enemigo, no habia de ver en las condiciones, para ella onerosas, que el tratado de paz forzosamente ha de contener, más que la servil complacencia del emperador, ó de la Regencia?

Cualquiera que fuere el sentido en que se concluyera la paz por el imperio, parecería á los ojos de la nacion, como transaccion indigna, que sublevaria espontáneamente todos los ánimos.

La política prusiana, con todo, no se detiene en tales reflexiones, y es la verdad que encerrada en esa incertidumbre ficticia ó real y en su empeño de apropiarse las dos provincias donde hoy domina, hace cada vez mas imposible la confeccion de un tratado que cerrara este paréntesis de barbarie; abierto en el libro de la civilizacion.

La prensa prusiana, por su parte, fomentando ese espíritu de irreconciliacion, se ocupa de la cuestion de «con quién celebrará la paz el rey Guillermo,» y dice que no hay que pensar en la posibilidad de hacerla mientras no se constituya en Francia un partido que la desee. «Este partido, dice, se formó despues que habia caído Napoleon I, y se formará ahora tambien despues de Napoleon III, tan pronto como la nacion reconozca su verdadera situacion y pueda palpar la verdad, que ha querido disimularle el régimen caído. Es indiferente la forma de Gobierno con que quiera estrenarse semejante partido de la paz; pero tiene que establecer el hecho de que tendrá fuerza de ley lo que estipule, y tiene que hacer constar que dispone legalmente de la Hacienda y de la fuerza nacional.»

El órgano de Bismarck, Die Norddeutsche Allgemeine Zeitung, añade á este propósito que el actual Gobierno provisio-

nal no representa ni es semejante partido de la paz. El nuevo cambio de cosas, ó sea la proclamación de la República, tiene, sin embargo, su buen lado.

Consigna que la Alemania ha hecho la guerra á la Francia imperialista, sin que haga ahora mas que entretenerla con la Francia republicana, surgiendo de esta doble lucha el pensamiento de que en nada influye la forma de Gobierno, y que se trata únicamente de un pueblo turbulento y alborotador que se preparaba para establecer la República roja cuando el reinado de los Orleans, que hacia un *casus belli* de la union alemana bajo el imperio, y finalmente se ha apresurado, á los tres dias de su existencia, á enviar por toda la Alemania su proclamación republicana, excitando á que se forme la República universal, de modo que en las tres referidas formas de Gobierno no ha cesado ni un instante de considerar como su plan político el extender las fronteras hasta el Rhin y el obtener un dominio sobre la marcha de toda la Europa. Es, pues, una necesidad política, según el órgano del canciller del rey Guillermo, el fijar de una vez la frontera natural tal como la está pidiendo la Prusia. No es posible, por consiguiente, atender á los ofrecimientos de una mediación diplomática, en vista del cambio repentino de las cosas en París; además que estaria semejante proceder en abierta contradicción con las peticiones que son dirigidas al rey desde todos pueblos de la Alemania.

Para que exista el menor asomo de derecho á semejante intervencion diplomática, tiene ante todo que constituirse un Gobierno legal en Francia, con el cual sea dable entrar en negociaciones y que ofrezca garantías de poder cumplir los compromisos que contraiga. ¿Quién, añade aquel periódico, puede pretender estas garantías del Gobierno de los señores Favre, Rochefort, Luis Blanc y Victor Hugo?

Nadie por cierto; pero mientras la situación internacional de la Alemania para con la Francia ha mejorado con los acontecimientos del día 4, se ha empeorado la de la nación francesa. La prensa alemana está unánimemente de acuerdo con el rey Guillermo respecto de que no ha de sufrir la menor defension la marcha de sus tropas sobre París; la toma de París equivale naturalmente á la proteccion del pais contra las facciones políticas, lo mismo que sucedió en 1814 y en 1815, «y si es necesario, concluye, extenderemos nuestras tropas por el Sur hasta el Loire, y mas allá tambien.»

Conforme con tales expresiones de la prensa oficial é independiente de la Alemania, se encuentra el espíritu de la inmensa mayoría de la poblacion, según lo demuestran las exposiciones á que hace referencia y en las cuales busca apoyo el citado órgano de Bismark.

Los alemanes, para pedir la anexión de las dos antiguas provincias, de que los despojó Luis XIV, no se prevalen del derecho de conquista, ni se apoyan solo en el principio de las nacionalidades, aun cuando se habla todavía en ellas su idioma y consideran indisputable que les fueron arrebatadas por la violencia y el fraude: invocan principalmente la necesidad de asegurar sus fronteras, haciendo difícil otra provocacion como la que ha traído la guerra actual, y rechazan toda intervencion de las potencias neutrales en un asunto que no es de su competencia. ¿Qué hicieron,— exclama— para evitar la guerra? ¿Por qué no se unieron y concertaron antes de empezar las hostilidades, á fin de imponer su mediación por la fuerza, impidiendo una injusta y arbitraria agresión? Despues de los desastres que ha traído ésta, ¿con qué derecho pueden entrometerse á prescribir los límites de la indemnización que exija el provocado y de las seguridades que crea conveniente tomar para no verse expuesto otra vez á semejantes peligros?

Ahora bien, ante esa incompatibilidad y antagonismo, que no destruirán ciertamente las entidades en quienes reside, ¿qué hacen los demás pueblos, por obtener en el conflicto una saludable intervencion? El viaje de M. Thiers á Londres, nos ha dado ya á conocer el propósito del Gobierno inglés.

La misión de M. Thiers consiste en pedir en Londres, Viena y San Petersburgo que se reconozca el nuevo orden de cosas creado en Francia por la inercia del Gobierno imperial.

En Londres ha fracasado esta misión, sin que la habilidad y prestigio del diplomático francés hayan valido en favor de la causa de la paz, á la cual sacrifica aquel sus principios y aspiraciones de toda la vida. ¿Le sucederá otro tanto, en las cortes de Viena y San Petersburgo? Respecto de la primera es temible que influya el ejemplo de la de Inglaterra, y por lo que á la segunda toca, poco hace esperar su antigua intimidad con Prusia, á cuyos designios asentirá, si no descubre una razon favorable á las ilusiones ó intentos que no deja acariciar en sus soledades.

Triste, preciso es confesarlo, muy triste es el término de cuantas observaciones hemos estado haciendo. Ganosos de tranquilidad, de progreso, de concordia, en todos los ámbitos de la tierra, solo hallamos razones para confirmarnos en la creencia de que la lucha que trae agitada á las naciones todas, va á prolongarse hasta el momento en que por extenuacion completa de la Francia, la Prusia pueda, como en tierra de conquista, levantar orgullosa la frente, ceñida por el laurel ensangrentado de tantas y tantas victorias. Mientras tanto, despues de haber alimentado lisonjeras esperanzas que vemos ya perdidas, solo podemos exclamar tristemente convencidos: ¡No hay paz!

III.

Mas no en balde el ánimo contristado, aleccionado por la historia, busca y espera alguna compensacion dichosa al infortunio que vé preparándose á caer sobre los pueblos de la tierra. El progreso oscurecido en una region, busca otras regiones donde brillar y ostentarse. Y los tiempos, emisarios de cultura y cumplidores de altas conquistas, no retroceden en su marcha, ni dejan nunca de obtener la satisfaccion de sus exigencias.

Adversario de los tiempos, enemigo de libertades y progresos, feliz en la dominacion, airado contra todo acto emancipador, elevábase á la faz de la Europa del siglo XIX, un poder con el espíritu y organizacion del siglo XV.

Obstáculo perenne á la realizacion de una grande obra, estigma fijo en la frente de un pueblo libre, sombra que oscurecia todo un cielo, escollo de la unidad de la Italia, levantábase la Roma pontificia, con su soberano infalible, con su fausto escandaloso, con su hipocresía, con su terror teocrático, con su influencia funesta sobre los pueblos sumisos, y con su lucha embozada contra los pueblos rebeldes.

Pero su poder sobre las conciencias, base principal del que ejercia sobre la tierra, habia concluido ya desde hace largo tiempo. Bayonetas y zuavos, *chassepots* y legiones francesas eran últimamente el secreto de su existencia y duracion. Apenas hubo perdido la fuerza que sobre él reflejaba un poderoso, ya caído, derrumbóse tambien, y se cumplió el destino de la Italia, el sueño de Cavour, la empresa de Garibaldi; y al cumplirse queda desagradado el espíritu de nuestro siglo, hasta hoy desterrado de la capital tenebrosa, quedan vengados los mártires de Mentana, y queda satisfecha la historia que se resistía á consignar en sus páginas la independencia de la Italia, mientras Roma permanecía encadenada.

Italia posee ya su capital, ya es un pueblo completo. Ya solo queda un rincón, que la meticulosidad ha respetado; el dominio de los Papas queda acorralado en la ciudad leonina, mezquina realidad de tan ambiciosos sueños.

Sella y Lanza, con sus excitaciones, han logrado realizar hoy, lo que antes ideó el gran político italiano. De hoy en adelante, la humanidad verá en el horizonte de su vida una mancha menos: ha caído el poder temporal del papado.

Consumado este hecho, y aceptada la hipótesis de que es absolutamente imposible que coexistan en Roma el Papa y el Gobierno italiano, los periódicos extranjeros se echan á discurrir cual será la residencia mas conveniente para el jefe del catolicismo.

Muchos creen preferible la isla de Malta, á la que Pío IX ha mostrado en otras ocasiones grandes simpatías. Su posicion en el Mediterráneo y el deseo manifestado otras veces por los malteses, son circunstancias que tienen en cuenta los que indican á Malta como residencia mas conveniente para la Santa Sede.

Otros, y no en pequeño número, invocando las tradiciones del cristianismo, se deciden por Jerusalem, cuya poblacion podria quedar neutralizada, de acuerdo Turquía con las demás potencias europeas.

Suspense en el resto de Europa el movimiento político ante los acontecimientos de la guerra, solamente en el reino vecino hallamos algo que registrar en la presente revista.

La caída de Saldanha y la formacion del nuevo ministerio, con personajes políticos de diversos matices, no han sido remedio bastante á calmar el malestar que en el pais vecino se experimenta.

La crisis porque atraviesa Portugal va siendo cada vez mas laboriosa. Aunque no se ha confirmado oficialmente la noticia de que haya presentado su dimision el obispo de Vizeu, un periódico anuncia que en el seno del Gabinete no reina una armonía perfecta.

ITALIA.

I.

La solución de la cuestion italiana estaba ya anunciada y prevista. La pernicioso dualidad establecida entre el Gabinete de Florencia y el Gobierno pontificio no podia existir por mucho tiempo, su continuacion habria debilitado mas y mas de día en día á los dos Estados cuya enemistad recaía en su propio perjuicio. Inminente era la solución y debía obtenerse con las armas en la mano, pues el elemento revolucionario no habria quedado satisfecho con concesiones diplomáticas, y el papado rodeado de bayonetas soñaba con la continuacion de Mentana.

Al cesar la ocupacion del territorio pontificio por las tropas francesas, Roma quedaba de hecho incorporada al reino italiano. Victor Manuel aguardó pacientemente á que la guerra se caracterizase. Una invasion en los Estados de Pío IX podia ser mirada con disgusto, si no con ira, por parte de Guillermo, no muy amigo de una exajerada democracia, y por eso el rey de Prusia se preparó para entrar en lucha, pero sin cambiar una nota, ni decir una palabra.

Conducta tal no llamó la atencion de los dos beligerantes, pues uno de ellos (Napoleon) sabia á qué atenerse, pero se veía en la imposibilidad de defender al Papa, y el rey de Prusia sabia de cierto que ninguna hostilidad podia tener por parte de la Peninsula.

Así las cosas, acaeció la caída de Napoleon y con ella la sustitucion del régimen republicano al carcomido imperio. Daba esto un temor y realizaba una esperanza para Victor Manuel.

Consistía el temor en la posibilidad de un movimiento republicano en Italia y la esperanza realizada era la proclamacion de un estado de cosas tan favorable á la entrada en Roma de la bandera de Saboya.

Con todo, el temor era mas importante que la realizacion tan esperada, y el Gabinete de Florencia se preparó á combatirlo.

Emplear en una empresa patriótica las fuerzas vitales que comprimidas podrian causar un conflicto, era la táctica que debía emplearse; pero antes era necesario probar que el miedo no se conocia en el seno del Gobierno, y hé aquí la causa de la célebre nota que con motivo de los falsos rumores sobre república italiana recibieron todos los representantes de la Peninsula.

La nota era concisa y enérgica. Decía así:

«En las principales poblaciones de Francia ha corrido hoy el rumor de que la República habia sido proclamada en Italia, donde, por el contrario, el orden es perfecto. Se ha tratado de arrancar el escudo real del consulado de Marsella que ha sido preciso custodiar día y noche. Una diputacion de nizenses, ha marchado para pedir á Garibaldi venga á proclamar en Niza la República italiana. El Gobierno del rey responde del mantenimiento del orden en el reino y tomará, en caso necesario, las medidas indispensables para mantenerlo tambien en el territorio romano.—Blani.»

Hecho esto, solo se trataba de dar comienzo á la expedicion lo mas pronto posible, y la entrada de las tropas en los Estados Pontificios vino, no ha sorprendernos, sino á demostrarnos una vez mas

la excesiva diplomacia del Gobierno de Florencia.

Roma iba á ser ocupada, un ejército avanzaba sobre ella, un pueblo despertaba en el seno de la Ciudad Eterna, Roma iba á ser libre y la generacion presente mirando á la ciudad pontificia decia alborozada: «Roma va á ser por fin la capital de Italia.»

Inminente era la catástrofe que iba á decidir del papado: todos la preveían y muchos la deseaban.

Sin embargo, el probable vencedor fué el primero en proponer la concordia y al propio tiempo que sus tropas iban de triunfo con una facilidad que hablaba muy en contra del entusiasmo católico. Victor Manuel se dirigia al Papa proponiéndolo lo siguiente:

«1.º Dejar al sumo Pontífice la Ciudad Leonina (la parte de Roma al otro lado del Tiber) con soberanía y libre jurisdicción.

2.º Co-reservar al Papa su lista civil.

3.º Libre acceso de todas las naciones á la Ciudad Leonina.

4.º Neutralizacion de todos los establecimientos eclesiásticos de Roma, que dependerían únicamente de la Ciudad Leonina.

5.º Inmunidad de todos los embajadores acreditados cerca de la Santa Sede, aunque residiesen fuera de la Ciudad Leonina en Roma.

6.º Inmunidad para todos los cardenales.

7.º Conservacion de sus sueldos á todos los empleados civiles y militares.

8.º Garantía de la deuda pública pontificia.

9.º Libertad absoluta en el ejercicio de sus funciones á los párrocos y obispos en todo el reino.

Y 10.º Leyes excepcionales para Roma en cuanto concierne á las quintas y ayuntamiento.»

Las concesiones del rey de Italia fueron llamadas *triste proposicion* por el ministro del rey de Roma.

El Papado se preparaba á morir como habia vivido.

Pío IX lanzaba sus anatemas, cuando una voz secreta le profetizaba que quedaba abandonado de Dios y de los hombres. Pío IX es la personificación de la política de sus antecesores.

Este es el papado. Su intransigencia irá mas allá del sepulcro, como su ambicion fué mas allá de su poder divino. Sus tardos y temblorosos pasos se dirigen á las catacumbas de donde salió, y la luz de las hogueras de los bárbaros que iluminaron su aparicion al mundo, se han repetido hoy alrededor de la Ciudad Eterna, en el *vinac* de los italianos. Pío IX pudo salvar á la Iglesia y al mundo continuando su obra de 1848: ha preferido ser el vencedor de Mentana, y 1870 ha de juzgar de esta ambicion caduca. Pudo predicar la palabra de Dios y ser aplaudido por los pueblos; ha preferido que un Concilio le hiciese igual de Dios y que tuviesen tal ley los pueblos. Pío IX ha debido ser el resumen de la política de muchos siglos, y hoy ha sido el castigo de esta política.

Suplicio horrible el de este hombre que, aferrado á su báculo, sueña en el poder que fenece, poder que tampoco podría conservar, pues sus años inclinan su frente hácia la tierra; soberbia inmensa la de ese hombre que, vicario de un Dios, al igual de Dios, legisla, y solo, abandonado, levanta penosamente su cabeza para lanzar su último reto con su último *Non possumus*.

II.

La generacion presente está destinada á resolver todas las cuestiones que agitan y conmueven al mundo entero. Durante el curso de nuestros dias hemos visto amurallar la ambicion de Rusia, humillar la preponderancia de Austria en Alemania, luchar en América los dos grandes principios republicanos, resolver en Méjico el problema de la monarquía americana, constituirse Italia, derribar el trono de los Borbones españoles, combatir dos civilizaciones disputándose el predominio europeo, y por último, hemos visto coincidir la caída de esta farsa democrática que se llamaba el imperio francés, con la anulacion del poder papal.

Ruinas son las de este poder que pueden estorbar todavía la marcha de la civilizacion en Italia; árbol que cae bajo el hacha revolucionaria, conserva aun enterradas sus raíces, que tienden siempre á denotar su existencia con siniestras y sangrientas convulsiones.

Como á pernicioso, á altamente pernicioso para la paz europea, rechazamos la idea del papado en Roma y de la autonomia del papado.

Los antiguos males deben ser combatidos con el radicalismo; contemporizar

con ellos es darles nueva vida. Pío IX no será nunca amigo de la libertad: digámoslo, pues, repitiendo su frase favorita: *Los que no están conmigo, van contra mí.*

El Papa en Roma es el insulto á la revolución, la amenaza de la guerra religiosa y la conspiración continua y temible de la reacción y el despotismo.

Consentir que Pío IX quede en la Ciudad Eterna, es desear la guerra, porque creer que un pontífice sabe avasallarse, es cerrar los ojos, es matar á sabiendas el pensamiento.

Para probar el motivo en que fundamos semejantes temores, no recurriremos á pasados hechos; bástanos ver la pertinacia de Pío contra la marcha del siglo, ante la invasión armada, ante la intervención extranjera, ante la prudencia del vencedor y ante todo lo noble y santo que se invoca cuando se quiere evitar el derramamiento de sangre. Nada ha bastado para hacer retroceder al Pontífice con corona.

El mundo entero señaló indignado los abusos del *Index*, y Pío IX convocó el Concilio, un pueblo reclamó su capital, unos hombres pidieron su patria y Pío IX fué el vencedor de Mentana. La derrota de 1870 no le hará mas cuerdo, como no lo hizo mas grande la experiencia de 1848.

Llegó á decirse en un principio que el Papa se retiraba abandonando á Roma, esto sería declararse vencido y libre al mismo tiempo. Muy lejos de esto, Pío, continuando en Roma, representará el papel de víctima y conservará una sombra de prestigio.

Las intenciones de Víctor Manuel son pacíficas, demasiado quizá. Para concluir, copiaremos algunos párrafos de la circular del Gobierno italiano. Claramente se ve en ella de dónde ha procedido la cordura y de quién el insulto!

«Señor: El Gobierno del rey había señalado en muchas ocasiones, durante estos últimos años, los peligros del antagonismo, que existe entre el Gobierno pontificio é Italia. Estos peligros, frecuentemente reconocidos por las potencias, no tenían todavía el carácter de gravedad decisiva que después han alcanzado, y de la cual os previene con mi circular de 29 de Agosto último.

«Si existe una máxima de derecho positivo, unánimemente reconocida, es aquella en virtud de la cual se establece el principio de que todo Gobierno tiene el derecho y la obligación de atender á su particular seguridad y de oponerse á lo que puede constituir un peligro y un obstáculo á la protección que debe á los intereses esenciales de sus nacionales.

«Es evidente que la Convención de Setiembre dejó al Gobierno del rey su libertad de acción para los casos, previstos ó no, en que el estado del territorio pontificio constituyera un peligro ó una amenaza contra la tranquilidad ó la seguridad de Italia.

«Ahora bien; si en Setiembre de 1864, cuando nada autorizaba á creer que la conciliación de los intereses de los romanos con los de la Santa Sede no estaba asegurada, se hacía, sin embargo, una reseña de tal naturaleza, parece ocioso demostrar cuán legítima es su aplicación en estos momentos.

«Italia, obligada como los demás países vecinos de las dos potencias beligerantes á no omitir ningún medio para proveer á su seguridad, no debe detenerse ante el estado de cosas que mantienen en un territorio enclavado en la península un Gobierno teocrático, en hostilidad declarada contra Italia, el cual, por su propia confesión, no puede subsistir sin una intervención extranjera, y cuyo territorio constituye una base de operaciones para todos los elementos de discordia.

«Hoy, que la guerra entre Francia y Alemania toma un carácter extremo dejando una gran incertidumbre respecto á las relaciones internacionales, no se trata solamente para nosotros de la cuestión romana, de una reivindicación legítima de nuestros derechos y de nuestros intereses, sino de la necesidad de cumplir los deberes imperiosos que constituyen la razón de ser de los Gobiernos.

«El Gobierno del rey, manteniendo expresamente en principio el derecho nacional, se encerrará sin embargo en los límites de una acción conservadora y tutelar, respecto al derecho que tienen los romanos de disponer de su suerte y de los intereses que, para todos los Estados que tienen súbditos católicos, descansan en la independencia soberana que debe asegurarse al papado.»

ANTONIO LLABERIA.

LA CONSTITUCION DE PUERTO-RICO.

II.

Acabábamos de expresar someramente nuestra afición razonada al sistema de la autonomía colonial, á propósito del estu-

dio que hacemos sobre la Constitución de Puerto-Rico; cuando interrumpimos nuestro trabajo, dejando para otro ú otros artículos el de legitimar nuestras inclinaciones, con la prueba de que aquel sistema, aplicado á la Antilla española de que tratamos, ni encerraría peligro para su progreso, ni sería amenaza ninguna á los respetables intereses de la metrópoli.

Varias y de distinta índole, y siempre dignas de atención, son las razones que apoyan semejante dictamen y patentizan la utilidad y conveniencia de su aplicación, á tal extremo, que llegan á justificar que hoy nosotros lo hagamos asunto de nuestros primeros artículos sobre la Constitución de Puerto-Rico.

En primer lugar, ¿qué principio de política hay mas filosófico y acorde con la naturaleza de pueblos é individuos, que el de la autonomía? No es otra la tendencia de la humanidad que la de llegar á ese término, que traduce perfectamente la idea de las responsabilidades y de los destinos humanos, independientes unos de otros. La perfección estriba en la libertad, y esta no es mas que la perfecta autonomía de cada cual, dentro del círculo de su derecho. Así tiende el individuo á emanciparse de tutelas públicas y privadas. En sus relaciones con los demás busca la independencia, y hé aquí el objeto de su trabajo, de sus estudios, de su ambición. En sus relaciones con el Estado busca la independencia también, y hé aquí la explicación de sus esfuerzos en la esfera política, por simplificar, por conseguir emancipaciones y por atribuir á su personalidad deberes y cuidados que solo por excepción ó por espíritu usurpador, se apropia el Estado.

Los principios descentralizadores, ya extendidos á todas las escuelas y partidos, aunque no todos de estos últimos los realicen cuando llega el caso, manifiestan igual aspiración y tendencia en las entidades que mas inmediatamente se encuentran al lado del individuo; el municipio y la provincia.

Y es que en realidad, el acierto en todos los actos depende de la propinuidad del interés; al propio tiempo que la naturaleza de cada ser tiende á asimilarse aquellas funciones que le son exclusivamente privativas.

Ahora bien, ¿no son aplicables las mismas consideraciones á una colonia? Esta no es ya para ningún pueblo moderno, y menos para la España revolucionaria, una tierra de conquista y esquilmo; es una de tantas provincias que forman la nación. ¿Por qué, pues, no se ha de estimar conveniente la aplicación de los mismos principios, que á los demás? ¿Será tal vez, porque se halla en condiciones excepcionales? Para este caso tenemos la especialidad de los argumentos que á continuación exponderemos. Ahora solo tratamos del valor filosófico del sistema, y este no disminuye porque se trate de entidades mas ó menos lejanas del centro metropolitico.

Por lo que hace á razones especiales, que motiven la procedencia del sistema que nos seduce, vamos á enumerarlas. Tratamos de la isla de Puerto-Rico, donde, conforme hemos tenido ya ocasión de expresar en otros artículos, existe un notabilísimo adelanto en el criterio público, gracias á los esfuerzos aislados que á aquella población han sido necesarios, para satisfacer su afán de figurar en la línea de los pueblos civilizados del siglo XIX. Esto sabido, ya se comprenderá que no ha sido lo que menos habrá ocupado la opinión de los porto-riqueños, la cuestión de su propia existencia, y que por lo mismo, sobre la base del razonamiento ilustrado, se ha formado una general aspiración, que es lo que debe estudiar todo Gobierno liberal y sensato, si quiere garantías para las reformas y novedades que piense implantar.

Consultando, pues, la aspiración porto-riqueña, con referencia al sistema de su Constitución y régimen sucesivo, se hace un descubrimiento, por todo extremo favorable á la idea de que nos ocupamos.

La opinión liberal—única que debemos seguir, ya por ser allí la dominante, ya por no cuadrar otra en los actuales tiempos—se halla en Puerto-Rico expresada por la tendencia á la autonomía. En aquella Antilla, lo mismo que en el continente, sus hijos quieren ser españoles, pero quieren ser libres; quieren ser

libres, pero quieren ser los autores de su libertad.

Se comprende allí, lo que decíamos en nuestro precedente artículo; esto es, que hay diversidad de condiciones entre la Península y la isla, que una sola entidad, que se ocupe de ambas á la vez, debe precisamente hacer dos estudios y aplicar dos atenciones; que la distancia es gran causante de errores y desaciertos; y por esto, sin romper vínculo alguno de los que forman la nacionalidad, se aspira á que con todas sus naturales consecuencias se adopte la especialidad, que, si no ha de ser desfigurada y corrompida, no es otra que la autonomía.

No hemos de detenernos en la demostración de que esa especialidad existe, ni tampoco en el recuerdo de cada una de sus partes. Este es punto reconocido, puesto que se ha querido que fueran especiales las leyes que se han dictado. Los pueblos no admiten súbitas transformaciones, ni es posible sujetarles á determinado criterio, antes de haberle sometido á una diagnóstica sensata y nada impaciente. Y si Puerto-Rico, ni la historia, ni la organización política y social, ni las necesidades, tiene hasta hoy de comun con la metrópoli, en balde se pretendería asimilarlo á este por completo.

Pero no basta, á nuestro juicio, el hacerse cargo de esta verdad; es necesario también aconsejarse de ella y medir toda su extensión, para que los resultados que su conocimiento determine estén de acuerdo con ella, en vez de satisfacerla á medias; queremos decir, que pues aquella verdad requiere la especialidad del sistema, sea aquella especialidad verdadera, no simple variante del proceder comun y regular.

Si se reconoce, como así es en efecto, que el nuevo orden de ideas reinantes hace precisa en Puerto-Rico una gran revolución económica, administrativa y política, hasta que se llegue á la asimilación de la isla al centro comun de nacionalidad, téngase la lógica de emplear los medios conducentes á la satisfacción de la necesidad que se reconoce y á que se quiere atender.

Procúrese, pues, que el que determine los pasos de adelanto sea el que haya de darlos por sí mismo, ya que nadie mejor que él puede tener el conocimiento de sus fuerzas, para proseguir mientras tenga aliento, para darse reposo cuando lo aqueje el cansancio.

La autonomía es la que responde á tal necesidad, y la que por otro lado, brinda con los felices resultados cuya consecución se le confía. No discurremos *a priori* solamente al hacer esta afirmación, sino que no dando al olvido una provechosa y elocuente experiencia, nos hemos dejado convencer por los hechos antes que por la teoría, y hemos tratado primero que con la filosofía, con la historia.

Hay un gran país, cuyas instituciones, por admirables que sean, no consiguen tanto aplauso y consideración como la prudencia, el tino, el esquisito tacto con que son creadas y aplicadas. Donde se vé á ese país, dar gravemente un paso, allí esperan todos ver nacer una fuente de riqueza moral ó material. Donde política ó económicamente se le vé interesado, allí se cuenta con ver el acierto y la sabiduría.

Siempre ocupado en sus intereses, siempre trabajando en su propio medro, constantemente avisado, velando sin descanso, no peca una sola de sus resoluciones, del vicio de la imprudencia, ni del de la ignorancia, ni tampoco del error. Por eso la prosperidad y el engrandecimiento han premiado sus desvelos.

Ya se comprenderá que nos referimos á la Inglaterra. Pues bien; esta nación prudente, sábia, mercantil, experta, cuyo espíritu en todas partes es admirado, esta es la que nos procura la enseñanza á que nos hemos referido. Las colonias inglesas, riquísimas filones donde la metrópoli asegura y multiplica sus riquezas, forman el verdadero punto de vista de todo estudio que se intente sobre régimen colonial.

A ellas, pues, debemos consagrar alguna atención, para que, relacionándolas con la metrópoli, saquemos la deducción apetecida; apetecida, sí, porque ha de ser la demostración de la excelencia del sistema autonomista.

Haremos de ello asunto del siguiente artículo.

APUNTES SOBRE LITERATURA MODERNA.

ARTE INÚTIL.—BUFOS.—LITERATURA EVANGÉLICA.

I.

Por mas asombro que causar pueda á los que están convencidos de la misión del arte, debemos confesar que en nuestra época, utilitaria como pocas, se ha creado el *arte inútil*.

Esta excentricidad es perniciosa como todas las inutilidades, y tiene su nacimiento en un defecto inherente á las épocas de transición como la nuestra. Créala el deseo de ver en lo pasado la era de la felicidad humana; ya en los primeros momentos de su vida recibió la sanción de los poderes moribundos y de las preocupaciones reaccionarias, y alentado, halagado, protegido y ensalzado, tuvo sus eras de esplendor en los retrocesos políticos, fué maltratado por las revoluciones, y con vaivenes de fortuna ha llegado á nuestros días. Puede compararse á la fotografía: como ella retrata, y como ella es inmóvil y falto de vida.

La escena le ha admitido sus dramas históricos, en los que se ha limitado á hablar de costumbres y leyes que murieron, ó ha intentado filosofar llorando por estas leyes y costumbres, y dándolas por buenas y aplicables contra nuestra sociedad y nuestros usos. La novela le ha dado ancho campo en que extenderse; la poesía lírica ha desenterrado para él rimas olvidadas; el lenguaje ha vestido de nuevo su apollinada vestidura de anacronismos; el lienzo y el pincel, la línea y el color le han debido un saporífero retroceso, y hasta el bajorelieve ha salido del sepulcro para acompañar este ridículo cortejo.

Ha intentado corregir, ¡pero cómo lo ha hecho! No creemos incorregible nuestro presente, esto sería buscar la inercia y el marasmo; no dudamos de la ventaja de recordar el pasado; esto sería negar la experiencia; pero va inmensa distancia de esto, á recordar sin criterio, á desenterrar olvidados restos para decir á la humanidad: Retrocede: te alejas del principio de vida, tus esfuerzos son inútiles, y á medida que adelantas abandonas toda tu felicidad.

Esto y no mas se ha propuesto probar la escuela á que llamamos *arte inútil*.

Las ventajas que de ella hemos reportado pocas son y no bastan á contrabalancear el mal que han producido sus doctrinas.

Negar el progreso, y negarlo apoyándose en la aspiración mas noble del corazón humano, es mas pernicioso que la tiranía, pues esta dispone de mandatos que no causan otro mal que el del presente, y dirigirse al pueblo con sofismas retardan ó entorpecen la obra del futuro. Existe en nuestro ánimo una predisposición en favor de lo pasado, que por su lejanía miramos siempre como á mas feliz: este triste legado de las edades que fueron, no es sin objeto, pues nos hace meditar en la experiencia que recoger podemos: usémosla, pues, sin exagerarla; está tan cerca de lo cierto como próximo al ridículo y al fanatismo.

Todos los sentimientos y todas las ideas, al igual de todas las cosas, han adelantado en utilidad sin perder en intensidad ni desinterés; es una miopía intelectual el creer á nuestro siglo desprovisto de entusiasmo y ardor, si no nos probase lo contrario la propaganda civilizadora que ejerce la sociedad de nuestro tiempo, nos lo demostraría el mas sencillo de los descubrimientos físicos que hemos visto en nuestros días.

Si el arte debe ser algo mas que filigranadas frases y acabados lienzos; si debemos ver en sus obras una utilidad que no haga lánguida su vida, todo puede ser objeto de él y debe reconocer, como á fin exclusivo, el alentar la actividad en todas sus manifestaciones.

La poesía sentimentalista, á pesar de su amaneramiento, tiene también campo que recorrer en la sociedad de nuestros tiempos. Grandes males existen todavía, y son tan dignos de ser llorados, como lloradas eran las penas de princesas cautivas y los amores de errantes caballeros. La caballería que protege desvalidos no murió con el hidalgo manchego;

desvalidos hay también en nuestros días, desvalidos que forman clases enteras, desvalidos que sostienen luchas con los titanes que se llaman leyes y necesidades.

Para protegerles hay también una nueva caballería que se apoya en honrados y poéticos dogmas; su lema se ha civilizado y se han roto sus lanzas, porque su lema convenía a otros tiempos y eran insultos sus lanzas en una edad que condena la fuerza y abre campo a la razón.

Por eso condenamos estas fuerzas perdidas que vagan utópicamente por nuestro siglo, ó quizá piensan vagar, siendo así que viajan en el caballo Clavileño; por eso son perniciosos estos sudarios, que enarbolan como á lábaros de regeneración; por eso sus voces quedarán sin eco y perdidos sus esfuerzos.

II.

Dejándonos de lamentaciones, que mal cuadran en el asunto de que vamos á tratar, pasemos á examinar otro defecto de nuestra literatura moderna.

Creemos que fué zarzuela *bufo*, y de las más sonadas, la pieza dramática que vió el paletó; el cual explicando la representación, fué interpelado por un amigo suyo preguntándole por el argumento.

—El argumento... el argumento, dijo nuestro hombre pensativo, pues no vi salir á este personaje.

Y razón y mucha le asistía si fué *bufo*, la zarzuela en cuestión.

Para encontrar, para sospechar siquiera el argumento en esta clase de obras, es necesario el talento de un Comellas y unos conocimientos tales sobre las muñecas y bríncos, aplicados al arte, de que, con perdon sea dicho, consideramos de todo punto incapaces, por lo menos, á las cuatro quintas partes de la humanidad.

Excesivo deseo sería de dar importancia á las obras de que tratamos, si, en elegiaco estilo, las llamásemos decadencia del teatro ó inútil redundancia, si las tildásemos de inmorales, pues ni es necesario repetir lo segundo, ni el teatro reconoce por suyas piezas que reniegan de toda lógica y de todo precepto. Llamárlas género, darlas honores de escuela, sería más, sería querer olvidar géneros y escuelas.

Su razón de sér, su historia y sus reglas, se adivinan fácilmente, pues con conocer todas las pasiones vulgares y saberlas adular, se tienen andados los dos tercios del camino para escribir en *bufo*: solo falta después desconocer la gramática y echarse á buscar la manera de vestir mas al desnudo, el modo más fácil de hacer hablar con la boca torcida, dando saltos y repartiendo puñetazos, y logrado esto, ir en busca de un músico que sepa mezclar hábilmente choques de vasos, son de palmadas y chasquidos de besos, al compás de una música que puede ser mala, pero no dejar de ser bailable.

En todos tiempos y en todas partes ha existido lo malo bajo diversos nombres, y al hablar tan severamente como lo hacemos sobre el asunto que nos ocupa, no intentamos dirigir cargos contra nuestra época: siempre ha sido la misma la naturaleza del hombre, siempre en el pensamiento humano se han combatido dos opuestos elementos, creado el uno por el sér material, derivándose de este todas las pasiones mezquinas, y nacido el otro de este instinto sublime que, á través de lo futuro, enseña el camino de la perfectibilidad. A derrotar, á anular el primero, deben dirigirse todos los esfuerzos de la inteligencia, y para ello qué arma más poderosa que el privilegio del artista y del pensador al poder dirigirse á las masas, ya con el libro, ya desde la escena, desde la tribuna, con el lienzo y con la estatua?

¿En qué consiste el encanto que las creaciones del arte nos producen? Admirar una obra de arte es algo más que juzgar el placer efímero de una candencia en el habla, la feliz combinación de sonidos inarticulados ó el efecto óptico de una combinación de colores. Es el sentimiento de belleza moral y de belleza física, elemento que nos hace más capaces de sentir la primera, el efecto que nos causa la contemplación de un rasgo de inspiración artística.

De ahí que el poeta al dirigirse al público está obligado á ser, ante todo, expresión de la parte más noble del pensamiento humano; de ahí que se le consi-

dere enriquecido con el don profético, pues todo cuanto tienda á engrandecer el círculo de la bondad del hombre será una adivinación de los destinos de la humanidad, y todo el que procure halagar los bajos sentimientos de que pretendemos despojarnos con eterna pugna, cometerá un acto punible para consigo mismo, romperá la ley de todo lo creado que solo vive para ser útil.

El arte en todas sus manifestaciones tiende á perfeccionar; desviarle de su senda, cobijar bajo su nombre las febriles concepciones de imaginaciones trasnochadas, es un crimen de lesa inteligencia.

No nos admira que tales concepciones encuentren quien las acoja, y muchos que las admiren: siempre ha sucedido que los dardos clavados en el talón de Aquiles, que se llama la vanidad humana, tuviesen perniciosos resultados, y qué satisfacción más grande para la vanidad de la ignorancia que el mirar ignorante á quien supone inteligente, y verse adulada por quien debe castigarla y dirigirla?

En esto, y no más, se emplea este teatro importado de allende los Pirineos, esto y no más desea. La risa que produce, el placer que causa, nacen de una satisfacción punible y de un capricho.

Solo nos consuela de su vida el convencimiento de su próxima muerte: nada tan fácil como deslumbrar y arrastrar á la masa del público; pero nada tan severo y justo como el público mismo. Recordamos los espectáculos místicos que fanatizaban al pueblo, y á la par recordamos que ya casi se han olvidado, y reflexionamos también sobre la estruendosa literatura de un Comellas aplaudido por el público que más tarde debía aplaudir al autor de *El Café*.

III.

En los artículos que anteceden hemos dicho que el arte debe responder á algo más que á un frívolo pasatiempo; hemos hablado de su elevada misión y procurado demostrar que el sentimiento que lo inspira puede hallar poesía en nuestro siglo, tan injustamente tildado de ex-céptico.

La exageración de este principio, que nosotros creemos indiscutible, es también uno de los defectos que más se dejan sentir en la moderna literatura. Especialmente en el teatro es donde más en relieve se muestra la escuela sentimentalista de que vamos á tratar.

Nuestra época es un palenque abierto á todas las ideas, y tan dado á admitir extremos radicales, que á no comprender la necesidad de la lucha entre los partidos moribundos y los nuevos principios, llegaríamos á temer una dualidad perniciosa, y engrosaríamos las filas de la escuela que tilda al progreso de divagación febril é inútil. Comprendemos, como hemos dicho, la razón que así hace obrar á las situaciones revolucionarias, y por eso no nos extrañamos de las más ardientes locuras y de las escuelas más ridículas, pues tenemos fe en nuestros principios, y creyendo, como creemos, en su vida, estamos muy lejos de temer la disolución social con que cada día se amenaza á la sociedad presente.

La literatura ha debido conocer el combate que se está librando, lo ha debido retratar y hasta aconsejar á los combatientes, pero desgraciadamente, ó no se ha fijado bien el carácter de nuestro siglo, ó no ha nacido todavía un género que, sabiendo amoldarse á las nuevas necesidades y comprender los modernos principios, trace la senda que debe seguir el poeta de nuestros tiempos y cree la escuela que le eduque.

Resultado de esta indecisión es la poca seguridad que se observa en la revolución literaria que paulatinamente se va operando.

Hay en la literatura moderna una escuela, como hemos dicho, sentimentalista que puede llamarse *literatura evangélica*. Difícil nos sería definirla en su esencia, que esta es tan vaga, que solo podemos darla á conocer á fuerza de detalles.

¿Qué necesidad viene á satisfacer esta escuela? La contestación es muy sencilla: la necesidad que siente el ignorante y el supersticioso de que no se le haga reflexionar y hasta se halague á esta superstición y á esta ignorancia, diciéndole muchas veces que basta con sentir, que el corazón siempre nos hizo sabios, y torpes y malos la inteligencia.

Pero no es esto lo más extraño de la es-

cuela *evangélica*. Parece, á primera vista, que una literatura semejante debe ser sencilla y hasta vulgar en la manera de expresarse; pero, por más que nos asombre, debemos confesar que no es así: la mayor parte de las obras que se emplean en tan deplorable oficio, son verdaderas obras teológicas, con citas de los Santos padres, máximas filosóficas y discusiones psicológicas. En honra de la filosofía debemos decir que después de haber leído uno de estos sermones literarios, después de haberlo visto en acción en el teatro, quedamos tan convencidos como antes.

En estas obras hay niñas pensadoras que á quince años dan quince y falta á muchos en filosofía, madres que reciben serias reprimendas de sus hijas, padres malos y materialistas, novios sentimentales y con ribetes de socialismo, niños que á la tierna edad de seis ó siete años dan profundas contestaciones que promueven aplauso entre las comadres del público y, esto pocas veces logra hacerse á perfección, pero casi siempre se intenta, liberales que son ni más ni menos que facinerosos de levita.

Las citas abundan, y con tanto tacto se aplican, que á veces disculpan el que un hijo desobedece á su padre; otras, el que una mujer perdida lo sea; otras, y estas son las más, el que se nos pruebe que todos los que vivimos en el siglo XIX somos dignos de cadena perpetua por lo menos.

Drama hemos visto en el que una cita á tiempo ó el doblar de una campana, ha hecho reconciliar dos enemigos que iban á matarse, y no son pocas las obras literarias en que á una hija completamente culpable le ha valido perdon y aplauso el traer á colación á San Mateo.

El efecto producido por aberraciones semejantes, es muy parecido al que indicábamos en nuestro artículo anterior: dar pie á que continúe la ignorancia y razonar sobre el estado de marasmo á que nos conducirían los movimientos del corazón, solos y sin educar.

Quien no quiera dormir viendo estos dramas ó leyendo estas novelas, es muy difícil que no las conozca si lee solamente el título, pues este ya indica las ideas del autor. Suelen ser llamativos y evangélicos los títulos, y dados á repasar de nuevo el catecismo.

ANTONIO LLABERÍA.

INSTRUCCION PRIMARIA.

Nunca se enaltecerá bastante la inmensa importancia de la instrucción primaria, y por consiguiente, la necesidad de difundir cada día con más solicitud y ahínco, entre todas las clases sociales, este poderoso elemento de civilización y de cultura.

En lo poco que hemos escrito sobre la materia, hemos procurado demostrar cuán grande influencia está llamada á ejercer en los destinos de los pueblos la primera enseñanza, por más humilde que parezca á primera vista el objeto hacia el cual se encamina. Hemos procurado también hacer ver que sin ella de nada nos aprovecharían los inagotables tesoros de saber y ciencia que el género de los grandes hombres ha llegado á acumular en la dilatada serie de los siglos. Y hemos, por último, procurado evidenciar que sin la más completa difusión de la enseñanza elemental quedarían un gran número de inteligencias sumidas en la más crasa ignorancia, esterilizándose así deplorablemente para la sociedad un caudal inmenso de riqueza intelectual que, oportunamente explotado, tanto pudiera contribuir al bienestar moral y material de los pueblos.

Iniciar, por lo tanto, la tierna inteligencia del niño en los conocimientos de la lectura, de la escritura y del cálculo; desarrollar sus facultades intelectuales, haciéndoselas ejercitar diaria, pero prudentemente; robustecerlas, enriqueciéndoselas cada día con nuevas ideas; prepararlas, para que en el día de mañana pueda recibir el niño fácil y provechosamente la serie de conocimientos superiores que la carrera ó profesión á que sus padres le dediquen exija, interesar su amor propio, llamándole continuamente la atención con el ejemplo de sus compañeros más aprovechados, y con el estímulo de los premios que vayan estos sucesivamente alcanzando: tal es la grandiosa misión que está llamado á desempeñar el maestro de instrucción primaria, tal la magífica y laboriosa obra que se le encomienda, y que no puede descuidar un instante intencionalmente, sin hacerse reo de lesa sociedad.

Pero el objeto de la primera enseñanza no está reducido pura y exclusivamente á cultivar las facultades intelectuales del niño; no basta ilustrarle, si al mismo tiempo no se procura desarrollar el germen de actividad moral que en su espíritu infundió la Providencia. No basta

formar inteligencias; es también preciso constituir caracteres, porque de lo contrario, el maestro de primera enseñanza podrá, sí, vanagloriarse de haber llevado á cabo una obra bella, pero la sociedad podrá también, y quizá con más perfecto derecho, pedirle estrecha cuenta algún día, por haber dejado aquella obra incompleta, insuficiente y defectuosa.

Acaso, y sin acaso, mas que los grandes talentos, mas que las grandes ilustraciones, son hoy necesario á la sociedad los grandes caracteres.

Procurará, por lo mismo, el maestro de primera enseñanza con la mayor solicitud inculcar incesantemente en el tierno corazón del niño las severas y saludables máximas de la moral universal, no por medio de discursos metafísicos, ni de disertaciones ampulosas, sino haciendo de modo que la atención del discípulo se fije en los bellos ejemplos morales que, por fortuna, y para gloria de la humanidad, resplandecen en la historia de todos los pueblos, y en los admirables y maravillosos resultados que la moral universal produce, donde quiera que sus severos preceptos se observan y practican religiosamente.

Educado el niño en esta saludable atmósfera; recibiendo continuamente en ella las puras y regeneradoras emanaciones de una enseñanza estrictamente ajustada á los gloriosos destinos para que fué creado; imprimiendo indeleblemente en su alma, así con la palabra como con el ejemplo, la sublime idea de la justicia, que es el *paladium* de las sociedades; no viendo en torno suyo mas que elocuentes ejemplos de virtud y de aplicación al estudio y al trabajo, que es el más moralizador de todos los agentes; robustecido su espíritu, á fuerza de repetidos actos de desinterés y abnegación para con sus compañeros; impregnado así su vírgen corazón de amor hacia todo lo bello, hacia todo lo noble, hacia todo lo grande; educado, en fin, en tales condiciones, el maestro podrá, con justicia, lisonjearse de haber contribuido á que su tierno discípulo llegue á ser con el tiempo un eminente ciudadano, dispuesto siempre, no solo á conservar su corazón exento de graves defectos morales y á no faltar, por nada ni por nadie, al último de sus deberes, sino también á resistir varonilmente, lo mismo las maquinélicas instigaciones, que el genio de la adulación y la lisonja pueda dirigirle en la elevada posición social en que le coloque la fortuna ó haya sabido con sus esfuerzos decorosamente conquistarse, que los rudos golpes que la adversidad le aseste, si tiene la inmensa desgracia de caer bajo su despótico y absoluto imperio.

El maestro, sin embargo, poco puede hacer por sí solo: es de absoluta necesidad que los padres del discípulo coadyuven con la mayor eficacia que les sea posible á la obra del que está encargado por la ley de cultivar aquella tierna inteligencia.

Los unos, como el otro, deben prestarse mutua cooperación y auxilio, porque si cualquiera de ellos mira la enseñanza con indiferencia ó menosprecio, la educación del niño será una verdadera tela de Penélope, puesto que la obra que con su solicitud y celo lleve á cabo el uno de los dos agentes, la destruirá inmediatamente el otro con su culpable indiferencia. El padre y el maestro son los dos polos sobre que debe girar la educación del niño; y de nada servirá que el segundo cumpla estrictamente su delicado cometido, si el primero no cuida de que sus hijos asistan puntualmente á las aulas; si con su pernicioso ejemplo los pervierte; y si, en resumen, cree haber llenado satisfactoriamente la noble misión que á la naturaleza y á la sociedad ha traído solo con haberles dado la existencia.

Por último, tanto los padres como los maestros, deben tener siempre presente que la infancia del hombre es la edad más á propósito y la ocasión más oportuna para modelar, así su corazón como su espíritu, en la turquesa de los grandes principios morales; y que si entonces tan interesante tarea se olvida ó menosprecia, mas tarde, cuando el espíritu y el corazón del discípulo haya perdido la flexibilidad natural y propia de los primeros años, será punto menos que imposible amoldar una naturaleza viciada por el abandono, á las severas y rigurosas prescripciones que la moral universal preceptúa.

F. V. HEVIA.

Madrid 23 de Setiembre de 1870.

Las exposiciones de Bellas Artes que se celebraban periódicamente, y que, en nuestro concepto, no deben desatenderse, porque contribuyen poderosamente á fomentar el gusto artístico y la cultura de los pueblos, se encuentran completamente olvidadas.

El señor ministro de Fomento debiera fijar su atención en este punto, y recordar que la primera exposición de este género se celebró por iniciativa del Sr. Lujan, ministro de Fomento en el Gobierno progresista de 1855.

Hoy pudiera aprovecharse para celebrar una exposición la circunstancia de encontrarse en nuestro país, alejados de los extragos de la guerra, algunos artistas españoles que residían en Francia.

PRUSIA.

V.

EDUCACION AGRÍCOLA EN PRUSIA.

Diffícil es presentar, en un artículo de periódico, un cuadro que comprenda todas las instituciones que existen en Prusia para la enseñanza de la agricultura, pues no solo hay multitud de establecimientos dedicados á la enseñanza de la agricultura en general, ya bajo el punto de vista teórico, ó ya bajo el punto de vista práctico, ó ya bajo ambos puntos de vista á la vez, si no hay también millares de establecimientos dedicados á la enseñanza de las especialidades: voy, pues, á dar á conocer á grandes rasgos, algunos de estos establecimientos, consignando el objeto á que se dedican.

La enseñanza agrícola superior se encuentra establecida en las cuatro academias reales de Eldena, de Proskau, de Poppeldorf y de Valdau; además hay dos institutos agrícolas unidos á la Universidad de Berlín y á la de Halle, que tienen casi la misma importancia que las academias. Pero estas academias agrícolas distan mucho de ser lo que nuestras escuelas de agricultura españolas, francesas, italianas y portuguesas: nuestras escuelas son una carga para el Estado, y una carga muy onerosa, mientras que las academias prusianas, no solo no cuestan nada al Gobierno, sino que le darían pingües productos si no fuera porque los emplea en beneficio de la misma enseñanza. Voy á dar una ligera descripción de la academia de Eldena con arreglo á los datos presentados en la Exposición de París.

La real academia de Eldena, agregada á la Universidad de Greifswald, está establecida en un vasto edificio que era un convento de la orden del Cister. Esta escuela tiene un territorio de 300 hectáreas (unas 615 mojadadas). Se mantienen en ella 26 caballos de tiro, 17 bueyes, 70 toros y vacas, y 1.200 carneros. En este terreno hay establecida una fábrica de cerveza, una fábrica de ladrillos y una fábrica de tubos de desagüe: 50 hectáreas están plantadas de bosques con el objeto de que los discípulos puedan estudiar la silvicultura.

Como se comprende, esta finca ha de producir grandes rendimientos: del producto líquido se separan 5.000 thalers (unos 70.000 reales) para formar un fondo que sirve para el provecho de la academia; el resto del producto neto se emplea en mejorar la finca y en extender su explotación.

Para ser admitido en esta escuela es necesario haber sido aprobado en los estudios medios (la segunda enseñanza y parte de la facultad de ciencias).

La enseñanza dura dos años y cuesta 390 francos (1.482 reales) durante los dos años.

Los alumnos no viven en la escuela, sino que están de huéspedes en casa de los aldeanos de los pueblos vecinos, pues los alemanes no son muy afectos á la aglomeración de personas, y desaprueban por completo la vida de colegio.

Uno de los principales cuidados del claustro universitario es el de procurar que, ya que por la índole de la cosa los alumnos de agricultura hayan de hacer sus estudios en otro establecimiento que los de las demás carreras del Estado, sin embargo no se aislen; así es que ya en las fiestas cívicas, ya en las festividades dominicales, ya en la vida de familia, ya en una palabra, en cuantas ocasiones se presenten, el Gobierno y el claustro universitario procuran evitar el aislamiento de una clase, á fin de que no suceda como en España, en donde los de cierto número de carreras miran con desprecio á los de otras, porque estas no se llaman universitarias, ó porque aquellas no se llaman especiales, ó porque las unas son superiores y las otras profesionales, etcétera, etc.

La enseñanza que se da en la escuela agrícola de Eldena, comprende la economía política y la economía rural fundadas en la estadística, la agricultura, la arboricultura y la silvicultura; como aplicaciones agrícolas industriales, la fabricación de azúcar, la de cerveza, la de ladrillos y la de tubos para desecación; como aplicaciones científicas la mineralogía, la botánica, y la química con trabajos de laboratorio y excursiones, como matemáticas aplicadas la trigono-

metría, la topografía, la mecánica; el cuidado de los animales, ó sea la práctica veterinaria, y finalmente, el derecho rural, la historia del país y el derecho constitucional.

Además de estas cuatro academias reales y de los dos institutos antes mencionados, existen 19 escuelas de agricultura situadas en las diferentes provincias del reino. En el año 1865 asistían á estas escuelas 232 discípulos, costando al Estado una subvención de 21.153 thalers, que valen 296.212 reales; de manera que resulta cada discípulo á unos mil doscientos reales anuales. Estas 19 escuelas son verdaderamente libres; el Gobierno prusiano las subvenciona del modo que ahora diremos, y vigila la enseñanza sin tener absolutamente ninguna otra intervención. Todo propietario puede establecer en Prusia una de estas escuelas; pero en cada población no puede haber más que una subvencionada por el Estado: para solicitar esta subvención, es preciso presentar la contabilidad de la finca en el último quinquenio, para probar que no se cultiva á pérdida, pues los prusianos dicen, que quien no sabe hacer producir sus tierras, mal puede enseñar á otro: á esa contabilidad ha de acompañar el contrato que el propietario ha formado con las personas que le han de ayudar en la enseñanza, que generalmente son el maestro de escuela, el cura, el médico ó el farmacéutico y el veterinario: el cura ó el maestro de escuela enseñan la religión (sea la que fuere) y los estudios que aquí llamaremos académicos; el médico ó el farmacéutico enseñan los estudios científicos; el veterinario la cría y cuidado de los animales, y finalmente, el propietario de la tierra el cultivo, ó sea la agricultura, propiamente dicha. La subvención que el Gobierno da á cada escuela, depende del número de alumnos, cuya instrucción vigilan inspectores que viajan por todo el reino con este objeto.

Según los datos presentados en la Exposición de París, la más antigua de esas escuelas era la de Riesenrodt, que fué fundada en 1843, y la más moderna la de Polko, fundada en 1863. En estas escuelas se educan los mayordomos agrícolas.

Intermedias entre estas y las reales academias, existen más de 200 escuelas llamadas en el país *Fortbildungsschule* que, mal traducido á nuestro idioma, quiere decir, escuelas de perfección, en las cuales se enseña de una manera práctica, y sin nada de teoría, el perfeccionamiento del cultivo.

Las escuelas especiales son innumerables: en Neustadt hay una escuela forestal; dos veterinarias en Berlín y en Munster; tres de practicultura en Kramenz, en Janowitz y en Siegen: una escuela especial de horticultura en Postdam: 134 escuelas del cultivo del manzano, enclavadas tan solo en la Prusia propiamente dicha: 26 de ellas están en la provincia de Silesia; en la de Posen todos los maestros de escuela tienen una extensión de terreno de 8 morgen (4 mojadadas) destinado exclusivamente al cultivo del manzano, y cuando los alumnos concluyen la primera enseñanza á los 12 años, han de saber también todo lo referente á dicho cultivo.

Pero no es esto todo: no basta que abunden las escuelas, pues ni todos los padres tienen dinero para enviar á ellas á sus hijos, ni tampoco todos tienen facilidad para ello; ni finalmente, tampoco son los niños los únicos á quienes hay que instruir; es necesario instruir á los hombres, enseñarles los aperos nuevos inventados en aquel año, las modificaciones introducidas en el cultivo, las enfermedades que se hayan desarrollado, etcétera, etc., y de aquí la necesidad de no explicar solo en las escuelas y en las poblaciones, sino de llevar la enseñanza agrícola á la última cabaña del reino: de aquí la formación de sociedades cuyo objeto es el sostenimiento de los *Wander-Instruktoren* (instructores ambulantes); cada uno de estos instructores recibe á principio de curso la nota de las poblaciones que ha de recorrer, y la materia acerca de la cual ha de explicar en cada población; estos cursillos duran quince días nada más; de manera, que el profesor tiene quince días de explicación y otros quince para trasladarse á su nuevo destino y organizar el nuevo cursillo: en estas lecciones el instructor explica las modificaciones que conviene introducir

en el cultivo de aquella localidad: cita á los agricultores las localidades que deben ir á visitar, para convencerse de la utilidad de sus proposiciones. Of citar con elogio en la Exposición de Londres y en la de París, los nombres de Gsell y de Schneider, como los de los apóstoles agrícolas que han tenido más éxito en sus predicaciones rhinianas. Aun cuando estos instructores están completamente pagados por sociedades particulares, sin embargo, el Gobierno de la nación premia, ya con premios metálicos, ya con premios honoríficos, á los que más se distinguen en su apostolado.

Pero no basta predicar; la agricultura exige además de la teoría la práctica, y apenas se comienza á aplicar la teoría, se conoce la necesidad de analizar las tierras, los abonos y las plantas, y como por encanto nacen las estaciones químicas: primeramente se establecen estas en Salzmünde, en Regenwalde, en Lauesfort, en Schmiegel, en Insterburg, en Ida-Marienhütte y en Dahme. Posteriormente los discípulos de estos laboratorios, expariéndose á su vez por todo el reino, han instalado otros que, si bien no son oficiales como aquellos, no por esto prestan menos servicios al país.

Pero no basta explicar ni tampoco basta analizar: la explicación y el análisis, juntamente con la aplicación de las demás ciencias físicas, enseñan la necesidad de hacer una multitud de cosas, tales como riegos, desecaciones, arrastres de tierra para cambiar la composición del terreno, etc.; pero hay muchas otras que pueden ser hechas solamente por la asociación: 519 asociaciones existían en Prusia en 1864, contando con 64.000 miembros y con un producto anual de 141.000 thalers (1.274.000 rs.). Estas sociedades tienen por regla general un modesto local y una biblioteca de literatura rural que se procura mantener al corriente de los adelantos modernos: organizan exposiciones y concursos, ofrecen premios á las Memorias escritas sobre objetos determinados, y finalmente, discuten ellas mismas las cuestiones de interés palpitante. De estas sociedades unas son generales y otras especiales; así hay sociedades especiales de silvicultores, de apicultores, de destiladores, de fabricantes de azúcar, las cuales se reúnen, ya periódicamente, ya cuando lo creen oportuno, á fin de que sus miembros se comuniquen sus observaciones y adelantos, ó bien de defender los intereses comunes. El Gobierno no tiene la menor intervención en estas sociedades; ni las guía, ni las sostiene, ni siquiera las vigila. El Gobierno prusiano solo tiene intervención en las sociedades que tienen por objeto la mejora de los terrenos (*Landes-Meliorationen*), con el objeto de dar fuerza á las decisiones de la mayoría contra las oposiciones sistemáticas de las minorías, á quienes en la generalidad de las ocasiones es necesario hacer el bien á la fuerza. El Estado presta en ocasiones determinadas á estas sociedades cantidades á un interés sumamente módico.

Los gastos hechos por el Gobierno para el mantenimiento de todas estas instituciones no asciende más que á unos 13.000.000 de reales anuales, contando con lo que le cuestan las remontas y los establecimientos de caballos padres.

Falta dar la última pincelada á este cuadro. ¿De dónde, cómo y por qué el payés prusiano ha sacado esa docilidad tan asombrosa? Esta tarde misma, en el día en que escribo estas líneas, un propietario aragonés se lamentaba en mi laboratorio de la falta de docilidad de sus colonos: «No sirve, me decía, predicarles, pues no hay medio de que hagan lo que uno les dice.» Otro propietario lerdiano me decía ayer hablando de los estiercoles: «Mi gente hará lo que yo mande mientras yo esté allí, pero lo harán sin fe, y por consiguiente, cuando yo me vaya no lo harán.» ¿Cómo es que lo hacen los prusianos?

La contestación á esta pregunta es bien sencilla: quien la hace no es el criado, es el amo. Existe en Prusia el noviciado agrícola lo mismo que el noviciado de todos los oficios. Los extranjeros nos quedamos con un palmo de boca abierta al visitar los *ritter güter* cuando nos encontramos como mayordomo de la casa al hijo de un banquero, de un título nobiliario de primer orden ó de un gran propietario. Estos jóvenes se levantan al amanecer como los criados, enganchan los caballos á la rastra ó al arado y aran

toda la mañana; al medio día regresan á la casa, meten los caballos en la cuadra, los arreglan, se visten y se sientan á la mesa del amo, á quien no son inferiores ni por la instrucción, ni por el nacimiento, ni por la distinción de sus maneras; terminada la comida vuelven á ponerse la blusa del trabajo y trabajan hasta la puesta del sol. Esa es la llave de los adelantos de la agricultura. El trabajador y el colono prusiano creen todo lo que les dice el propietario, porque saben que éste puede hacer todo lo que ellos hacen y por su instrucción sabe lo que ellos no saben, mientras que entre nosotros, el colono y el trabajador no cree lo que le dice el propietario, porque sabe que éste no puede hacer lo que él hace, y creyéndose superior á él en la práctica y no comprendiendo la teoría, desdeña todos sus consejos é indicaciones, considerándolas como emanadas de un inferior. Los franceses acusan á Berlín de que todos sus edificios son de ladrillos y de que no tiene alcantarillas. Yo no sé qué es mejor, si tener una capital que, como París, atrae hacia sí á todos los individuos que tienen algo que gastar y que consume en sus boulevares, en sus teatros y en su ornamentación en general, todas las fuerzas de la Francia, aumentándose de esta manera la despoblación rural, y disminuyendo el capital agrícola, ó bien tener una capital que rechace con sus condiciones á los propietarios, obligándoles á vivir en sus tierras, aumentando de esta manera la población rural y no mermando el capital agrícola!

Expuesto ya el sistema de enseñanza prusiano voy á indicar como en mi humilde opinión podría compaginarse este sistema con la legislación vigente en España.

VI.

Hemos visto la manera como ha prosperado la Prusia; hemos visto que esta prosperidad ha sido debida á la instrucción amplia y profunda de que está dotado el pueblo. Si en vez de fijarnos en la agricultura nos fijáramos en la industria, en las ciencias ó en cualquier trabajo del saber humano, encontráramos iguales resultados. Los datos mismos que nos suministran los hechos de la guerra que desgraciadamente asola hoy la Europa, nos hacen comprender que el soldado prusiano tiene una instrucción superior á la del soldado francés y á la del soldado español. Al soldado prusiano herido ó prisionero, se le ha encontrado en la mochila el atlas que contiene todos los uniformes del ejército francés, á fin de que pueda conocer y fijar con exactitud la clase de soldados enemigos que encuentra en su camino; al soldado prusiano herido ó prisionero, se le ha encontrado en la mochila el mapa de la localidad en donde ha de entrar en la acción; ¿hay entre nosotros, no solo soldados, sino cabos ó sargentos capaces de entender un mapa? Si los hay será, ó bien porque ellos lo hayan estudiado por sí solos, ó bien porque, dedicados á una carrera universitaria, las vicisitudes de fortuna ó otra causa distinta les ha llevado al sitio en que se encuentran; por lo demás, ¿de dónde le ha de venir al soldado, y, por consiguiente al cabo y al sargento, esos conocimientos sino se enseñan en nuestras escuelas, haciendo excepción de alguna de las primeras capitales?

En el extranjero hay una legislación sobre abonos; todo vendedor de abonos está obligado á tener sobre el montón que vende una tablilla que diga el cuánto por ciento de azoe, de ácido fosfórico y de potasa que tiene aquel abono: ¿para qué serviría esta tablilla en nuestro país, si en nuestras escuelas de instrucción primaria no se enseña qué es fósforo, azoe, ni potasa?

En el extranjero, y sobre todo en Prusia, los vendedores de vinos, ó mejor, los fabricantes, acostumbran á dar en sus prospectos la composición de los vinos; ¿de qué nos sirve á la generalidad de los españoles ver, por ejemplo, las tablas de Juan Kattus, comerciante de vino en Viena, ó de la Abadía de Klosterneuburgo, ó de la Abadía de Schoten, etc., etc., en donde figura la composición de sus vinos, si la mayor parte de nosotros no las entenderíamos á causa de que, ya sea por carácter, ya por mal método de enseñanza, las nociones de física y química, que debemos estudiar en la segunda enseñanza, son un tiempo perdido?

Según puede verse en los periódicos agrícolas, en Francia, en Inglaterra y

en Prusia se han hecho en el año pasado unos 47.000 análisis agrícolas; yo, que creo ser uno de los que tienen mas trabajos agrícolas en España, no he llegado á ciento; y de esos ciento la mitad han sido inútiles para el que los ha mandado hacer, pues, despues de haberle dicho, por ejemplo, que faltándole á su tierra silice, alumina y sesquióxido de hierro solubles, era preciso añadirle cal para que contuviera aquellos cuerpos, el hombre se ha quedado sin entender una palabra de toda esta jerga; así que, si por deferencia á mí ha añadido cal á su tierra y no ha visto los resultados inmediatamente, dirá que el análisis químico no sirve absolutamente para nada.

Hé aquí, pues, la situación; es inútil pensar en la introducción de máquinas, en el cambio de sistema de cultivos, en los adelantos de la agricultura en general, mientras no preparemos la instrucción para difundirla; y para hacerlo con utilidad en breve periodo, yo no encuentro mas sistema que el prusiano: pero en Prusia, como en todos los pueblos de la raza sajona y anglo-sajona, la iniciativa gubernamental es nula, y todo se debe á la iniciativa particular, mientras que en España y en todos los pueblos de la raza latina, la iniciativa gubernamental lo hace todo, y la iniciativa particular no hace nada: por lo tanto es preciso cambiar el sistema. Fundándose en todas estas razones, yo habia formulado el adjunto proyecto de enseñanza agrícola que, como he dicho, remití al ministro de Fomento, Sr. Ruiz Zorrilla, y tambien á algunos diputados de la provincia de Barcelona.

De la organizacion que, en mi pobre concepto, debe darse á la enseñanza agrícola española.

Economía para el Gobierno, para la provincia y para el municipio, estímulo para los que propaguen la enseñanza y para los que aprendan, y facilidad para ambas cosas, fundada en la libertad de enseñanza, es lo que ha de presidir á la formación del nuevo plan de instrucción agrícola.

La autoridad nacional, provincial y local están interesadas en que la instrucción agrícola se esparza con rapidez, pues ella traerá la prosperidad del país, y deben hacer todos los esfuerzos necesarios para conseguirlo: el ministerio de Fomento es quien ha de producir: el de Hacienda no puede hacer mas que administrar.

La enseñanza agrícola será para directores de explotaciones agrícolas y para braceros.

La enseñanza oficial para directores de explotaciones agrícolas, se establecerá en las Universidades, aneja á las facultades de ciencias.

No habrá enseñanza oficial para braceros; esta es completamente libre, y las diputaciones, los ayuntamientos ó los particulares pueden establecerla.

Yo no sé si es un bien ó un mal la desaparición de las escuelas especiales y su absorción por la facultad de ciencias de las Universidades; pero ello es que hace años hay la tendencia á que todas aquellas sean refundidas en esta. Además las provincias, á quienes poco á poco se va dejando el cargo de sostener las enseñanzas que creen que pueden interesarles, anhelan el planteamiento de estas diversas escuelas especiales, de lo cual es una buena prueba las numerosas solicitudes que se han dirigido al Gobierno para este objeto.

Partiendo, pues, de estos hechos que son del dominio público, y sin meterme á juzgar la cuestión de si esto será bueno ó malo para la instrucción pública en general, he formulado este plan.

Los estudios que se dan en la facultad de ciencias, son bien completos para un ingeniero agrónomo de antes, ó para un director de explotaciones agrícolas, que es el título que propongo yo; faltan solamente los estudios prácticos, los cuales deberán hacerse en una finca ó granja de la capital, en donde esté instalada la Universidad. El estudio de la práctica de la agricultura, que será dado por un profesor, y el de la cria de animales que lo será por otro, se simultanearán durante el periodo del bachillerato y del doctorado, durando cada uno dos años. Las granjas esas serán subvencionadas por el Gobierno.

De este modo tendremos escuelas de agricultura, como las de medicina, farmacia, etc.

El planteamiento de las escuelas de agricultura para directores agrícolas no presenta dificultad alguna, pues como estos han de servir para todo el reino, claro es que deben estudiarlo todo, quedando tan solo á juicio de los claustros y de los profesores dar mayor ó menor extensión á cada materia, segun las necesidades del distrito universitario; pero no sucede lo mismo con los braceros, pues como lo probable es que estos solo sirvan en la localidad, el Gobierno lo que debe procurar es la creación de escuelas que enseñen el cultivo que allí ha de hacerse. Para decidir esto hay que atender al clima, á la formación geológica del suelo y á las condiciones de la localidad. Bajo este concepto, me parece que las necesidades españolas pueden reducirse por el pronto á lo siguiente, sin perjuicio de irias dividiendo á medida que la enseñanza se vaya extendiendo:

Cultivo de cereales con pastos y ganadería.
Cultivo de la hortaliza.
Cultivo de viñas y elaboración del vino.
Cultivo de la morera y cria del gusano de seda.
Cultivo del alcornoque y trabajo del corcho.
Cultivo del naranjo.
Cultivo del manzano.
Cultivo del nogal y del castaño.
Cultivo del algarrobo.
Cultivo del olivo y elaboración del aceite.

Cualquier propietario puede poner en su finca escuelas de esta clase para braceros.

El Gobierno subvencionará todas las escuelas de esta clase con las condiciones siguientes:

1.ª El propietario que quisiere poner una escuela para braceros agrícolas subvencionada por el Gobierno, lo solicitará por conducto del gobernador de la provincia.

2.ª Acompañará á esta solicitud los documentos siguientes:

Una certificación librada por el alcalde, que dé á conocer la extensión de la finca y sus diversos cultivos, así como los aperos y animales de que consta, y el de los operarios fijos y temporeros que necesita para su cultivo. Para solicitar el establecimiento de una escuela habrá de tener la finca una extensión de seis hectáreas, en uno ó en dos pedazos á lo mas, si es para cereales, y de tres hectáreas si es para arbolado.

Otra certificación firmada por el alcalde y dos testigos en que se pruebe que durante el último quinquenio la finca ha producido ganancias.

Un contrato hecho con una ó mas personas, que tengan los títulos académicos necesarios para poder enseñar las materias siguientes: las reglas de cuentas, las proporciones, sistema métrico y contabilidad agrícola, nociones de física y química y mecánica, aplicadas á la agricultura, y cuidado de los animales domésticos.

Prévia la presentación de estos documentos, el Gobierno concederá el permiso para la instalación de la escuela.

3.ª Instalada que sea, el propietario remitirá al Gobierno por conducto del gobernador un parte mensual, con el V.º B.º del alcalde, con los nombres y apellidos de los alumnos que asisten y los de sus padres, así como la residencia de este. Estos partes serán publicados en el Boletín oficial y en la Gaceta.

4.ª A la conclusion del curso, el Gobierno abonará al director de la escuela mil reales vellon por cada alumno que hubiera asistido á ella durante todo el curso, y que sufriese el exámen práctico; no se contarán como discípulos para ese efecto los hijos del director, ni los operarios que debiera tener ya para el cultivo de la granja, ya de otras tierras que poseyese.

5.ª El Gobierno hará vigilar estas escuelas por comisarios honorarios ó retribuidos que deberán presidir los exámenes y presentar una Memoria acerca de su estado.

6.ª Al fin de cada año, despues de satisfecha la subvención, el propietario manifestará al Gobierno, si piensa ó no continuar con la escuela; en caso afirmativo, deberá indicar qué mejoras se propone introducir en aquel año, sea en la adquisición de nuevos aperos, sea en la enseñanza, sea en la finca. Si no piensa introducir mejora, el Gobierno podrá res-

cindir el contrato y hacerlo con otro propietario que lo solicite.

Si terminado el año no hubiese cumplido lo que prometió, el Gobierno no estará obligado á satisfacer los mil reales vellon por alumno, y podrá tambien rescindir el contrato.

Mas adelante, cuando la enseñanza de los braceros vaya aclimatándose, podrá pensarse en establecer las escuelas de mayordomos, mayoresales y capataces.

LUIS JUSTO Y VILLANUEVA.

DE LA HISTORIA

CON RELACION AL DERECHO.

VII.

Lo que son las evoluciones.

¿Qué enseña la historia escrita? Que la sociedad era y es, en la mayor parte del mundo, una reunión de hombres y de pueblos, no asociados libremente y bajo la garantía de recíprocos derechos y deberes, sino formada por la conquista y la fuerza en la opresión para constituir la propiedad de algunas familias, de no sabemos qué raza superior.

Que la justicia era, y es todavia en muchos pueblos desventurados, la ley acordada por los vencedores al fragor de los combates y á impulsos del odio á los vencidos, ó si se quiere, y dichosos relativamente los países donde así sea, la expresión de la voluntad de los más sabios que en tal ó cual siglo dominaron, dictada en interés de los propietarios contemporáneos, sin consideración ninguna á la posteridad, árbitra á igual título de sus destinos; pero no la fórmula absoluta del derecho humano, uno y vario, simple y complejo, anterior y superior á todas las transacciones casuales ó forzadas, á toda abdicación de los atributos imprescriptibles, eternos, ilegales, por haberlos escrito Dios mismo en caracteres indestructibles en la naturaleza, á los cuales no es dado á una generación renunciar más que en su nombre, á lo sumo, sin facultad para ceder los que habian de pertenecer á sus sucesoras.

Que por derecho se ha entendido el que emana de la ley dictada por el pequeño número de afortunados; la autoridad que se han reservado los usurpadores, erigidos en legisladores, y la facultad que se han dignado otorgar al resto de ciudadanos, llamados sucesivamente para mayor oprobio de nuestra raza infortunada, esclavos, siervos, villanos, pecheros y vasallos.

Que se ha llamado paz á la abyecta y vil servidumbre de los pueblos; orden á la resignación estúpida, á la automática sumisión de las naciones, al lazo del poder y al desenfreno de la autoridad pública, no limitada más que por su criterio.

Que todos los principios, en fin, y todos los fueros del derecho natural, verdadera y únicamente divino; todas las prerrogativas de la razón han sido torpemente violadas, formando sacrilego consorcio para seducir y fascinar á las masas mil hipocresías, el óleo divino vertido sobre determinadas cabezas, y el fanatismo, con todo su aparato de perversidad y escándalo.

Y para distinguir estas verdades ha sido preciso estudiar la historia por un procedimiento negativo, averiguando lo que se oculta por lo que se manifiesta, lo que debió y lo que debe ser por lo que ha sido.

Se han precipitado en torbellino los siglos como leves suspiros del tiempo, y en el trascurso de seis mil años, periodo que abraza la historia más auténtica, apenas ha logrado la humanidad que se reconozca el origen de sus derechos; pero todavia en algunas naciones que se creen civilizadas se le rehusa su ejercicio, mientras que se le niega en principio, con crueldad y encono, en las tres cuartas partes del globo.

¿Qué historiador de los antiguos ha hecho saber que el fin y el objeto de la sociedad humana no es, ni puede, ni debió ser otro más que la satisfacción de todas las necesidades que el hombre no podría atender en su aislamiento? Ninguno de ellos, y muy pocos de la Edad Media.

No, el esclavo no ha tenido la culpa de serlo, así como tampoco la tienen los actuales proletarios de hallarse encadena-

dos por la miseria y la ignorancia, constituida contra su voluntad en causa perenne de inquietud y zozobra para todos los Gobiernos.

Si por tales derrumbaderos se ha arrastrado la historia, sancionando falaz y servil con la autoridad de la tradición el violento estado social que conocemos, no es de extrañar que la humanidad se haya enervado largo espacio de tiempo, sin pensamiento fijo ni seguridad de sus destinos. La humanidad, como el hombre, mientras no llega á la edad en que aprende por sí, sólo sabe lo que sus maestros le han enseñado. Si ellos han sido torpes, ¿qué culpa tiene el discípulo? En lo sucesivo no habria ya disculpa para el que, aspirando á ser considerado como historiador, no se elevase á la altura de la filosofía.

El progreso se deja sentir hoy lo mismo en la superficie que en el fondo, y poco perspicaz ha de ser quien no se halle convencido de que el *statu quo* es imposible.

Los adelantos alcanzados con perseverancia en todas las ciencias; los importantes descubrimientos que facilitan y aceleran las comunicaciones de un modo extraordinario, siendo tan febril el impaciente afán de borrar las distancias de pueblo á pueblo, que pareciendo ineficaz el vapor, se proyecta aplicar la electricidad á la locomoción; la rápida propagación de las doctrinas económicas y políticas, fruto de la moderna filosofía; la revolución que se verifica en las ideas religiosas, elevando y aumentando el sentimiento de amor á la divinidad que flota en el espíritu humano; la ilustración extendida de tal manera, que quien no dá exacta razón de sus derechos, los presente, y el movimiento comunicado á las teorías, á los principios y á los sistemas radicales por las últimas revoluciones y la lucha de los partidos, han hecho tomar un vuelo tan atrevido á las inteligencias, que se prescinde ya del brillo exterior para investigar detenidamente la relación que tengan las leyes con el bienestar positivo del pueblo y con el orden social en general.

No se considera bastante corregir y castigar el mal, sino que se aspira á conocer sus causas para hacerlo imposible.

Pero si puede fundarse la esperanza de que el género humano no suspenderá su marcha progresiva de emancipación, es cierto que en la actualidad ha descendido todavia poco la ilustración moral á las clases menesterosas; que un sistema pusilánime, corrompido y corruptor, ha perturbado hondamente la conciencia popular, haciéndola vacilar entre la verdad y el error, entre la libertad positiva y la farsa liberal, y que la educación, por complemento de abusos y por consecuencia de la miseria de muchas familias, es un privilegio que de hecho disfrutan unas cuantas, pocas relativamente, cuyos esfuerzos, por nobles, por generosos y desinteresados que sean, se estrellan contra la suspicacia de los Gobiernos doctrinarios ó conservadores, contra la ignorancia del vulgo y las preocupaciones de una parte considerable de la clase media.

A remediar esta situación crítica debe propender la historia, consignando en sus páginas que los deberes del hombre son consiguientes á sus derechos, y que estos consisten en la educación física y moral, absolutamente igual para todos, sin excepción, en la propiedad de su trabajo y en la remuneración de sus esfuerzos relativamente á su importancia productiva. Su misión gloriosa consiste en demostrar prácticamente, sin pasión ni enojo, que ha habido y hay tiranía en desconocer estos principios ó fingir que son peligrosos; que las convulsiones, la incansante alarma de los intereses conservadores que conmueven á los Estados han sido y son efecto fatal, necesario de tan funesta organización, y que en vano se intenta consolidar el orden, fantasma fugitivo que atormenta á todos los poderes, afianzar la propiedad y afirmar la libertad, interin no se atiende como es justo y vá siendo urgente atender á la equitativa distribución de funciones y atribuciones que puede constituir el concierto y armonía entre los miembros de la gran familia humana.

El triste espectáculo de inmensos países habitados por razas que gimen en el más completo embrutecimiento; el brutal ó astuto despotismo degradando al ser racional y sensible en casi toda la super-

ficie de la tierra, ya por los vicios orgánicos de la civilización, ya por el irrisitante abandono en que lo sostienen los explotadores de la fuerza; la repugnante farsa de las formas; el fantasma de la reacción ostentándose audaz á favor de una organización social, donde unos son señores y otros sus dependientes; algunos ricos, muy ricos, y los más absolutamente pobres; aquellos ilustrados, estos ignorantes, estúpidos, nuestros enemigos; la violencia y el malestar reproducidos bajo todos los sistemas; la incesante lucha de intereses y opiniones, de verdades y sofismas, el pauperismo resultante de los más fecundos inventos, de los más prodigiosos adelantos en la industria, fenómeno que aflige á la poderosa Inglaterra; y en suma, la guerra pública y sorda que inquieta, trastorna y destroza á todas las naciones, obligándolas esa rivalidad artificial, pero encarnizada, que les han creado las pasiones de sus Gobiernos á mantener en pié de campaña formidables ejércitos y una administración costosisima, ruinosa, verdaderos parásitos del cuerpo social, son en sí más que suficiente motivo de angustia, que suspenden el alma del filósofo consagrado al bien de sus semejantes entre la esperanza y la duda, haciéndole repetir alguna vez con el sensible Condorcet, «que los trabajos de estas últimas edades han hecho mucho para el progreso del espíritu humano, pero poco para la perfección de la especie humana; mucho para la gloria del hombre, algo para su libertad, y casi nada para su felicidad.»

Será pues noble y santo que los nuevos historiadores se consagren con amor fraternal á combatir la arbitrariedad en su origen, con cualquier forma que aparezca, y que estudien los acontecimientos bajo su aspecto social, realmente religioso, subiendo para ello, á la fuente de la naturaleza humana, inagotable manantial del derecho absoluto, universal, eterno, infinito, como el espíritu que le ha prescrito leyes inmutables por medio de órganos de sensación, ora se refiera á la dignidad del individuo, ora se aplique á la prosperidad de las sociedades.

Juzgando sin pasión; criticando sin prevención ni cólera de ningún género; inquiriendo de antemano en la contemplación de Dios cuál puede y debe ser el destino de la humanidad previsto *ab initio* por su sabiduría; admitiendo, como admitimos los creyentes la sabiduría previa, omnisciente del Sér único en las diversas manifestaciones de la vida universal, fácilmente arrancará un nuevo Edipo su terrible secreto á la eterna Esfinge del mundo antiguo, la creación, y se ofrecerá á esta generación infortunada la antorcha que la dirija al orden de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, que es la trinidad en que se resuelve el enigma de la unidad en la armonía de los intereses recíprocos, pero no opuestos.

Ya hemos podido observarlo. La historia hasta los últimos tiempos, hasta nuestros días, ha estado fuera de su órbita de acción, ha desconocido casi por completo qué era un sacerdocio, ó por lo menos no ha sabido hacerse comprender, ni ofrecer atractivo á la comun capacidad, á la generalidad de la especie humana, á la ilustración y defensa de cuyos derechos debería haberse consagrado, como el tribuno severo de todos los tiempos.

La humanidad ha sido lastimosamente olvidada, á pesar de sus gritos de dolor y angustia, y se ha hollado esta verdad estampada en las Santas Escrituras, cuyo eco ha sido la voz de unos cuantos géneos inspirados: que los Gobiernos, en cualquier posición que se hallen colocados, cualesquiera que sean sus tradiciones, son un ministerio público subordinado á la ley moral que les manda *instruir, proteger, dirigir y perfeccionar* la vida individual y colectiva de las naciones, no atribuyéndose poder propio, y considerando sus funciones como servicios, su gerencia como una delegación más ó menos transitoria, pero nunca definitiva ni menos absoluta.

Por punto general hemos visto que los jefes, y no las naciones; los intereses de pocas y privilegiadas familias, y no los de esas innumerables clases productoras; las guerras, las conquistas, las batallas y las usurpaciones, ocupan exclusivamente á los historiadores, sustituyendo el derecho natural por su propia

autoridad con el casual ó de convención, y por lo mismo sujeto á variaciones.

¿Por qué no ha de extirpar la historia la grosera preocupación que atribuye las revoluciones á los ambiciosos esfuerzos y propósitos de unos cuantos seres despreciables, sedientos de botín? ¿Por qué no ha de estudiar el movimiento allí donde nace, demostrando el hecho constante de que nunca se trastornó la organización de los Estados por el mero capricho de algunos conspiradores? ¿Por qué no ha de ilustrar á los Gobiernos, recomendando á los poderes la corrección de los vicios, la extirpación de los abusos y la instrucción moral de los ciudadanos? ¿Por qué, en fin, no ha de revelar las causas perennes del desconcierto que agita á las sociedades, provocándolas instintivamente á innovar y descomponer?

Las revoluciones no se evitan ni combaten más que de una manera: privándolas de razón.

Toda la importancia de la historia desaparece desde que el escritor se ciñe á referir meramente, pasando por encima de los acontecimientos; sin investigar y fijar bien la situación material y moral de los pueblos, desde que, transigiendo con las circunstancias, léjos de servir á la humanidad, obedece al espíritu de partido, y omite denunciar las arbitrariedades de que aquellos son víctima con igual indiferencia que deja desapercibidas las necesidades que los aquejan.

Chateaubriand lo ha dicho, y es bueno recordárselo á los realistas de todo género y á los neo-católicos especialmente:

«Una sociedad donde existen algunos individuos que poseen una renta de dos millones de francos, mientras hay otros que se hallan reducidos á llenar sus miserables chozas de montones de estiércol para avivar gusanos (gusanos que vendidos á los pescadores constituyen el único medio de subsistencia de estas familias, nacidas también entre montones de basura); semejante sociedad, repito, podrá permanecer estacionaria sobre tales bases en medio del progreso de las ideas?»

Consideraciones de este género deben preocupar detenidamente al historiador, si ha de cumplir el elevado ministerio á que se dedica. Aceptar un orden de cosas establecido, solo porque lo está, y partir de él sin más exámen para condenar ó aplaudir los sucesos, desconociendo todo derecho que no sea el constituido, es aumentar la confusión, canonizar los privilegios y dar pábulo á los excesos del poder, que se cree por eso autorizado á resistir toda reforma y todo progreso como un atentado contra sus prerogativas.

Las revoluciones son siempre el resultado fatal de una Constitución defectuosa y de un régimen arbitrario. Si las leyes civiles garantizasen la libertad individual, la autonomía humana, como ya sucede en España, y preparados los hombres por la educación al cumplimiento de un deber, tuvieron espedito el derecho de intervenir activamente en la gestión de los intereses públicos, ya discutiendo las doctrinas políticas, ya eligiendo sus legisladores y magistrados, ora juzgando á sus iguales en el jurado, ora emitiendo su opinión de palabra ó por escrito sobre la bondad ó inconveniencia de los preceptos legislativos, ni habría ocasión de conflictos, ni ocurrirían las colisiones que con tanta frecuencia se repiten entre los pueblos y los Gobiernos, ni se habría por último ocurrido á los presuntuos políticos del justo medio esa extraña teoría de la reciprocidad de derechos entre los opresores y los oprimidos, que está siendo la causa permanente de la hostilidad en que viven los dos poderes, el de la tradición y el del derecho, cuya hostilidad terminará en una grande y estrepitosa catástrofe. Las revoluciones son la obra laboriosa del tiempo, no el arranque de un momento. Nunca son efecto de la impaciencia ni de la irritación que produce un exceso. Son el estallido de una tempestad formada en la atmósfera de los siglos por la acumulación de vapores de sangre; el rayo que arroja Dios desde su trono de justicia, por la mano de sus elegidos, mártires casi siempre de su fe, para castigar á los poderes que ciegos y deslumbrados de orgullo se oponen con obstinación al establecimiento *pacífico del orden*, á lo que por regla general y

sin excepción constantemente propenden los hombres generosos del progreso.

¿Quién ignora que la revolución de 1789 venía preparándose desde el siglo XV? ¿Quién no sabe que la revolución de 1868 venía preparándose desde 1814, haciéndola inevitable la reacción desencadenada en 1843, y elevada á sistema en 1845?

F. J. MOYA.

EL CORAZON.

Por mas que el corazón sea una parte muda de nosotros mismos, por mas que se presente á la consideración del anatomista como una masa elástica de carne, probáramos desconocer por completo el significado que en todos los idiomas tiene esa palabra, si por ella no comprenderíamos este sentimiento de dolor ó de placer que en nosotros nace á veces como á pesar nuestro.

No ignoramos que al corazón, centro de la circulación de la sangre, solo le es dado un movimiento mecánico al encontrarse ó al dilatarse; pero hemos querido honrar con nuestras afecciones y con nuestros odios á esta porción de materia que es el principio y el móvil de nuestra vida animal. Mirado el corazón bajo este punto de vista, ofrece vasto y fértil campo á nuestras reflexiones.

Es el corazón laberinto inexplicable en cuyos mil recodos se pierde el alma; crisol en que se funden el amor legítimo y santo y el amor criminal; laboratorio en el cual refina el espíritu sus ideas y les imprime un sello de grandeza que apellidamos heroísmo; flujo y reflujo de contrarias aspiraciones que, en cierto modo, comunican al hombre algo de infinito; manantial sempiterno de esperanzas y de temores; volcan que ora lanza abrasadoras llamas, ora densos torbellinos de humo; abismo insondable; temblante azogue que rehuye todo contacto. ¿Quién podrá darne la facultad de sondear mi corazón, decía San Agustín, de conocer y desenvolver todos sus pliegues? Ardua tarea, asequible solo al sabio que estudia y posee su corazón, entregándole en las potentes manos de aquel que lo formó y lo inclina á su grado.

Si dado fuese al hombre gobernar su corazón, nada habría mas grande ni mas digno de nuestra inmortalidad. El corazón, capaz de amar lo infinito, y bastante animoso para olvidarse hasta el seno de la divinidad, solo produciría celestiales deseos. Sentiríamosle cual una llama pura y viva traspasar la densa nube de las pasiones, devorar la concupiscencia que nos tiraniza, ahogar los sentidos que nos dominan, y esparcir torrentes de luz sobre nuestras acciones; sentiríamosle, cual corriente bienhechora, deslizarse apacible hasta los que lloran y sufren, reanimar sus esperanzas y desvanecer sus inquietudes; que un corazón generoso, empapado en el verdadero espíritu del cristianismo, es la gloria de la humanidad. ¿Cuán pocos le poseen!

Nuestro corazón, en mal hora arrastrado por los sentidos y por las pasiones, viene á ser el terrible rival de nuestra alma, y en vez de permanecer sumiso á la razón y de escucharla, osa usurparle sus derechos y crear sistemas acordes con sus inclinaciones.

Por poco que leamos la historia, veremos que el corazón, en lucha con el espíritu, cuya dependencia rechaza, ha inventado una teología especial. El impío ha dicho en su corazón: «Dios no existe.» Veremos que si el alma, en aras de la ciencia, ha fundado academias, establecido opiniones, y formado, en fin, el cuerpo de una filosofía universal, en cambio también el corazón ha querido engendrar razonamientos y formar escuelas.

¿A quién sino al corazón debemos atribuir la paternidad de esa depravada filosofía que trata de sacudir el blando yugo de la religión? ¿No ha sido el corazón el inspirador de tantas obras infames contra las buenas costumbres?

Y es que por un trastorno del orden natural hemos cambiado las funciones de todo lo que existe en nosotros. El corazón, por ejemplo, formado para sentir, quiso raciocinar: creado el espíritu para conocer, para iluminarnos, creyó que debía amar. Inverso lo que ha traído por consecuencias ineludibles el libertinaje erigido en sistema; el amor conyugal sin ternura; la amistad sin alma y sin vida; la guerra perpetua entre el cora-

zón y el espíritu, guerra que subsistirá mientras el uno quiera arrogarse las facultades del otro.

Todos los escritores sensuales, todos los apologistas de las pasiones, aspiraron su moral en sus propios corazones. «Dadme un hombre de costumbres arregladas, dice el ilustre La Bruyère, que declame contra la virtud y niegue la religión, y me hareis ver un fenómeno.»

Nuestro cuerpo puede compararse á un reloj. El corazón es la péndula que, siempre en movimiento, parece marcar los minutos y los segundos de nuestra breve existencia; pero este reloj, que debiera despertarnos de continuo, suele señalar nuestro último instante sin que hayamos reparado en ello. Es que cerramos los oídos á estos movimientos internos que sin interrupción se suceden, y vivimos indiferentes en medio de las vibraciones de un corazón agitado.

Nada mas terrible que el espectáculo de un corazón presa de las pasiones. Cambia su naturaleza, inclínase hacia el lodo, y esparce hábitos de muerte; consúmese y se agosta en medio de abrasadores deseos; vaga sin brújula de objeto en objeto; es juguete de todas las criaturas que se creen con derecho á su conquista; ofusca la razón, embriaga los sentidos y sedúcese á sí misma, creyéndose dichoso en la vorágine de la inquietud y del tedio. Sensible solo á los placeres de la orgía, que son su vida y su sér, se endurece, y no le conmueven las lágrimas del desgraciado, y huye de la luz, semejante á esas flores de nuestros jardines que se abren al morir el día y se cierran al despuntar la aurora.

¿Cuán distinto de un corazón semejante es el del sabio, que cual un santuario inaccesible á los odios y los malos deseos, solo encierra candor, justicia y generosidad!

En vano nos loan el corazón del héroe: toda impetrida magnanimidad, no es mas que un nombre impotente en comparación de la generosidad de un corazón tierno y compasivo. Véase dilatarse, abrirse al espíritu de todo el que sufre. No es menester conmovérle con estudiadas frases, ni interesarle con fingidas lágrimas: adivina la desgracia ajena y se multiplica para derramar raudales de consuelo allí donde quiera que reina el dolor.

El corazón nos inspira el amor á nuestros padres, la amistad á nuestros iguales, la caridad para con todos. A él debemos los sentimientos de padre, esposo, ciudadano y amigo; pero fuerza es determinar sus inclinaciones y mandarle con imperio, pues de lo contrario se nos revela y corre á fijarse sobre objetos indignos de nuestras miradas. ¡Cuántas veces ha prevenido nuestros juicios y nos ha lanzado en el abismo de esos placeres criminales y frívolos, que solo la vergüenza y la desesperación y el hastío nos dejan por recuerdo!

El filósofo debe poseer su corazón, y en este sentido, todos los hombres debieran ser filósofos. Para enseñar á regir el corazón, para que le hicéramos discípulo de la razón, ha colocado el Creador nuestra alma en privilegiada parte; y por mas que forcejee y se subleve, y se entenezca, se apene ó se alegre, no seguirá estos movimientos sino despues de haber consultado nuestro sentido íntimo, si es dócil y se contiene en sus verdaderos límites.

Mas, ¿lónde están esos límites? ¿Como aperebirse de ellos? Creemos no haber amado mas que la virtud, no haber buscado mas que el verdadero bien, y solo hemos buscado la satisfacción del amor propio. Es tan difícil escudriñar los pliegues del corazón, son tan imperceptibles los resortes que le mueven, que generalmente tomamos nuestros defectos por virtudes, y nos creemos héroes, y solo somos débiles arbustos azotados por la tempestad. Parece como que el corazón humano, á fuerza de recibir sin cesar nueva sangre, nace y renace continuamente, trasformándose por instantes. Podría decirse que sus válvulas son las entrañas de un laberinto en el cual se extravían nuestros pensamientos para vagar eternamente por ignotas sendas.

Es, en verdad, admirable, y se presta á muchas y muy profundas meditaciones esta lucha incesante en que se agita todo lo que en nosotros vive, y todo lo que metafísicamente nos anima: el alma y el corazón. Las candentes pasiones y

la razón helada: la tiranía hartas veces irresistible de los sentidos, arrastrándonos por la fácil pendiente de los gozos materiales, y el sentimiento innato de nuestra dignidad, oponiéndose débilmente unas veces, con atléticas fuerzas otras a nuestra degradación. Lucha, continua lucha: a esto hemos convenido en llamar vida. Lanzándose nuestro corazón cual impetuoso, mujidor torrente en pos de sus deseos, rara vez consigue vencerse, rara vez consigue detener su vertiginosa carrera.

Y hé ahí como el corazón, eterno cautivo de las pasiones, no conserva la fuerza suficiente para elevarse hacia el cielo, su elemento y su objeto; y, por una desgraciada servidumbre que nos deshonra, tórname tierra, como la tierra que huelan nuestras plantas. El corazón, nacido para ser libre, no goza de este privilegio sino cuando tiende a Dios; es, pues, dañar a su libertad, es destruirla, el desviarlo de su natural inclinación; pero, ¿cómo decir esto a los libertinos, a los avaros y a los ambiciosos? ¡Ay! Estos seres, a quienes la fuerza del hábito nos obliga a llamar hombres, no se creen en plena libertad sino cuando de veras se hallan encadenados, esclavos de una frívola criatura, de un vil metal, ó de un falso honor.

¡Oh corazón impenetrable é inmenso! ¿Cómo siendo tú el principio de nuestros movimientos, la fuente de nuestros deseos, el centro de nuestra vida, nos eres tan desconocido? ¿Por qué no podemos profundizarte, sondearte, comprenderte, en fin? ¿Por qué eres el enigma indescifrable de la humana existencia? Acabamos de hablar de tus facultades; hemos intentado dominar los secretos que guardas en tus mas recónditos pliegues, y esto no obstante, nos eres tan desconocido, que creyendo escribir ahora por amor a nuestros semejantes, tal vez hemos escrito sin tener mas objeto que el de satisfacer nuestro amor propio.

M. VAZQUEZ CASTRO.

LA GUERRA Y EL DERECHO DE GENTES.

«La guerra es tan fecunda en desgracias, tan incierto el éxito y tan ruinosas las consecuencias para un país, que nunca podrán los príncipes reflexionar bastante antes de comprometerse á ella.»

(FEDERICO II, REY DE PRUSIA.)

Si son siempre oportunas las consideraciones que se hagan acerca de las grandes cuestiones que se agitan en la esfera del derecho, adquieren las mismas mayor grado de importancia en las épocas en que la humanidad, alucinada y extraviada, se separa del camino que le marcara la mano de la Providencia para realizar el fin á que está llamada; cuando merced á extraños caprichos abandona la razón y la justicia, y deja que la fuerza bruta ejerza su despótico imperio. — Hé ahí por qué creemos de actualidad toda clase de estudios sobre la guerra y el derecho de gentes, en esos momentos en que hollado todo principio justo y atropellado hasta el sentido moral, dos naciones rivales luchan encarnizadamente, no para defender alguna idea noble y grande, no para llevar la civilización y la verdadera doctrina del progreso á otras regiones, sino para ver cuál de ellas puede conquistar la preponderancia europea, cuál de ellas debe ser la señora de los destinos de las demás naciones.

En mitad del siglo, que solo por sarcasmo puede llamarse de las luces, parece increíble que Francia y Prusia se hayan empeñado en un combate estéril bajo todos conceptos, y del cual ningún provecho pueden sacar los demás pueblos; parece un sueño que hayan hollado tan indignamente los soberanos de aquellas potencias el derecho de gentes, sin respeto á los tratados y á la ley establecida, sin consideración á los demás Estados, que confusos y atónitos contemplan tan espantosa ecatombe, mengua y baldón de la civilización moderna.

Si el ideal del progreso es la paz, como viene repitiéndose constantemente, deberemos confesar que pocas etapas de la historia del mundo ofrecen un espectáculo tan edificante como el que marca la primera parte del presente siglo. — Empieza este con las guerras é injustificadas conquistas de Napoleón I, humi-

llado y abatido en Waterloo, y apenas llegamos á su segunda mitad, se hunde sin honor y sin gloria en el combate de Sedan, el descendiente del gran capitán que en su orgullo desmedido, anhelando conquistar el mundo entero, humilla cobardemente su espada triunfante en Magenta y Solferino á los piés de quien en nombre de Dios y de la patria conduce á una segura muerte á millares de millares de hombres que se despedazan mutuamente con saña infernal, solo para satisfacer miserables y rastreras pasiones de sus verdugos.

La historia, juez inexorable, calificará debidamente las indignas provocaciones de Napoleón y la saña impía con que combate Federico Guillermo; dará á cada cual su merecido, y escribirá con sangre las páginas de tan funestos reinos. Sin embargo, dejemos esta serie de consideraciones y concretemos el objeto de nuestro tema.

Un escritor insignie dirigía hace poco tiempo al periodista francés Emilio de Girardin, una serie de cartas (1) sobre la filosofía de la historia, y en una de ellas, al ocuparse del tema que hemos puesto al frente del presente escrito, y que recuerda una de las mejores notas diplomáticas de Federico II de Prusia, decía para demostrar la ineficacia de los principios proclamados sobre el derecho de gentes:

«No pertenecen aquellas frases ni al abate de San Pedro, ni á Montesquieu, ni á Ricardo Cobden, ni á ningún miembro del Congreso de la paz. Aquellas líneas son debidas á un escritor, cuyo testimonio no será sospechoso á los mas feroces partidarios de la guerra, á un pensador, que si manejaba admirablemente la pluma, sabia aun mejor hacer uso de una espada. Dichas palabras, se escribieron hace un siglo, en 1763, al día siguiente de los Congresos de París y de Hubertsburgo, en los cuales acababa de dictar la paz á la Europa entera coaligada contra él. Hablo del héroe de la guerra de los siete años, del rey de Prusia, Federico II.

«¿Por qué esa contradicción entre el vencedor de Rosbach, y sus escritos y actos? ¿Por qué otros grandes capitanes han pasado la mitad de su tiempo gimiendo bajo los males que en la otra mitad acumularon sobre sus pueblos? ¿Por qué Luis XIV decía al morir á su nieto. «He amado demasiado la guerra?...» ¿Por qué Napoleón en Santa Elena iba mas allá en sus proyectos retrospectivos de lo que pudiera soñar del abate de San Pedro? ¿Por qué, en fin, añadiré yo con un gran escritor, por qué las naciones no han podido elevarse al estado social como los individuos? ¿Por qué lo que hay mas honroso en el mundo, á juicio del género humano sin excepción, es el derecho de verter inocentemente sangre inocente?

«Hay un hecho digno de noarse, y que bastaría para confundir nuestras ideas, y es, que los reyes filósofos, los príncipes, los jefes mas sábios y hasta los mas santos, han sido todos hábiles capitanes. En prueba de esto pueden citarse á Trajano, Marco Aurelio, Carlo Magno, Alfredo el Grande, el califa de Bagdad Haaroun-al-Raselud, Washington, Alfonso IV de Castilla, San Enrique emperador de Alemania, Federico el Grande, Enrique IV, y otros varios que no recordamos ahora.

«El ejercicio de las armas no supone, como pudiera creerse, una ferocidad innata, pues se han visto personas del carácter mas inofensivo muy apasionadas por la guerra. Turena, á quien se atribuye aquella famosa frase: «Dios está siempre de parte de los grandes batallones,» y que en 1674 entregaba friamente á las llamas siete ciudades y veinte villas del Palatinado; Turena, repetimos, era un hombre de carácter mas dulce que se conocía. César no tenia nada de cruel, ni en el temperamento ni en sus costumbres; Alejandro está representado por sus biógrafos, como un hombre casi tímido, y Epaminondas era la dulzura misma.

«Temístocles se dejaba pegar sin responder otra cosa que la sublime palabra tantas veces citada; Alcibiades era el discípulo querido de Sócrates; Du Guesclin y el caballero Bayardo, eran tan valientes como buenos. ¿Qué carácter mas

(1) En la obra que bajo el título de *La farsa social* hemos publicado, continuamos como apéndice de la misma estos escritos, notables por muchos conceptos, debidos al ilustre Odysse-Bárot.—(N. del A.)

benigno que el de Catinat? Y sin embargo, Catinat, el virtuoso y excelente señor de Saint-Cretien, escribía al primer ministro del duque de Saboya en 6 de Junio de 1696 lo siguiente:

«... Si S. A. R. no acepta las condiciones tan razonables que se le han propuesto, cuando el rey debería disminuir sus fuerzas en los demás países donde hace la guerra S. M., ha resuelto exterminar completamente el país, quemando los edificios y los granos y cortando las viñas, bosques y árboles frutales, en toda la extensión del país donde pueda llevar sus armas...»

«Al ver formular á tan ilustre y leal soldado, sin vacilación alguna, semejantes amenazas, que hubiera ejecutado ciertamente, como Turena en 1774, y como Lauvais en 1689, al leer estas cosas firmadas por tales hombres, no puedo menos de recordar aquella magnífica página de José de Maistre, que dice:

«En cada gran división de la especie animal, ha elegido la naturaleza cierto número de animales á quienes ha encargado de devorar á los otros. Hay insecto de presa, pájaros, peces y cuadrúpedos de presa, y no pasa un solo instante durante el día sin que algún sér viviente no sea devorado por otro. Por encima de todas estas clases de animales está colocado el hombre, cuya mano destructora no perdona nada de cuanto existe. Mata para comer, para vestirse, para adornarse; mata para atacar y defenderse, para instruirse y divertirse; mata, en fin, por matar. Rey soberbio y terrible. lo necesita todo y nada le sirve. Sin embargo, ¿qué sér exterminará al que todo lo destruye? El: el hombre es el encargado de matar al hombre.»

«Si las cualidades morales acompañan con frecuencia al valor militar, las intelectuales se encuentran mas á menudo entre la gente de guerra, á quien debemos en todos los idiomas y en todos los siglos una gran parte de las obras maestras del entendimiento humano. Esquilo y Eurípides eran soldados, así como Thneydides y Polybo. A Scipion el africano le gustaba rodearse de todos los talentos de su época, y era íntimo amigo de Terencio y de Lelio. El general cartaginés Hanon, escribió un curioso tratado de agricultura; el mismo Anibal era muy instruido; y podemos recordar, en fin, *Los Comenterios*, la *Historia de un tiempo* y el *Diario de Santa Elena*.

«Agrippe d'Aubigné ha escrito Memorias que M. Michelet considera como una obra maestra. Entre los escritores franceses de la Edad Media, Villehardouin y Joinville ocupan el primer lugar; el duque de San Simon, Vauvenargues, Chateaubriand y Camoens eran soldados; el único tratado de economía política que nos ha quedado de la antigüedad, pertenece á un militar, á Xenophonte, y el primero que vió la luz en Francia es obra del mariscal de Vauban.

«Hay quien considera las luchas internacionales como un hecho propio tan solo de los tiempos bárbaros, excepcional únicamente en los siglos civilizados. Hay frases ya conocidas para hablar de la ambición de los conquistadores; aun existen personas que se extremecen al nombre de Atila, imaginándose, algo aventuradamente, que si los pueblos no han dejado de batirse, la guerra se ha despojado al menos de ese cortejo de atrocidades que la rodeaba en otro tiempo.

«Mucho me temo que esto no sea mas que una ilusión, y que las costumbres militares no sean en los tiempos modernos sino pura y sencillamente lo que eran otras veces. Recordemos las guerras de los últimos siglos.

Atila, á quien la historia ha calumniado un poco; Atila, que se dejaba vencer por los ruegos de dos ancianos, San Lobo y San Leon el Grande; Atila, que nos presenta Prisco con una grandeza de alma que poco podría esperarse en el terrible jefe de los hunnos, ese hombre á quien llamaron el azote de Dios, hubiera evitado acaso los horrores del saqueo de Magdeburgo por Tilly, el 10 de Mayo de 1631. Es preciso leer en Schiller (1) estos horrosos detalles, estremeciéndose al pensar que fueron degolladas cuarenta mil personas, cuatro mil casas incendiadas, y que, en medio de tan espantosa catástrofe, Tilly, el general de S. M. católica, entonaba un *Te-Deum* sacrilego sobre las humeantes ruinas de la gran ciudad. Federico II ha trazado so-

(1) *Historia de la guerra de los 30 años.*

bre este desastre un cuadro, que, aunque mucho menos conocido, no me parece inferior al de Schiller.

«Todo lo que puede inventar la licencia mas desenfadada de los soldados, todo lo que la crueldad mas feroz inspira á los hombres cuando una ciega cólera se apodera de sus sentidos, todo fué cometido entonces por los imperiales en aquella ciudad desolada.

«Los soldados corrian con las armas en la mano por las calles, matando indiferentemente á los ancianos, á las mujeres y á los niños; á los que se defendían, á los que no hacían resistencia. Saqueáronse las casas, las calles quedaron inundadas de sangre, cubiertas de muertos, y no se veían por do quier mas que cadáveres palpitantes, apiñados unos sobre otros en mal revuelta confusión. Los gritos lúgubres de los que morían, y los gritos furiosos de sus asesinos, mezclábanse é inspiraban horror. En aquella terrible carnicería pereció la mayor parte de los ciudadanos, pues solo se salvaron 1.400, que habiéndose encerrado en una iglesia, obtuvieron gracia de Tilly. A los asesinatos sucediéronse los incendios: las llamas se elevaron por todas partes, y en pocas horas las casas de los particulares y los edificios públicos quedaron convertidas en un inmenso montón de cenizas. Apenas pudieron salvarse 140 casas de aquel incendio general. ¡Mil doscientos jóvenes se ahogaron por conservar su virginidad!...

«Y esto no es un hecho aislado. ¿Será necesario recordar el saqueo de Mantua, por Gallas, en 1630, y el saqueo de Roma por el ejército de Carlos V en 1527? ¿Será preciso citar una infinidad de episodios de las guerras de la República y del imperio, y, sobre todo, de la guerra de España? Aun podríamos apelar á recuerdos mas recientes.

«A buen seguro que no fué Atila quien el 4 de Febrero de 1806 escribía desde Saint Cloud al general Junot, comandante militar del Estado de Parma: «Quemad cinco ó seis villas; mandad fusilar á cincuenta ó sesenta personas; haced un severo escarmiento...» (1)

«No fué tampoco el general Tilly, sino un almirante inglés, quien en Agosto de 1863 incendió la ciudad japonesa de Kagosina...

«... Estuvo viendo como ardia durante toda la noche, y alimentó el incendio lanzando bombas para reanimar el fuego. Cuando se hubo marchado, despues de cuarenta y ocho horas que duró aquella obra infernal, volvióse para mirar las llamas y el humo que envolvían todas las casas, ¡doade habitaban 180.000 almas! ¡Estos son los actos del representante de una de las naciones mas civilizadas del mundo!» (2)

«No son tampoco los hunnos ni los vándalos los que cometen en Polonia, en América, en la India y en otras partes, las crueldades cuyos horrosos detalles nos trae diariamente el correo.

«L'AVENEMENT DE LA CIENCIA del derecho de gentes á fines del siglo XVI; los libros de Grotius y de Montesquieu, no han producido, pues, ningún resultado apreciable, ni cambiado en nada las condiciones de la guerra. Como teoría, el derecho de la naturaleza y de gentes es tan viejo como el mundo, y nuestros grandes juriconsultos no han hecho mas que tomar las máximas de la filosofía antigua. En la práctica no me atreveré á asegurar que no estamos mas atrasados que los hombres de la antigüedad. Francisco I en Madrid, me parece muy pequeño comparado con Régulo en Cartago. Que me citen una guerra de los tiempos modernos que pueda recordar las luchas generosas de Pusso y de Roma; que me enseñen Fabricios y Ceneas. El senado romano protegía del furor de los asesinos la vida de sus enemigos; la Roma del siglo XVIII, asesina al agente diplomático Basseville y al general Duphot.

«Extraño es por cierto que desde que el derecho de gentes ha llegado á ser una ciencia, es precisamente cuando mas menospreciado se ha visto. Entre los antiguos era sagrada la persona del mas humilde mensajero, la inviolabilidad del heraldo era una religión. Es preciso llegar hasta nuestros siglos civilizados y de progreso para ver, en 1618, los embajadores imperiales arrojados por las

(1) Correspondencia de Napoleón I.

(2) Everning Star.

ventanas del castillo de Praga; en el Congreso de Colonia, en 1614, al príncipe de Jeurstemberg, principal ministro del Elector, arrebatado en pleno día en medio de las calles de la ciudad por un centenar de oficiales; y últimamente, á varios plenipotenciarios franceses asesinados en el Congreso de Bastadt.

«Después que el derecho de gentes ha llegado á ser una ciencia, es cuando se ha visto á tres soberanos repartirse un pueblo, llevando su imprudencia hasta al punto de obligar á los mismos despojados, por fuerza, á ratificar la espoliación.»

«Y para dar á nuestros lectores una idea de las costumbres diplomáticas de la época, citemos la siguiente anécdota que refiere ingenuamente el soberano que figura como héroe:

«Sucedió que el embajador de Francia, M. Valori, hallándose cerca del rey, dejó caer por casualidad una carta de su bolsillo. FINGIENDO NO HABER VISTO NADA, el rey puso el pie encima y despidió al ministro con la mayor presteza. Aquella carta era de M. Amelot, secretario de Negocios extranjeros.»

«Si Fabricio hubiera dejado caer por casualidad delante de Pyrrro una carta del Senado romano, ¿hubiese el rey de Epiro puesto el pie encima fuyendo no haber visto nada?»

«Nuestro país no tiene quizá el derecho de censurar á las tres potencias del Norte el repartimiento de la Polonia. Por el tratado de Milan (16 de Mayo de 1797), las Repúblicas francesa y veneciana se juraban paz y amistad eterna, y casi en seguida la Francia, á quien se recibió como amiga y aliada, se apoderaba de toda la flota veneciana, compuesta de 9 navios, 12 fragatas, 12 corbetas y 18 galeras; sacaba del arsenal la artillería y las municiones; hacia trasportar á París los cuatro caballos de bronce y el león de San Marcos; y tomaba, en fin, posesión de las islas de Corfú, Cefalonia y Zaire. Cuatro meses después, el 17 de Octubre, por el artículo 6.º del tratado de Campo-Hornio, entregaba al Austria la República veneciana.»

Después de lo que dejamos transcrito, y á continuación de tan elocuente página, solo debemos añadir hoy que la presente guerra aventaja de una manera considerable á todas las atrocidades cometidas en siglos anteriores. Los principios generales del derecho de gentes ni han sido observados, y ni aun siquiera han merecido consideración los hospitales y heridos; se asesina á ciudadanos pacíficos; se reducen á cenizas poblaciones abiertas é indefensas; se bombardea á inocentes villas; se acude á la traición mas villana solo con el afán de amontonar cadáveres (1); en una palabra, se ha llegado al colmo de la barbarie y al desenfreno de las mas miserables pasiones, en medio de la Europa civilizada, entre dos potencias que se preciaban de ser las guardadoras del progreso y de la ciencia.

¿Qué es, pues, el derecho de gentes mas que un vil sarcasmo, ya que no existe un tribunal capaz de hacerle respetar, ya que las naciones todas son impotentes para hacer observar sus acuerdos? ¿Qué es la guerra mas que el colmo de la insensatez y la prueba de la ruindad que anima á las naciones y á los individuos? ¿Qué son las leyes universales de humanidad y justicia?... Un Código completamente muerto; una brillante página histórica que pertenece á otra época y que la sociedad presente se cree libre de cumplir.

Ni un solo paso ha progresado el derecho de gentes en el terreno práctico; ni un solo punto adelanta la humanidad en este camino. ¿Por qué tanta distancia entre los adelantos materiales y el estado moral de las sociedades? De esto esperamos ocuparnos en otro artículo.

José JOAQUÍN RIBÓ.

(1) No se crea que exajeramos. Tenemos á la vista documentos que justifican la devastación y exterminio que anima á los dos ejércitos beligerantes y los hechos llevados á cabo por los mismos en los campos de la Alsacia y la Lorena. En las batallas libradas á orillas del Rin, en el bombardeo de Strasburgo y de otras poblaciones, en los combates que han tenido lugar bajo los muros de Metz y en la voladura del fuerte de Laon, se han cometido actos que la pluma se resiste á escribir y de los cuales apartamos la vista con profunda pena.

(N. del A.)

EL CEREBRO Y LA INTELIGENCIA.

I.

No pertenecemos á esa escuela que, colocando en manos del hombre el cetro de una superioridad ficticia, conviértelo en el punto á cuyo alrededor gira todo lo existente y reduce á una sola palabra el pensamiento que bulle en el seno poderoso de la creación.

Si la fábula mitológica de Ayax escupiéndolo á los cielos su arrogancia, ha venido reprobiéndose á través de las edades con toda la frialdad de la naturaleza, culpa es de los que, soberbios, han pretendido sintetizar en su propio ser el conjunto armónico de leyes á que obedece el desarrollo de la vida universal, atado al carro de su engrandecimiento las maravillas del mundo, y ciñendo sus arrogantes sienas con glorias de un triunfo ageno.

Pero si censuramos esa punible vanagloria, no por eso dejamos de confesar que el hombre, á pesar de su estrecha sujeción al plan general de la naturaleza, dispone de fuerzas superiores que casi divinizan su poder, prestándole armas poderosas y recursos extremos para concertar en lo posible sus facultades con el fin á que se dirigen las sorprendentes manifestaciones de todo cuanto le rodea.

Los mundos no han sido únicamente creados para el hombre; ese polvo finísimo de brillantes que tachonan el firmamento no debe su existencia á la sola idea de agradar á un ser tan humilde; pero ese ser, aguijoneado por un impulso desconocido, ha atravesado con su poderosa mirada los espacios infinitos y ha ido «á sorprender á la estrella que tiritaba en su desuaduz, hasta mas allá del argentado velo de la vía láctea» (1); el mar no despliega su temible magestad por anchas soledades únicamente para el hombre; pero el hombre ha percibido en su interior las palpitaciones de una fuerza poderosa, y ha hecho del mar un puente para las riquezas y un lazo de amistad para los pueblos, y ha ido á arrancar del fondo de sus verdosos abismos joyas con que halagar su molición: la flor no exhala su perfume solo para el hombre; pero el hombre ha sentido brotar una chispa en su mente, y ha adivinado que, envuelto en ese perfume y en el seno del éter que lo despidió, hay un principio que regenera su sangre y fortalece sus miembros; los animales no arrastran su existencia por sacrificarse al hombre; pero el hombre ha comprendido de cuánto le serviría su provechoso auxilio, y ha hecho del buey el instrumento de su trabajo; el caballo el remedio de su impaciencia y la satisfacción de su comodidad, y del perro el guardián de sus intereses. Todo obedece á la ley inmutable con que el Supremo Hacedor rige lo creado, nada se aparta en la mas mínima del camino escogido; pero el hombre, en medio de su impotencia, encuentra una inspiración que á todo responde, un poder que á todo se acomoda, un *quid divinum* que todo lo satisface. Esa inspiración, ese poder, ese *quid divinum* es la inteligencia.

II.

Considerada como una fuerza, como un impulso, aunque no material, la inteligencia ha obligado á la antropología á plantear un problema por cuya solución definitiva se viene trabajando hace mucho tiempo sin haber podido aun llegar á poseerla enteramente.

Dado el órgano que sirve de medio para las manifestaciones legítimas de esa facultad del alma, que, según todas las observaciones practicadas, es el cerebro, hallar la medida exacta de su poder en los diversos individuos de la especie humana.

Eminentes naturalistas y profundos filósofos han tratado y tratan de baliar un resultado práctico que ilustre á la ciencia en esta cuestión, constituyendo con ello la base de un nuevo orden de conocimientos que venga á servir de lazo necesario entre los fenómenos psíquicos y los fisiológicos; numerosos ensayos se han hecho en todos sentidos, y aunque poco se ha conseguido hasta el presente, mucho hace esperar el porvenir.

Por de pronto, y con ayuda de una observación continua y de una experimentación estudiosa, se ha conseguido fijar de una manera casi decisiva el asiento de la inteligencia, localizando sus efectos y allanando de este modo el camino para conseguir ulteriores fines y legítimas consecuencias.

La medicina, esa ciencia de las ciencias llamada por el tiempo á ser la poderosa palanca de descubrimientos que cambiarán el carácter de la filosofía removiendo los fundamentos en que ahora se apoya, nos enseña palpablemente que las lesiones de la masa cerebral influyen directa y prontamente en las funciones de la inteligencia y que casi siempre que en estas se manifiestan desórdenes, hay que referirlos á una alteración morbosa de que repetidas observaciones no permiten dudar. El aumento excesivo de líquido encefalo-raquídeo trae consigo la estupidez y el idiotismo; la apoplejía debida á un derrame sanguíneo en el órgano que nos ocupa, produce incidentalmente la pérdida del conocimiento; la inflamación del cerebro da margen al delirio, y á las degeneraciones en uno de sus hemisferios sobreviene la somnolencia, la debilidad de espíritu y el atontamiento. Se me podrá objetar que en la locura como en todas las afecciones mentales, todavía no se ha podido probar de una manera que no admita réplica la compli-

cación morbosa del cerebro defendida por esclarecidos talentos (1), pero esto no prueba nada. Todas las neurosis (enfermedades nerviosas), carecen de lesión material apreciable, pero, porque la ciencia no haya podido todavía descubrir esta alteración, quizá por falta de medios, puede deducirse que no exista, relegando la causa de estas enfermedades á un misterio lamentable. Hasta ahora todo lo que se ha hecho para averiguar en qué consisten, ha sido infructuoso: ¿quién sabe si mañana un análisis químico detenido vendrá á enseñarnos lo que ahora no podemos saber de modo alguno?

Aparte de este objeción, la fisiología sale en apoyo también de las investigaciones patológicas, demostrando que el cerebro es el órgano en que residen las facultades intelectuales. Ha habido animales que han conservado la vida por espacio de un año, después de haberles arrancado los dos hemisferios cerebrales; en este estado se manifestaban en ellos todos los fenómenos de la vida animal sin casi modificación visible, en medio de una pesadez y de un embrutecimiento notables; se les veía outrirse siempre que se les alimentaba artificialmente, haciéndoles llegar el alimento por medio de cánulas hasta el estómago; se observaban en ellos algunos movimientos lentos debidos á la acción refleja de los filetes nerviosos; pero todo esto acompañado de un estupor profundo del que no les sacaba ni el brillo de una llama junto á sus ojos, ni el ruido de una pistola disparada junto á su oído.

«Un animal en estas circunstancias, dice Flammarion, es un autómatas que no vive sino con la condición de que se le introduzcan los alimentos mecánicamente: podría hasta morir de hambre delante de una artesa llena de comida, porque le es imposible combinar la idea de la alimentación y la necesidad que experimenta de comer, con los movimientos necesarios para llevar á cabo esta operación.»

Aun hay algo que parecerá mas sorprendente. Un profesor alemán ha conseguido ir disminuyendo por grados la actividad intelectual de un palomo separando á cortes la sustancia cerebral, hasta llegar á privarle completamente del conocimiento. Después de esto, el ave ha continuado viviendo, mejor dicho, *vegetando*, completamente insensible á las influencias del mundo exterior. En todos estos experimentos se ha tenido ocasión de observar que la vida intelectual ha ido extinguiéndose en razon directa de la masa cerebral cortada.

Podría creerse al ver este género de estudios, y al tener presente lo delicado del órgano en cuestión, que los sufrimientos del animal á quien de esta manera se inutiliza son horribles; pero nada de esto sucede. La sustancia cerebral es de tal naturaleza, que puede puzarse, desgarrarse, cortarse y hasta quemarse, sin que el paciente perciba el mas mínimo dolor; solo cuando el traumatismo llega á interesar la parte inferior de los hemisferios, los pedúnculos y los tálamos ópticos, es cuando la sensibilidad se resiente.

Admirable fenómeno que parece consagrar la espiritualidad de la inteligencia, en la misma materia de que se sirve para conseguir sus fines!

III.

Localizada de esta manera la mas preciosa facultad del alma, queda ya ancho campo para resolver el problema que ha planteado la antropología, aun sin completo éxito, y cuya explicación tiene por objeto este artículo.

No es de mi ánimo entrar ahora de lleno en consideraciones filosóficas sobre si, conforme sostienen los materialistas, el pensamiento, y con él la inteligencia, son el resultado de una función fisiológica del cerebro, ó sobre si, por el contrario, este solo es un órgano puesto al servicio de las facultades intelectuales; para ello necesitaría espacio que me falta, é involucraría principios que deben estudiarse bien deslindados y distintos.

Sin perjuicio, pues, de manifestar de paso mi opinión de acuerdo con la doctrina sostenida por los espiritualistas, concretéme al objeto que me ocupa y abordo desde luego la cuestión, exponiendo con mas brevedad de la que quisiera, los diversos medios de que se ha valido la ciencia para llegar á apreciar en lo que es posible la capacidad intelectual del individuo, esto es, vulgarmente expresado para *medir* la inteligencia de cada cual, tomando por base la naturaleza del cerebro ya física ya químicamente considerada.

Como se vé estos estudios son de suma importancia, porque por ellos puede llegarse á establecer la relación entre la materia y el espíritu, entre el cerebro y el pensamiento, llevan consigo dificultades numerosas que trabajan de consuno para imposibilitar el resultado. Las muchas excepciones á reglas que parecían generales, las consecuencias contradictorias de falsos principios tenidos por verdaderos, los obstáculos de experimentación, y otra infinidad de causas hacen que la marcha sea extremadamente lenta y el caudal de conocimientos pobre en demasía.

El *volumen* del cerebro, su *peso*, su *forma* y su *composición química* son los puntos de partida que ha creado la ciencia para simplificar y aclarar el problema.

El volumen del cerebro es el dato menos decisivo en que puede apoyarse la investigación. Los fisiólogos han sentido que «de una manera general, está tanto mas desarrollada la inteligencia cuanto mas voluminosos son los hemisferios (2)». Esta doctrina, verdaderamente cierta

(1) Morgagni, Calmeil, Bayle, Parchappe y Fischer.
(2) Beclard.

tratándose de hombres de una misma edad, no puede adoptarse como tal en los demás casos, puesto que, según añade el mismo autor citado, «al paso que en el adulto el cerebro es tan solo la trigésima ó trigésima-quinta parte del peso del cuerpo, en el niño es *relativamente* mucho mayor, puesto que representa la sexta ó octava parte de su peso,» y de ninguna manera podemos conceder una superioridad intelectual al segundo sobre el primero. A mas de esto, los mismos animales vienen á constituir infinidad de excepciones: hay muchas aves de cuerpo pequeño que tienen comparativamente la masa cerebral muy voluminosa, y no por eso poseen una vida intelectual mas enérgica que la de los grandes mamíferos. De un curioso cuadro de clasificación, debido á M. Collin, viene á resultar, siguiendo esta regla, que el gato sería mas inteligente que el perro, y el conejo mucho mas que el caballo, lo cual es de todo punto inadmisibile. Los ejemplos de los animales sirven de mucho en esta clase de cuestiones.

En cuanto al peso, aparentemente tiene mas influencia. El cerebro humano, que por término medio pesa unas tres libras (1), es en escala comparativa el que ocupa el primer lugar respecto á los de los demás animales, pues aunque algunos de estos, como los grandes paquidermos y los cetáceos, le aventajan en la materia, es preciso tener presente asimismo el peso relativo de sus cuerpos mucho mayores que el del hombre. A esto se ha de añadir también que por mas que en igualdad de circunstancias pareciera el resultado contrario á este principio, los hemisferios cerebrales del hombre, descartados completamente de los tálamos ópticos, de los cuerpos extraídos, del bulbo raquídeo, etc., nunca son inferiores relativamente en peso al de otro animal cualquiera. Sin embargo de estas afirmaciones á la regla, *los enanos á la creación*, como llama Voigt á los pájaros, protestan de ellas: elruiseñor, el canario y otros por el estilo, presentan cifras mas favorables que el hombre respecto al peso relativo del cerebro. ¿Qué debe crearse de estas contradicciones? Lo que anteriormente ha dicho al hablar del volumen, y si á esto se añaden los errores del proceder mecánico y las dificultades de apreciación, se tiene casi por imposible hallar una solución, tomando por base estos dos caracteres.

Veamos, pues, si hay mas probabilidades en los restantes.

IV.

La forma del cerebro nos ofrece mas ancho campo. La masa cerebral en el hombre preséntase oblonga, redondeada y dirigida de delante á atrás; vista por su parte superior, parece dividida en dos hemisferios laterales por un surco profundo que llega hasta los dos tercios de su espesor; ambos hemisferios, divididos á su vez en varios lóbulos, encuéntranse en su superficie trabajados por una multitud de surcos mas pequeños y anfractuosidades llamadas *circunvoluciones*, que les dan un aspecto singular, y que hicieron á un célebre anatómico antiguo compararlas con «un monton de pequeños intestinos enroscados al azar.» Por largo tiempo creyóse que el número y colocación de las circunvoluciones eran completamente arbitrarios, y en las láminas antiguas de anatomía se ven señaladas á gusto y placer de los dibujantes que en nada atendían para ello á su disposición natural.

Posteriormente la mirada escrutadora de la ciencia ha ido á sorprender á la naturaleza el secreto de sus leyes, y ha adivinado que ese bello desorden obedece á un plan fijo y determinado, cuyo conocimiento es de importancia capital. En la escala zoológica, cada género de seres que presenta circunvoluciones cerebrales, obedece á una disposición particular y siempre constante. Hé aquí lo que dice Gratiolet sobre el particular: «Esta uniformidad en la forma y número de los pliegues del cerebro en el hombre y en los monos, es digna de la mas profunda atención por parte de los filósofos. En los *makis*, en los *osos*, en los *felis*, en los *perros*, etc., y en todas las familias zoológicas hay tambien un tipo de circunvoluciones fijo é invariable. Cada grupo tiene su carácter y su norma, y de estos mismos grupos pueden aun formarse especies separadas que se caracterizan por la sola disposición de sus pliegues cerebrales.»

De esto, el que se haya sentado que la inteligencia está en relación con el número y la forma de estas circunvoluciones, habiéndose llegado á afirmar con Tiedeman que en los cuadrumanos son mas elevadas las facultades intelectuales de la especie, según crece la irregularidad de esta forma, y que los animales que viven en sociedad, como las focas, los caballos, los elefantes, los castores, etc., ofrecen un dibujo menos regular que los demás. Estas observaciones, practicadas en seres inferiores, dan una idea aproximada de lo que en un orden mas elevado sucede en el hombre.

Es un hecho demostrado por la experiencia que en la especie humana la actividad intelectual crece en razon directa del número de pliegues cerebrales, de la profundidad de los surcos, de lo sinuoso de las anfractuosidades, y la complicación de las ramificaciones; este es un dato precioso que ha permitido avanzar mucho en el camino de la solución que se anhela (2), Flammarion pretende explicar este fenómeno con la siguiente pregunta: «¿No parece precisa-

(1) Dice que el de Cuvier pesaba mas de cuatro libras. El de los idiotas llega á tener una sola libra de peso.

(2) Se asegura que el cerebro de Beethoven era verdaderamente notable por el número de sus pliegues. Otro tanto se dice del de Voltaire.

(1) Pelletan.—*Le monde marche.*

mente que esto sea, porque la inteligencia, independiente y activa, ha trabajado mucho en esas cabezas; porque el pensamiento se ha replegado sobre sí mismo mil y mil veces extremeciéndose en las angustias de la ansiedad, en las opresiones del temor y en los éxtasis de la dicha; porque ha buscado, ha meditado y ha profundizado todos los problemas, porque se ha sublevado y sometido en continua indecisión, porque, en una palabra, ha llevado á cabo trabajos gigantescos en el fondo de esos cráneos, y ha impreso en la materia que le ha servido de comunicación con el mundo exterior, las marcas indelebles de sus movimientos portentosos y de sus vigiliadas prolongadas. No sé hasta qué punto será admisible esta explicación de un hombre que se deja llevar muy á menudo de su fantasía; pero lo que puede asegurarse es, que cuando se han diseccionado cerebros de personas que han dedicado toda su vida á trabajos intelectuales, se ha notado en sus circunvoluciones un lujo de irregularidad que marcaba exactamente el alto grado de desarrollo á que habían llegado sus facultades.

V.

Con esto, el problema parece acercarse á su solución; no obstante, otros han ensayado conseguir un resultado más positivo por medio del análisis químico de la sustancia cerebral. Se ha dicho que el fósforo era el elemento más importante para la perfección intelectual (1), y de ahí se ha tomado pie para lanzarse á la exageración, hasta llegar á defender, como Fuerbach, que á este agente químico debe el origen, el alma humana, y á sostener como Hürle que las ideas son fuegos fosfóricos que iluminan el fondo tenebroso del cerebro. Aparte del fósforo, se ha dado también gran importancia á la cantidad de grasa que acompaña el cerebro, y que se ha pretendido era menor en los cráneos menos privilegiados.

Detenerme en exponer más locas teorías sería tarea penosa para mí y para mis lectores. Ya hemos analizado someramente los puntos de partida, ó sean los datos de que se vale la ciencia antropológica para conquistar la verdad. El carácter que más puede servirnos es el de la forma: si á este se añade el examen de los otros, teniendo siempre cuidado de descartar lo que á error pueda conducirnos, podremos llegar á una solución, si no completamente cierta é invariable, al menos todo lo aproximada que los medios de que disponemos permite, para hallar la medida de las capacidades intelectuales.

VI.

La ciencia, en esta como en otras muchas cuestiones, no ha pronunciado aun su última palabra. Tal vez dentro de poco la incógnita podrá ser encontrada. El espíritu del siglo XIX, eminentemente libre en sus expansiones, ha dado ancho vuelo al talento privándole de las vergonzosas trabas con que el fanatismo y la ignorancia le tenían sujeto. Las manifestaciones de una vida poderosa brotan por do quiera; el genio de Gutenberg se transforma vistiéndose con el brillante ropaje de mil y mil ideas; la prensa gime bajo el peso de un trabajo abrumador y continuo; el pensamiento se reproduce bajo formas diversas; la chispa eléctrica, conductora de la palabra, cruza los aires y atraviesa las aguas á profundidades inmensas; todo se agita, todo se conmueve, todo vive en la exhuberancia de una plenitud de fuerzas que garantiza el doble y sagrado derecho de la libertad y de la ciencia.

Esperemos: quizás no pase mucho tiempo antes de conocer por completo lo que nos preocupa. Entonces ese cerebro, grisiento como si la llama de la idea oxidara su sustancia, replegado como el pensamiento que germina silencioso en sus oscuros pliegues, ese cerebro, inerte al parecer é inanimado, hará visibles para nosotros los misteriosos caracteres con que la inteligencia graba en el fondo de su masa los secretos de sus leyes.

AMALIO GIMENO.

LO SUBLIME, LO RIDÍCULO, LO FEO.

Los físicos dan el nombre de *Fenómeno* á toda cosa nueva é inesperada que sucede en la atmósfera; y metafóricamente suele llamarse fenómeno á toda cosa que sucede extraordinariamente en un círculo cualquiera de ideas ó de objetos que tengan ó se rijan por determinado sistema. Como quiera que sea, no hay palabra que mejor convenga á la idea que queremos expresar aquí con referencia á distintos aspectos, bajo los cuales ciertas circunstancias accidentales nos dejan ver la belleza, circunstancias que en la región del sentimiento no dejan de presentarse como los meteoros en la atmósfera, á saber: especial y extraordinariamente; teniendo al propio tiempo en cuenta que los meteoros, si no son de la esencia de la atmósfera, son efectos legítimos de la naturaleza de esta, y solo en ella pueden verificarse.

Hé aquí por qué á los tres accidentes de lo bello, lo *Sublime*, lo *Ridículo* y lo *Feo*, que pueden aparecer en la región del sentimiento, podemos darles el nombre de *fenómenos estéticos*.

(1) Balzac: *Recherche de l'absolu*.

Pero es menester advertir, que aunque esos tres fenómenos aparezcan en la esfera del sentimiento, no por esto se producen de la misma manera ni tienen igual independencia. Lo *Sublime* y lo *Ridículo*, se producen al rededor de lo *Bello*, y se basta cada cual á sí mismo: no así lo *Feo*, lo cual no es más que una ausencia del principio constitutivo de lo *Bello*, estando al servicio de este como elemento de contraste, y accediendo á su llamamiento como el esclavo al de su señor.

Segun digimos al tratar de la Belleza, el Arte retrotrae la materialidad de las cosas á la espiritualidad de la idea, pero no lleva su acción hasta la abstracción, sino que la detiene en un punto intermedio en donde la forma sensible y la idea espiritual se encuentran en perfecta concordancia, y se funden en armonía, constituyendo la *Belleza*. Pues bien; á uno y otro lado de este centro estético se producen los dos fenómenos en primer lugar nombrados, lo *Sublime* y lo *Ridículo*; ambos parten de un mismo punto, pero se irradian en distintas direcciones; una que se eleva para perderse de vista; otra se extiende sobre la tierra para dejar ver al hombre con todas sus miserias.

Estos dos fenómenos pueden ser objeto de abusos que podrían redundar en descrédito del Arte, si no hubiese leyes que los cortasen, y de raíz; y su estudio completo, al propio tiempo que ilustra; el de la Belleza.

Cuando el espíritu, tomando gran dominio sobre la forma, no deja á la realidad sensible de la idea más que su expresión indirecta y simbólica, quedando sin personalidad, entonces ya no es lo *Bello* lo que se produce, sino lo *Sublime*. Por contrario sentido, cuando la forma adquiere mayor importancia de la que para la producción de lo *Bello* se necesita, exagerando la realidad sensible de la idea adherida por completo á la personalidad, entonces se producirá lo *Ridículo*.

Supónese que de lo *Sublime* á lo *Ridículo* no hay más que un paso. Este axioma no debe tomarse en el sentido de correlación progresiva, sino de dirección inversa; de otro modo, debería concederse que lo *Sublime*, llevado á mayor término, podría producir lo *Ridículo*, lo que no puede admitirse en manera alguna. La transición fácil indicaría analogía de elementos; mientras que la marcha opuesta supone diferencia de ellos. Lo *Ridículo* es la materialización de la idea, así como lo *Sublime* es la espiritualización de la forma: en lo *Ridículo* domina el elemento material exagerado; en lo *Sublime* domina lo espiritual en símbolo; lo bello es el acuerdo de ambos elementos, la armonía perfecta de ellos.

Es, sin embargo, muy cierto, que el que se empeñare en producir sublimidad y careciere de los elementos propios al efecto, producirá ridículos; pero será, ó por inconveniencia del pensamiento, ó por impotencia de los medios; ó porque el pensamiento no llevará en sí la sublimidad ó porque se le habrá desnaturalizado; ó porque desde lo *Bello* se habrá pasado en la dirección de lo *Ridículo* en vez de seguir la de lo *Sublime*.

El fondo de lo sublime lo constituye la idea pura, absoluta, en una palabra, lo infinito, Dios con todos sus atributos retrayéndose de la forma sensible, y muy especialmente de toda personalidad. Desde este punto hasta la completa conformidad ó armonía de la idea humana con la forma que la naturaleza ofrece por modelo, que es lo que constituye lo *Bello*, se establece una escala de mayor á menor sublimidad, en razón de la mayor relación que existe con el Ser sublime por excelencia, ó del mayor número de atributos de este ser que se manifiesten. Debiendo la forma responder á las condiciones del fondo, y no habiendo Arte sin forma sensible, claro está que cuanto menos sea el medio que se emplee, tanto mejor se representa lo *Sublime*. Por esto los medios tónicos le representarán mejor que los literarios; y estos, mejor que los lineales, y en los lineales solo la grandeza física podrá dar razón de ese sentimiento, y entre ellos la arquitectura nos conducirá á él, mejor que la escultura y la pintura. Pero lo sublime merece una explicación especial que formará el objeto de un artículo aparte.

El fondo de lo ridículo lo constituye el hombre, sus debilidades y miserias; la personalidad es indispensable, y de tal manera, que sin ella no existe ese fenómeno estético. Por esto la forma solo se halla en el hombre, supuesto que solo puede producirse en la personalidad, y eso, por incongruencias é incompatibilidades. También lo ridículo ha de ser objeto de un artículo aparte, pues así lo exige la extensión con que debe ser tratado este punto.

Lo *Feo* no es más que la divergencia entre los dos elementos del Arte; pues si lo *Bello* es la armonía entre la idea y la forma, lo *Feo* es el desacuerdo entre una y otra. Aunque no haya, como no hay ideal de lo *Feo*, supuesto que ideal y *Bello*, segun queda dicho en otro artículo, es una cosa misma; sin embargo, existe lo *Feo estético*, esto es, lo *Feo* como resultado de nuestro sentimiento. Pero lo *Feo* no existe en todas las formas que el Arte reviste, pues en la forma tónica y en la literaria no existe propiamente hablando más que lo *defectuoso*, mientras que lo *Feo* es propio y peculiar de la forma plástica ó plastográfica.

Lo *Feo estético* solo existe en el Arte plástico; y si calificamos de *Feo* algún ser de la naturaleza, no es porque lo sea, sino porque nos lo parecerá en contraposición de la Belleza elemental, única que en la naturaleza puede el hombre descubrir. La Belleza elemental es la vida y ya no nos es posible llegar á mayor altura de la idea del grande artista, del Creador, al dar al hombre el soplo de vida que le anuncia. Por consiguiente, si en la naturaleza no puede el hombre alcanzar á comprender más que la Belleza elemental, no le será tampoco posible hallar en ella más que lo *Feo* elemental, su antítesis.

¿Cuál será, pues, la razón de lo *Feo estético*? Lo hallaremos en la degradación del tipo respecto del ser animado, y en la inconveniencia de estructura en las formas procedentes de la imaginación humana. A una piedra ó á una planta nunca podrá aplicárseles con propiedad el calificativo de *Feos*; pero podrá llamarse *Feo* á un irracional ó á un hombre. A la piedra y á la planta no puede el hombre considerarlas rebajadas de su tipo natural, porque no se le alcanza todo el poder de las leyes de la naturaleza, aunque pueden someterse á una investigación; pero esta investigación es científica, y con serlo no tiene el carácter estético.

No sucede otro tanto al irracional y al hombre, los cuales pueden muy bien parecerse que se hallan en semejante estado de degradación desde el momento en que no nos den idea de la vida, de la animación, de la actividad, como nos sucede cuando vemos un crustáceo ó un reptil, etc., etc. Parécenos el hombre tanto más *Feo* cuanto más se acerca el tipo del irracional; y cuando el arte ha querido representar al Diabolo, ha hecho combinaciones, degradando la Forma humana hasta la bestialidad. Por otra parte, un objeto arquitectónico, sea edificio, sea mueble ó sea traje, nos parecerá tanto más *feo* cuanto menos revelen su construcción en la decoración, ó esta sea caprichosa, ó menor relación guarde su forma con el fin y uso á que deben responder.

Lo *Feo* en la consideración estética ha servido para representar lo malo al aplicarlo á la personalidad, si bien no es malo en sí, como lo *Bello* no es en sí bueno, sino por la idea que sugiere; no habiendo por otra parte en el arte plástico otra manera de representarle. Sin embargo, la expresión puede suplir la forma material: los griegos, tan sensibles á esta forma, presentaron la Medusa, bella en su carácter individual, pero terrible en su expresión; segun los anales de la revolución de Francia, Mirabeau era *Feo* de fisonomía; pero en la tribuna fué sublime de expresión.

El estudio de lo *Feo* ha tomado importancia desde que ciertos artistas le han considerado como condimento de lo bello. Efectivamente, lo *Feo* no puede ser más que un elemento de contraste; y así como sin dolor no se siente en tanto grado el placer, sin lo *Feo* no se levantaría tanto de punto lo *Bello*. Querier darle á lo *Feo* una existencia independiente como existiendo por sí, fuera indigno, sería abusar del Arte respecto de la forma sensible, siendo propio solamente de imaginaciones extraviadas; pues si lo *Bello*

purifica y enaltece el alma, lo *Feo* la embrutece y la degrada. Los griegos, indudablemente por lo que de *Feo* creyeron que podía tener la muerte no la presentaron sino bajo la imagen de su hermano el *Sueño*.

Aun como elemento de contraste debe emplearse lo *Feo* con suma parsimonia, porque de otro modo hay en ello grave riesgo de pervertir el gusto artístico; como le hay en alejar la virtud y la modestia, si por darles realce se empleare en todo la inmoralidad y la impudencia. Cuéntase de un magnate siciliano que tuvo la humorada de reunir en su palacio todas las aberraciones del arte plástico que le vinieron á mano. Pocos quebraderos de cabeza hubo de tener el caprichoso señor, que al cabo no es lo *Feo* en las artes del dibujo lo que menos abunda.

En la enseñanza del arte industrial trae grandes ventajas presentar lo *Feo* al lado de lo *Bello*. Pugin, el arquitecto inglés, ha ensayado con buen éxito este medio de corregir abusos artísticos, en su obra titulada: *Verdaderos principios de la arquitectura ojalva*. De ese maestro habremos de tomar más de cuatro veces ejemplo, para dar á conocer los verdaderos principios del Arte, para dar á la materia formas que al inmediato uso del hombre en la vida social han de emplearse.

J. MANJARRÉS.

ALÍ-BEY EL ABBASSÍ.

(Conclusion)

Pocos días antes de que partiera, llegó á Fez Muley Abduslem llevándole una carta de recomendación del sultán para el dey de Tunes y otra para el bajá de Tarables ó de Trípoli. El mismo Muley Abduslem le dio otra suya para el dey de Argel, á quien Muley Soliman no quiso escribir tal vez por consideraciones políticas.

Habiendo, finalmente, resuelto su partida de Fez para Argel, despidióse Badía de Muley Abduslem y demás amigos, y á las diez de la mañana del 30 de Mayo de 1805 salió de su casa, acompañado de todos ellos, conduciéndole primero á la mezquita de Muley Edris, de donde le acompañaron parte del camino, hasta el momento de su despedida. La casa de Alí-Bey, las calles, la mezquita y salida de la ciudad estaban llenas de gente. Por todos lados se abalanzaba á él la multitud para tocarle, besarle, pedirle una oración ó darle muestras de respeto y afecto.

Fué despedido en medio de las mayores y más universales simpatías.

Entre los obsequios que le hicieron los moradores de los aduares vecinos á la ciudad, es digno de referirse el siguiente:

Salieron todos los muchachos reunidos á recibirle. Uno de ellos, que iba delante, vestía una túnica blanca, un pañuelo de seda en la cabeza y un cinturón de lo mismo al rededor del cuerpo, y llevaba un palo de siete pies de alto, en cuya extremidad había suspendida una tablita y en esta escrita una oración. Después de dirigirle un cumplido estudiado, besáronle la mano, el estribo ó lo que podían tocar, y se volvieron en extremo satisfechos.

Así fué despedido en Fez el príncipe Alí-Bey el Abbassi.

Tomó con su comitiva la dirección de la ciudad de Ouschda, y segun él mismo describe en su curioso itinerario, cuya lectura recomendamos á nuestros lectores, pues que nosotros solo extractamos de sus Memorias aquello que es más conducente al objeto que nos proponemos (1) el segundo día costó el orilla del río Yenuat, el tercero plantó sus tiendas al pie de la ciudad de Teza, el sexto sentó su campo en la alcazaba de Temessuin, el octavo atravesó los rios Muloia y Eza, y el nono situó sus tiendas junto al aduar Aaiann Mayluk, y por fin, el décimo día de su salida de Fez llegó á Ouschda.

Ouschda, población de unos quinientos habitantes, era como las demás partes pobladas que había hallado Alí-Bey al otro lado de la alcazaba de Temessuin, un oasis en el desierto de Angad.

Apenas hubo llegado, el jefe y los principales del pueblo le declararon que no podía pasar adelante, porque el mismo día habían recibido la noticia de la revolución que acababa de estallar en el reino de Argel, y que en Tlemsen ó Tremecen, adonde él se dirigía, no cesaba de correr la sangre de los turcos y de los árabes.

Después de muchas discusiones y de haber reflexionado maduramente, decidióse Alí-Bey á enviar un correo, el que de vuelta le trajo la noticia de que los alborotos sucedidos en la ciudad de Tremecen se habían apaciguado; pero que los caminos estaban infestados de rebeldes que robaban y asesinaban.

El príncipe abbasidá pidió al momento una escolta al jefe de la población, y le respondió

(1) Estas Memorias forman cuatro tomos en francés impresos por la casa Didot con Atlas de cuarenta y seis vistas y planos, lo lo dibujado por el mismo Alí-Bey.

También está traducido y publicado sin el Atlas en Valencia por Mallen en tres tomos en 8.º

que no tenía bastantes fuerzas; pero que cuidaría de arreglar las cosas á satisfacción suya. Al cabo de dos días, el jefe y los principales de Ouschda enviaron á buscar al Schek de Boanani, que era el jefe de una tribu vecina, y le propusieron el conducir á Alf-Bey á Tremecen. El Schek rehusó desde luego, y después de haber discutido largo rato, se marchó sin haber decidido nada.

Muchos días pasaron en negociaciones inútiles, y en el ínterin hubo algunos revoltosos que se acercaron hasta las murallas de Ouschda, disparando algunos tiros de fusil y matando á dos hombres.

La posición de Alf-Bey se hacía cada vez más crítica, pues por una parte se agotaban todos sus medios de subsistencia, y por otra sabía que sus enemigos de Marruecos se habían valido de su larga permanencia en Fez para hacerle sospechoso al sultan. Persuadido, pues, de que no dejarían de aprovecharse de aquella circunstancia para desacreditarle, tomó el partido de montar á caballo para ir solo á buscar á Boanani, que tenía su aduar á dos leguas de distancia, al pié de las montañas.

Su gente se sobrecogió de espanto con esta noticia, excepto dos renegados españoles que se habían unido á él cuando salió de Fez, los cuales en aquel crítico momento se le presentaron, diciéndole:

—Señor, si lo permites nosotros te seguiremos y participaremos de tu suerte.

Mirólos Alf-Bey con atención, y viendo que eran hombres resueltos, mandóles tomar las armas con el fin de que le siguiera uno, quedándose el otro con los equipajes.

En el momento en que iba á montar á caballo, presentóse ante él cubierta con su velo, la hermosa Mohhana.

Era la tercera vez que se veían. Durante el camino de Fez á Ouschda, Alf-Bey no la había visto siquiera. Habíase contentado con preguntar por ella y cuidar de que nada le faltara.

—¿Qué es eso? preguntó Alf-Bey. ¿A qué vienes, si no haberte llamado?

—Señor, contestó aquella mujer, he sabido que ibas á marchar, á correr un peligro y he venido. Tuya soy, señor, y buena ó mala tu suerte, quiero compartirla.

Por segunda vez oía Alf-Bey la voz dulce y simpática de aquella mujer, por segunda vez le daba esta una vivísima prueba de afecto y de adhesión. ¿Qué extraña simpatía enlazaba á él de aquel modo á aquella mujer que se llamaba suya, que lo era efectivamente, y que sin embargo le era todavía desconocida?

Conmovióse el príncipe abassida al verse objeto de aquel tierno afecto, tranquilizó á Mohhana y le dijo que iba solo á ponerse de acuerdo con un jefe de tribu para que les sirviese de escolta.

Mohhana con su dulcísima voz y con acento conmovido dijo gracias á Alf por el afecto y ternura con que la trataba y se retiró.

Alf-Bey montó en seguida á caballo y se dirigió á salir de la ciudad acompañado de un fiel esclavo llamado Salem y del renegado de que hemos hecho mención, pero encontró cerrada la puerta de Ouschda, y los principales habitantes en número de cuarenta ó cincuenta decididos á prohibirle la salida.

Suplicóles nuestro héroe que le dejasen marchar, y respondieronle casi todos á la vez, los unos con razones y los otros con gritos. El insistió, ellos resistieron. Por fin, dirigiéndose Alf-Bey al principal de ellos, amenazándole con una de las pistolas del arzon de su silla, le dijo con un tono entre amistoso y resuelto:

—Schek Soliman, hemos comenzado bien y creo que vamos á acabar mal. Abre la puerta.

Entonces Schek Soliman, sacando por un lado la viga que atrancaba la puerta, la abrió diciendo á los demás:

—Pues él quiere perecer, que haga lo que quiera.

Salió Alf-Bey por fin seguido de su esclavo y de su renegado, dirigiéndose hacia las montañas de Boanani. Pocos momentos después de haber partido, vio llegar á escape á los mismos habitantes que iban á reunirse á él para escoltarle. Acercáronse excusando su resistencia, la cual, según decían, no tenía otro objeto que su interés por él y el temor de una desgracia.

Fueron muy bien recibidos por Boanani, quien desde luego les convidó á comer á todos dándoles una excelente comida, pero en la conversación manifestó encontrar muchos obstáculos para conducir al príncipe hasta Tremecen. Por fin, convencido por las persuasiones de este y del Schek Soliman, convino en arreglarse con el Schek de otra tribu llamada Benisuuz. Este último debía aguardar á Alf-Bey con su gente á mitad del camino para escoltarle hasta Tremecen, y el Boanani se encargaba de conducirle hasta allí.

Alf-Bey y su acompañamiento regresaron á Ouschda sin haber tenido novedad alguna á la ida y á la vuelta. Así que llegó á su campo, el príncipe participó á Mohhana por conducto de Salem el buen resultado de su expedición.

Mohhana recibió la noticia con sumo regocijo, y en muestra de su contento dió una rica joya al portador de tan fausta nueva.

Dos días después, Boanani fué á avisar á Alf-Bey que estuviese pronto para el día siguiente. A la hora convenida se presentó en efecto con cerca de cien hombres, y salieron al momento de Ouschda el príncipe y toda su gente.

Estaban apenas á media legua de distancia, cuando llegaron á todo escape dos soldados del sultan gritando á los caminantes que se detuvieran. Seguían un cuerpo de tropas mandado por un oficial superior de la guardia llamado El

Kaid Dlaiimi. Este anunció á Alf-Bey que el sultan, sabiendo que estaba detenido en Ouschda, le enviaba para protegerle y defenderle si fuera necesario.

Hízole saber Alf-Bey que la revolución de Argel y de Tiemsén, así como los robos de los revoltosos, eran los únicos motivos que le habían detenido, y que supuesto había pasado el peligro, podía continuar su camino con toda seguridad, tanto más cuanto iba escoltado por las tribus de los Boanani y de los Benisuuz.

A pesar de estas razones, Dlaiimi le declaró que en el estado de cosas no podía consentir en su viaje hasta recibir nuevas instrucciones del sultan.

Alf-Bey, á quien aquella medida no dejaba de inspirarle cierta alarma, vióse obligado por consiguiente á regresar á Ouschda, desde donde escribió al emperador. Luego que éste recibió su carta, envió otros dos oficiales de la corte con la orden de conducirlo, según decían, á Tánger á fin de que desde allí pudiera embarcarse para Levante.

Esta orden del sultan le obligó á salir de Ouschda con su gente y equipajes el 3 de Agosto á las nueve de la noche. Acompañábanle dos oficiales y treinta udaias ó guardias de corps del sultan, habiéndose quedado en Ouschda el Kaid Dlaiimi con el resto de la tropa. Según parece, salió tan tarde, á causa de que Dlaiimi dijo haber tenido aviso de que cuatrocientos árabes armados le esperaban en el camino. Alf-Bey vióse obligado á salir en secreto y sin saber qué camino había de seguir, hasta el momento de marchar, en que Dlaiimi lo indicó á sus conductores.

El príncipe abassida iba como preso y llevaba el corazón oprimido por secretos presentimientos.

Al salir de Ouschda la caravana, dejó á un lado el camino ordinario; atravesó hacia el S. y se introdujo en el desierto.

La noche era muy oscura y el cielo estaba enteramente cubierto de nubes.

XI.

Después de haber caminado muy de prisa toda la noche, y subido por las montañas, la comitiva llegó á las seis de la mañana cerca de las ruinas de una gran alcazaba, al pié de la cual había un fresco manantial de agua y un grande aduar.

La caravana prosiguió marchando sin descanso, siguiendo la dirección de muchos valles tortuosos, por cuyo fondo corría un arroyo que, aunque pequeño, no era menos útil para el riego á los laboriosos habitantes de muchos aduares.

En virtud de una orden que llevaban los oficiales encargados de acompañar á Alf-Bey, salían de cada aduar uno ó dos árabes montados y equipados, los cuales se incorporaban á la caravana.

Habiendo llegado á las nueve de la mañana al paraje en donde terminaba el arroyo, los treinta udaias se despidieron de Alf-Bey, dejándole la escolta de los árabes armados al mando de dos oficiales.

En el momento de retirarse los guardias del sultan, dió el príncipe abassida algunas monedas de oro á uno de los oficiales para gratificar á los soldados, y continuó su marcha; pero bien pronto habiendo oído ruido detrás de él, volvió la cabeza y vió á los udaias revueltos contra sus jefes y amenazando asesinarlos. Al punto dos de ellos corrieron hacia Alf-Bey para quejarse, creyendo que los oficiales se habían retenido parte del dinero que aquel les había dado. Corrió Alf-Bey hacia la gente amotinada y no se negó hasta que les hizo bajar las armas. Llegó á convencerlos y á calmarlos, haciendo que continuasen su marcha.

Durante esta riña, que alarmó bastante á los de la caravana á causa de las desgracias que podían haber ocurrido, nadie se acordó de hacer provision de agua, á pesar de que comenzaba á faltar, y desgraciadamente Alf-Bey ignoraba que aquel era el último lugar donde podía hallarse.

La marcha seguía siempre acelerada por el temor de encontrar á los cuatrocientos árabes de quienes trataban de huir. Por esta razón marchaban separados dos de los caminos por medio del desierto, caminando sobre pedregales y al través de las montañas.

Aquel país está enteramente falto de agua. Los viajeros no veían ni un árbol, ni una roca aislada que pudiera ofrecer un ligero abrigo ó un poco de sombra. Una atmósfera trasparente, un sol intenso que caía á plomo sobre sus cabezas, un terreno casi blanco, un montecillo ardiente como una llama: tal es el cuadro fiel de los sitios que recorrían.

Estaban en el desierto y vivían ya en su atmósfera de fuego. Luego debían probar todos sus horrores.

Todo hombre que se encuentra en aquellas soledades es considerado como enemigo. Así es que los trece beduinos de Alf-Bey, habiendo visto hacia el Mediodía á un hombre armado á caballo que estaba á una distancia bastante larga, se reunieron al punto y partieron como un rayo á sorprenderle; pero el beduino descubrióse se aprovechó de la distancia y huyó á las montañas, donde fué imposible encontrarle.

En el ínterin, ni hombres ni animales habían comido desde el día anterior ni cesado de caminar á paso tirado desde las nueve de la noche. Poco después de mediodía ya no le quedaba á la caravana una gota de agua, y tanto las gentes de Alf-Bey como las cabalgaduras comenzaban á ceder á la fatiga. A cada instante caían las mulas con sus cargas, y era preciso levantarlas con-

tinuamente, sosteniendo el peso de la carga que llevaban. Tan penoso ejercicio acabó de agotar las pocas fuerzas que quedaban á la gente.

A las dos de la tarde, extenuado de sed y de fatiga, cayó un hombre al suelo, yerto como un cadáver. Párase Alf-Bey á socorrerle con dos ó tres de sus criados. Exprimióse la poca humedad que quedaba en un odre y lograron introducirle en la boca algunas gotas de agua, pero tan débil socorro produjo muy poco efecto.

El mismo Alf-Bey empezaba ya á sentir una debilidad, que acrecentándose de un modo espantoso, le anunciaba que también á él iba á abandonarle las fuerzas.

Hubo de dejar á aquel desgraciado y seguir adelante.

Desde aquel momento fueron cayendo sucesivamente al suelo varios de la caravana, y quedaron abandonados á su suerte. También se dejaron algunas mulas con su carga.

El mismo Alf-Bey cuenta que en aquellos instantes halló al paso dos de sus grandes maletas en tierra, pero que no pudo saber qué fué de las mulas que las llevaban, porque nadie cuidaba ya de sus efectos ó instrumentos. Por lo que toca á aquella pérdida, la miró como cosa que no le atañía y pasó adelante.

Alf-Bey sentía ya á su caballo temblando debajo de él, y esto que era el mas fuerte de la caravana.

Marchan todos abatidos y silenciosos.

Varias veces volvió el príncipe abassida los ojos hacia el camello que llevaba el *darbucco* en que iba encerrada Mohhana. Estaba perfectamente cerrado y parecía como que ningún ser viviente respiraba en aquel aposento de lienzo y seda.

—¿Qué hacía allí la hermosa tapada? ¿Estaba espirando acaso? ¿Había muerto ya?...

Si quería Alf-Bey animar á algunos á que redoblase el paso, su repuesta era mirarle de hito en hito y llevar el índice á la boca para manifestar la ardiente sed que le devoraba. Quiso también reconvenir á los oficiales conductores su poco cuidado, el cual era la causa de la falta de agua; pero se excusaban con el motif de los udaias, y además, decían, ¿no sufrimos tanto como los demás?

La situación de toda aquella gente era tanto mas horrorosa, cuanto ninguno de ellos creía poder sostenerse hasta llegar al sitio en donde se había de encontrar agua.

Finalmente, sobre las cuatro de la tarde Alf-Bey cayó á su vez desvanecido de sed y de fatiga.

Tendido sin conocimiento en medio del desierto, con solos cuatro ó cinco hombres á su lado, de los cuales uno había caído casi al mismo tiempo que él, y los otros en estado de no poder darle el menor alivio, pues no sabían dónde encontrar agua, y aun cuando lo hubiese sabido, faltábanle fuerzas para ir á buscarla, hubiera Alf-Bey perecido sin remedio, si la Providencia no le hubiera salvado por una especie de milagro.

Pero después de haber caído sin conocimiento el príncipe abassida, llegó hasta él el camello que llevaba el *darbucco* de Mohhana. Los pocos servidores que en medio de su agonía guardaron una memoria de aquel hecho, vieron entonces rasgarse, mejor que abrirse, los lienzos del *darbucco*, precipitándose de él una mujer sin velo, radiante de hermosura, flotante la cabellera, la cual corrió hacia Alf-Bey, inclinándose sobre el cuerpo de su señor y procurando volverle la vida.

Era Mohhana. Pero, ¿qué podía hacer aquella pobre y débil criatura en medio de la inmensidad de aquel desierto, pronta ella á su vez á caer rendida de fatiga y de sed?

Si Alf-Bey hubiese entonces tenido fuerza para abrir los ojos, al ver aquel semblante pálido, pero espléndido de belleza, que se inclinaba sobre el suyo, al verse en brazos de aquella peregrina y celeste hermosura, se hubiera creído tal vez ver á un ángel que le transportaba á los pies del Supremo Hacedor.

—Pobre mujer! ¿Qué es lo que en aquellos instantes pasaba en su alma?

—¿Era solo fidelidad á su señor lo que la llevaba junto al cuerpo de Alf-Bey, ó era su amor profundo, ese amor violento que basta un instante para desarrollarse en el corazón de una mujer de Oriente, que nace, que crece, que estalla en un mismo día?...

Media hora habría pasado después que Alf-Bey se hallaba en tierra sin sentido, media hora después que Mohhana, sublime de dolor y de agonía, se hallaba á su lado contemplando aquel pálido semblante y esperando el momento de caer exánime á su lado para sostener su promesa de que, buena ó mala, quería compartir la suerte de su señor, cuando se divisó á lo lejos una gran caravana de mas de dos mil hombres que iba hacia el grupo formado por las gentes de Alf-Bey.

Mandábala un morabito ó santo llamado Sidi Alarbi, que iba á Tremecen de orden del sultan. Este, encontrando á aquella gente en tan horrible situación, se apresuró á mandar derramar sobre ellos muchos odres de agua.

Después que á Alf-Bey se la echaron repetidas veces en la cara y manos, comenzó á recobrar el conocimiento y miró á todas partes sin poder reconocer á nadie.

Mohhana ya no estaba allí.

Habia vuelto á esconderse en su *darbucco*, huyendo á las miradas de los salvadores que les llegaban.

Signieron echándole á Alf-Bey agua en la cara, brazos y manos, pudiendo por fin conseguir que tragara algunos pequeños sorbos.

—Entonces ya pudo preguntar á los que le rodeaban:

—¿Quiénes sois?

—Apenas le oyeron hablar, le respondieron: —No temas; lejos de ser ladrones ó salteadores, somos, por el contrario, tus amigos.

Y Sidi Alarbi se nombró.

Aun le vertieron mas agua encima y en mayor cantidad que antes haciéndole beber otra vez; pero así que vieron que comenzaba á restablecerse, llenaron de agua parte de sus odres, y continuaron su viaje, pues cada momento que perdían en aquel sitio era preciosísimo é irreparable su pérdida.

Alf-Bey mandó con aquella agua socorrer á su gente, y envió también de ella á Mohhana, tranquilizándose al saber que esta se hallaba ya restablecida.

Ignoraba aun, y hasta mucho tiempo después no lo supo, lo que había pasado durante su pérdida de sentidos.

Dejémosle hablar ahora á él mismo por un instante:

«El ataque de la sed, dice, se manifiesta por todo el cuerpo con una suma aridez de la piel; los ojos parecen ensangrentados, la lengua y boca se cubren, tanto por fuera como por dentro, de una capa de sarro tan gruesa como una pieza de cinco francos; el color de esta crasitud es amarillo oscuro, su gusto insípido y su consistencia perfectamente semejante á la cera blanda de los panales. Un desfallecimiento ó languidez suspende todo movimiento; cierta congoja ó nudo en el diafragma y pecho detienen la respiración; escápanse de los ojos algunas gruesas lágrimas aisladas, cae uno á tierra y á pocos instantes pierde el conocimiento. Tales son los síntomas que advertí en mis desgraciados compañeros de viaje y experimenté en mí mismo.»

Salvada de la manera que hemos referido, la caravana prosiguió su viaje llegando á las siete de la tarde junto á un aduar y un riachuelo, después de una marcha forzada de veinte horas consecutivas, sin un momento de descanso.

Alf-Bey no perdió casi nada, porque la caravana de Sidi Alarbi salvó con su agua tanto hombres como bestias.

Después de haber descansado suficientemente volvió la caravana á emprender su marcha, después de doce días de viaje, llegó cerca de la ciudad de Wazein.

Durante el viaje, Alf-Bey advirtió en los oficiales conductores cierto aire de misterio y signos de convicción, pero continuaban, no obstante, tratándole con el mas profundo respeto. Las tribus que se hallaban al paso, salían á hacerle todos los honores y ofrecerle regalos de víveres y forrajes, y él continuaba usando el quita-sol, como hijo ó hermano del sultan.

Sin embargo, en el misterio de sus acompañantes, en sus secretas conversaciones, en una porción de circunstancias, conocía que estaba pronta á estallar la borrasca.

Al duodécimo día de esta marcha se rasgó el velo á la conducta misteriosa de los oficiales que conducían á Alf-Bey, y le anunciaron que iban á Laraisch ó Larache, en lugar de Tánger, como le habían dicho.

Efectivamente, al siguiente día llegaron á este punto.

De orden del sultan, el bajá de la ciudad Sidi Mohamed Salani, destinó para alojamiento del viajero la mejor casa, situada en el gran mercado, al lado de la mezquita principal.

Alf-Bey estuvo enfermo en esta ciudad algunos días, á consecuencia de los sufrimientos pasados en el desierto.

Hallábase á la sazón en Larache una corbeta de Trípoli. Dió orden el sultan de fletarla á su costa, destinando la cámara de popa para que el príncipe abassida pudiese efectuar en ella su travesía á Levante. Pasó el mismo Alf-Bey á visitar el baque, y dió las órdenes convenientes para arreglar la cámara de una manera conveniente para tan largo viaje.

El 13 de Octubre de 1805, día que Alf-Bey destinó para su partida, fué por la mañana á despedirse del bajá, quien le hizo las mayores demostraciones de aprecio y consideración, añadiendo que si quería embarcarse á las tres de la tarde, asistiría á su embarque.

Era propuesta que no podía menos de lisonjear al viajero, y accedió á ella.

Embalados los equipajes y cargados á bordo, acudió Alf-Bey al puerto á la hora convenida para embarcarse con sus gentes. Preguntó por el bajá, y le respondieron que iba á llegar. Mientras llegaba la chalupa, aguardóse algunos instantes en la orilla del mar, en un sitio donde la muralla formaba un ángulo entrante, y donde se hallaba un callejon que salía del ángulo.

Llegada la chalupa y no pareciendo el bajá, disponíase el viajero á ir á bordo, cuando de pronto, por un lado y otro, se presentaron dos destacamentos de tropa y otro tercero desembarcó por el callejon. Los dos primeros se apoderaron de todas sus gentes, el otro le rodeó y le intimó que se embarcara solo y partiera al instante.

Preguntó Alf-Bey, asombrado, la causa de tan extraño proceder, y le respondieron que tal era la orden del sultan.

Entonces conoció claramente la mala fe del sultan y del bajá, quienes hasta el último instante habían ordenado se le hicieran los mayores honores por las tropas y pueblo, mientras meditaban el golpe que debía herirle profundamente, pues miraba Alf-Bey con tanto interés la suerte de las personas que le eran afectas como la suya propia.

Embarcóse en la chalupa, despedazado el corazón por los gritos de algunas personas de su



comitiva, inconsolables por tan cruel separación.

Entre estos gritos y lamentos sobresalían los de Mohhaha, cuya desesperación era espantosa al ver que la arrancaban del lado de Alf-Bey.

La pobre mujer volvió al harem imperial, y el príncipe abbasida partió sin conocer aun á Mohhaha, sin hacer mas que sospechar toda la sublimidad de aquel amor desesperado que habia vivido junto á él durante todo aquel tiempo. Así fué como Alf-Bey salió del imperio de Marruecos.

XII.

Veintidos días empleó en la travesía la fragata tripolitana. El 11 de Noviembre desembarcó Alf-Bey en Trípoli.

No ignoraba que el bajá Salauí de Larache habia escrito contra él; también le inspiraban desconfianza dos de los pasajeros; pero en cuanto á los demás estaba completamente seguro, como también de la tripulación, y mas que todos del capitán.

Hizo el príncipe desembarcar sus equipajes, y al saltar del buque le condujeron á una casa destinada para su alojamiento, situada frente á la del primer ministro y del cónsul general de España.

Bien lejos estuvo de sospechar que aquel príncipe oriental que acababa de llegar, y cuya llegada movía tanto ruido en la población, no era otro que un compatriota suyo.

Hacia ya tres días que Alf-Bey se hallaba en Trípoli, cuando el capitán de la fragata le anunció la orden de presentarse al bajá.

La audiencia fué pomposa, y se verificó en un gran salón donde estaba el bajá sentado en una especie de trono ó pequeño sofá elevado, teniendo junto á sí sus hijos y rodeado de una corte brillante. Pusiéronle delante el regalo que le hizo Alf-Bey, el cual admitió con gracia y finura, y dispuso á su huésped toda clase de honores, haciéndole sentar en su presencia, conversando con él largamente, haciéndole servir té, agua de olor y perfumes, dándole, en una palabra, las pruebas mas claras de afecto y consideración.

Después de una larga conversacion, despidiéronse muy contentos uno de otro, pasando Alf-Bey á ver al primer ministro, que le recibió admirablemente asimismo.

Algunas personas de Marruecos, y en especial el bajá Solauí, habian escrito pintando á Alf-Bey con los mas negros colores; uno de los pasajeros de la fragata, tal vez comisionado por el bajá, habia trabajado todo lo posible para hacerle odioso; pero estos osados manejos fueron el objeto del menosprecio del bajá de Trípoli, después de los informes que se tomaron y declaraciones hechas por las demás personas del buque.

Sobre dos meses permaneció Alf-Bey en Trípoli, considerado y querido del bajá, respetado de todos y solicitado por el soberano, que le hizo brillantes ofertas para que fijara allí su residencia. El príncipe abbasida insistió, sin embargo, en su partida, diciendo que debía cumplir su peregrinación á la Meca, y el 26 de Enero de 1806 se embarcó para Alejandría en un buque turco, despidiéndose del bajá que le colmó de atenciones y regalos, y que hasta el último momento le estuvo haciendo seductoras ofertas para retenerle á su lado.

XIII.

No entraremos en minuciosos detalles sobre los viajes de Alf-Bey, ni referiremos todas sus interesantes y peregrinas aventuras. Nos limitaremos al objeto que nos hemos propuesto, que es solo dar á conocer la importancia de los viajes de nuestro paisano, bien poco conocido por cierto, pues aun en el día pasa por un príncipe árabe el autor del libro interesante conocido por *Memorias de Alf-Bey*, y apenas nadie sabia pocos meses atrás que, bajo aquel turbante y ropas orientales, latía el corazón de un compatriota contemporáneo, del ilustre catalán D. Domingo Bidía y Lebich.

Volvemos á repetir que recomendamos el libro de sus viajes á los que deseen mas datos, y no les pesará, por cierto, la lectura.

El buque en que Alf-Bey salió de Trípoli, después de muchos días de fatigosa navegacion, hubo de arribar á la ciudad de Modon para proveerse de víveres.

Alf-Bey desembarcó y vivió en casa de una especie de jefe de piratas, llamado Mustafá Schaux, que con su tiranía tenia aterrorizada á la ciudad, y que era en Modon un verdadero señor de vidas y haciendas.

Permaneció en Modon hasta el 20 de Febrero y pasó luego al puerto llamado de Porta Longa, situado en la misma isla Sapienza. Allí encontró tres buques austriacos, cuyos capitanes reunidos dieron una fiesta al príncipe oriental, llegando al día siguiente una grande urca rusa armada y otro barco de la misma nacion, que llegaban de Nápoles y Corfú, conduciendo oficiales y soldados rusos á las costas del Mar Negro.

El general y los oficiales rusos pasaron á visitar á Alf-Bey, el cual á su vez les devolvió la visita, siendo recibido por los buques rusos con salvas de artillería y con todos los honores que marca la ordenanza para las personas de sangre real. Con los rusos iba un jóven griego, llamado Ipsilanti, el cual hablaba y escribía varios idiomas, y que improvisó estos versos italianos en honor de Alf-Bey. El poeta quiso solo, sin duda, consagrar al príncipe una lisonja; sus versos fueron una profecía:

«Volerá di lido in lido
la tua gloria vincitrice,
e d' oblio triumfatrice
la tua fama viverá.

E non solo in questi boschi
sarà noto il tuo coraggio,
ma ogni popolo piú saggio,
al tuo nome, al tuo valore
simulacri inalzerá.»

El buque de Alf-Bey tomó el rumbo de Alejandría, pero no pudo arribar á esta ciudad. Juguete de una violenta borrasca, que les puso á las puertas del sepulcro, después de haber sufrido en el mar largas horas de angustia y de agonía, pudieron casi milagrosamente fondear en la rada de Limasol, en la isla de Chipre, donde Alf-Bey fué tratado con toda consideracion por el gobernador turco, que era un agá, y las personas mas influyentes de la villa.

Con ocasion de hallarse en los lugares inmortalizados por los poetas griegos con la descripción de las seductoras aventuras de la madre del amor, quiso nuestro viajero visitar los tan célebres sitios de Citerea, Idalia, Pafos y Amantania, y emprendió su expedicion, acompañado de M. Francudi, vicecónsul de Inglaterra y Rusia y cónsul de Nápoles, el cual permaneció siempre en la creencia de que su compañero era un príncipe oriental, sin llegar jamás á sospechar la verdad.

Alf-Bey comenzó por visitar la ciudad de Nicosia, capital de la isla de Chipre, donde fué recibido ceremoniosamente por las autoridades, que le trataron conforme al rango que representaba.

De Nicosia pasó á Citerea, de cuya poblacion y del palacio llamado de la Reina, hace una deliciosa descripción; visitó Idalia y Laruaca, recorrió las ruinas de Alancina y Amantania, estuvo en Pafos, y pasó algunos días en el Yeroschips Afroditi, ó sea el jardín consagrado á Venus.

Luego que hubo regresado á Limasol, terminada su expedicion artística, hizo su travesía á Alejandría de Egipto en un pequeño bergantín griego, cuya cámara flotó para él solo y sus gentes.

En Alejandría como en todas partes fué recibido segun el rango que representaba, y con el respeto y veneracion que demuestran los musulmanes por el que hace un viaje á la Meca. El capitán bajá de la Puerta Otomana, que á la sazón se hallaba en Alejandría, le envió todo el tiempo que nuestro viajero permaneció en aquella ciudad, su música ó orquesta cada noche. Los músicos se sentaban en tierra formando semicírculo enfrente del sofá ocupado por Alf-Bey y tocaban hasta que este les despedía. El mismo capitán bajá le enviaba tambien todos los días su mélico y regalo de dulces y frioleras, y antes de que saliera de Alejandría, le dió una carta de recomendacion para Mehemet Alf, otra para el bajá de Damasco y un firman para el sultan scherif de la Meca.

Alf-Bey permaneció en Alejandría desde el 12 de Mayo hasta el 30 de Octubre de 1806, en cuyo día se embarcó en una *dijerna*, que es una barca descubierta con velas latinas, y se dirigió hácia el Nilo para subir este famoso rio hasta el Cairo.

«A las diez de la mañana, dice, entramos por la boca del Nilo. ¡Qué cuadro tan admirable! Un rio majestuoso, cuyas aguas corren lentamente por entre dos orillas cubiertas de palmeras, de árboles de toda especie, de grandes sembraderas de arroz, que entonces segaban, y de una infinidad de plantas silvestres y aromáticas, cuyos aromas embalsaman la atmósfera; aldeas, chozas, casitas esparcidas acá y acullá por ambas riberas; vacas, carneros y otros animales, ó pasciendo recostados sobre la yerba; mil especies de aves haciendo resonar el aire con sus cantos amorosos; millares de ánades, patos y gallinas de agua, y otros pájaros fluviales rebotando por el rio, entre los cuales se distinguían grandes bandadas de cisnes, que parecen los reyes de aquellos pueblos acuáticos... ¡Ah! ¿por qué la diosa de amor no escogió por morada suya las riberas de la embocadura del Nilo?»

Llegado Alf-Bey á Rossetta ó Raschid, segun los turcos, en cuya poblacion permaneció uno ó dos días, abandonó su buque para tomar una *caucha*, que es una clase de barcos destinados solamente á navegar por el Nilo.

Después de seis días de navegacion por el rio, atravesando por entre sitios pintorescos y cruzando por ante pueblos y ciudades populosas, el intrépido viajero llegó al Cairo, alojándose en casa del seid. El Methluti, que era el segundo scheid ó segundo jefe de la ciudad. Recibió las visitas de los personajes mas distinguidos, y el bajá Mehemet Alf le acogió como un amigo.

Respetado, festejado y querido, permaneció Alf-Bey en el Cairo hasta el 13 de Diciembre, en cuyo día, poniéndose al frente de una caravana de cinco mil camellos y dos ó trescientos caballos, compuesta de gentes de todas las naciones musulmanas que iban á hacer la peregrinacion de la Meca, atravesó el desierto y llegó á Suez, en donde se embarcó emprendiendo la peligrosa travesía del mar Rojo.

En esta travesía estuvo á punto de perderse, teniendo lugar una escena demasiado interesante y dramática para que renunciemos á contarla.

Alf-Bey viajaba en un *dao*, que son las embarcaciones árabes de mayor porte que navegan en aquel mar. El 4 de Enero fondeó al anochecer el *dao* sobre un islote entre escollos. A media noche se levantó una terrible tempestad, y luego refrescó el viento en términos que á las dos de la madrugada los golpes de huracan se sucedían sin interrupcion con gran violencia, haciendo pedazos en pocos minutos los cables de las cuatro áncoras en que el *dao* se aferraba.

Abandonado el buque á la furia del viento y de las olas, fué arrastrado hácia una roca, contra la cual comenzó á dar terribles sacudidas.

La tripulacion creyéndose perdida, despedía alaridos de desaliento y desesperacion.

En medio de los clamores distinguió Alf-Bey la voz aguda de un hombre que sollozaba y gritaba como un niño, y, al preguntar quién era, le dijeron que el capitán. Hizo entonces buscar al piloto, pero inútilmente.

El buque estaba perdido. Abandonado á su desgracia suerte, continuaba dando horribles golpes, y Alf-Bey, que conservaba toda su serenidad y sangre fria, no quiso aguardar á que se estrellase contra las rocas y gritó á sus criados: —¡La chalupa!

Al instante se apoderaron de ella los que mas cerca estuvieron, y todo el mundo quiso precipitarse. Alf-Bey saltó á la chalupa por encima de las cabezas de los pasajeros, y dió orden de alejarse de la embarcacion; pero un hombre que tenia su padre á bordo, la detenia por medio de una cuerda del barco gritando: ¡Abujupal! ¡Abujupal! ¡Oh padre mió! ¡oh padre mió!

Segun nuestro mismo viajero cuenta, respetó por un momento este arrebito de amor filial; pero á la vista de un grupo de hombres prontos á arrojarle á la chalupa, gritó á aquel buen hijo que soltara la cuerda. Sordo á las voces que se le daban, prosiguió éste llamando á su padre, y entonces Alf-Bey de una fuerte puñada que le dió en la mano, le obligó á soltar la cuerda, siendo al instante arrastrada la chalupa á mas de doscientas toesas del *dao*.

Esta escena pasó en menos de un minuto. Fueron menos cortos, pero horrosos.

La situacion de los navegantes de la chalupa no habia, sin embargo, mejorado mucho. Un velo de negrasimas nubes les envolvía en una profunda oscuridad; estaban todos casi desnudos; los golpes de mar llenaban de agua la barca, mientras descargaban por intervalos fuertes chubascos.

En esto se suscitó una disputa, pues unos querían ir á la derecha y otros á la izquierda, como si fuera posible distinguir la ruta en el seno de las mas profundas tinieblas.

Haciéndose cada vez mas seria la disputa, hizo cesar Alf-Bey apoderándose rápidamente del timon, y gritando con imperio:

—Yo sé mas que vosotros, y me encargo de dirigir la chalupa. ¡Desgraciado del que se atreva á disputármelo!

Alf-Bey habia observado muy bien la posición de la tierra al anochecer; pero no sabia á qué lado dirigirse. No pudiendo, pues, orientarse en medio de las espesas tinieblas que le rodeaban, procuró cuanto le era dable conservar su posición relativamente al buque, que aun distinguía.

Para complemento de desgracia, nuestro viajero se hallaba enfermo, atacado de violentos vómitos de bilis; pero, sin embargo, no abandonó el timon.

Dió orden de remar; sus compañeros no sabian: señaló su lugar á cada cual, y después de distribuirles los remos, les explicó la maniobra, y con su admirable serenidad se puso á cantar como los marineros del mar Rojo para darles el compás y hacerles mover con uniformidad.

¡Escena terrible y dolorosa! Alf-Bey estaba casi desnudo, descubierta á los golpes de mar, lluvia y granizo, atado al timon sin saber á donde ir, sufriendo horribles vómitos, y obligado á cantar para regular la uniformidad de la maniobra.

Alguna vez la chalupa, el único y solo refugio de aquellos desventurados naufragos, tocaba en una roca y la sangre se helaba entonces en las venas de todos.

Finalmente, después de pasar una hora entera en tan horrosa agonía, comenzaron á aclararse las nubes: un rayo de luna sirvió para orientar á Alf-Bey y llevar la alegría hasta el fondo de su corazón.

—¡Nos hemos salvado! exclamó.

Y fijando la direccion de la chalupa hácia la costa de Arabia, aunque no hubiese claridad bastante para descubrirlo, se hallaron casi en tierra al rayar el día, después de tres horas de las mayores fatigas.

Desembarcaron en número de quince, todos casi desnudos ó en camisa, y su primer movimiento fué abrazarse y darse el parabien por su salvacion.

Los compañeros de Alf-Bey, sobre todo, no se cansaban de manifestar su asombro por dicha tan inesperada; preguntándole cómo habia podido saber, á pesar de la oscuridad, que la tierra estaba allí; y por un movimiento espontáneo de reconocimiento se despojaron de parte de sus vestidos en su favor, con lo cual nuestro viajero se halló bien pronto vestido, algo grotescamente, es verdad, segun él mismo confiesa; pero á lo menos al abrigo del viento que soplabá.

Solo faltaba saber cuál era la tierra á que acababan de llegar. Para esto, Alf-Bey envió cuatro hombres á la descubierta.

Su relacion dió á conocer á los naufragos que se hallaban en una isla desierta, que no era absolutamente mas que una llanura de arena molveliza, sin agua, sin roca ni vegetacion. Descubriase el continente á algunas leguas de distancia; mas, cómo exponerse aun en la cholupa y con una mar siempre furiosa? Y si la borrasca habia de durar algunos días, cómo permanecer en la isla sin comer ni beber? «El tiempo, que se iba aclarando cada vez mas, me hizo descubrir en el horizonte, dice Alf-Bey, nuestro buque acompañado de otro *dao*. ¡Cuál fué nuestra alegría al volverlo á ver, cuando lo dábamos por perdido!»

El tiempo volvió á enmarañarse, caía el agua á mares y soplabá un viento glacial. Los pobres naufragos estaban transidos de frio, exhaustos, sin fuerzas, después de aquella horrible noche.

Apretábanse estrechamente unos contra otros; un solo capoton que llevaban fué extendido sobre sus cabezas, y sirvió para defenderles algun tanto de los aguaceros y hacerles entrar en calor.

A mediodía calmó algo el tiempo y la chalupa del otro buque, que buscaba á los naufragos muertos ó vivos, se acercó lo bastante para divisar las señales que le hacían con una camisa puesta en la extremidad de un remo. Al punto se aproximó, y sus marineros aseguraron que el *dao* se habia salvado, sin avería considerable, por ser muy fuerte y llevar poca carga. Como habia perdido todas sus áncoras, fué afortunadamente socorrido por el otro buque, que llegando casualmente en aquel apurado trance, le prestó un áncora y algunos cables.

Embarcáronse los naufragos en ambas chalupas y volvieron al buque. Tuvo entonces lugar una escena indescriptible. Todo el mundo loco de contento por ver salvo á Alf-Bey, se echó á sus piés vertiendo lágrimas de alegría; abrazábanle, besábanle, y no sabian cómo manifestar su regocijo, porque le habian ya creído á él y á sus compañeros víctimas del mar.

XIV.

Vueltos los naufragos al buque, tornó este á emprender la travesía, y después de otros siete días de viaje y de haber pasado el trópico, los peregrinos llegaron á Araboh, donde los que van á la Meca efectúan la primera ceremonia de su peregrinacion.

A mediá que que se iba acercando á la Meca, el corazón de Alf-Bey debía latir con desusada violencia. Iba á penetrar él, cristiano, en la comarca y en el templo de que habia dicho el profeta: *Jamás el pié del infiel profanará el territorio prohibido*. Por esto nunca habia sido posible á hombre alguno que no fuese musulman introducirse en aquel país llamado *la tierra prohibida*. El se presentaba resuelto y sereno para desmentir la profecía.

La travesía marítima terminó en Djeda, siendo alojado Alf-Bey en una habitacion adornada con todo el lujo oriental. Permaneció algunos días en la ciudad para restablecerse, y continuó luego su romería á la Meca, á donde llegó el 23 de Enero de 1807, quince meses después de su salida de Marruecos.

Al entrar en la ciudad le aguardaban muchos mogrebinos ó árabes occidentales con pequeños cántaros de agua del pozo de Zemzem ó pozo santo, la cual le presentaron para beber, rogándole no la tomase de otro y ofreciéndole proveer la casa, añadiéndole en secreto que no bebiese jamás de la que le presentase el jefe del pozo.

El jefe del pozo, segun luego supo Alf-Bey, á quien consiguió unirse con estrechas simpatías, era un jóven de veinte y dos años y cuatro años, de hermosa presencia; bellos ojos, bien vestido, muy fino, de aire dulce é interesante, y dotado de cuantas cualidades hacen amable á una persona. Depositario de toda la confianza del sultan scherif, desempeñaba la plaza mas importante en la Meca, la de envenenador en jefe.

El jefe del Zemzem ó del pozo sagrado siguió con Alf-Bey durante su permanencia en la Meca la conducta misma que tiene encargo de seguir con todos los peregrinos de distincion que allí llegan. Les envía todos los días dos pequeños jarros del agua del pozo maravilloso, les hace incesantemente la corte, les da suntuosos banquetes, espía las horas á que van al templo y acude con la dulzura y gracia mas delicada á presentarles una taza llena de agua milagrosa. Por la mas ligera sospecha, al menor capricho, el sultan scherif le da la orden de envenenar al extranjero y el desgraciado peregrino deja de existir. Como seria imposible no aceptar el agua sagrada presentada por el jefe del pozo, este hombre se halla por tal medio dueño de la vida de todos los peregrinos.

Alf-Bey sabia que desde tiempo inmemorial tenían los sultanes scherifs de la Meca un envenenador en su corte; sabia que no se ocultaban de ello, pues era cosa conocida en el Cairo y en Constantinopla, en términos que el divan habia enviado en varias ocasiones bajas y otras personas á la Meca para deshacerse de ellos por este medio; así es que nuestro viajero llevaba siempre consigo un contraveneno por lo que pudiera sucederle.

Fuó conducido el príncipe abbasida á una casa que le estaba preparada junto al templo é inmediata á la del sultan scherif.

Alf-Bey se hizo distinguir y respetar bien pronto por la prodigalidad de sus ceremonias religiosas y por el celo y fervor con que se las veian cumplir.

Bebió el agua del pozo maravilloso, besó la piedra negra, dió las siete vueltas alrededor de la kaaba ó casa de Dios rezando las oraciones marcadas, hizo sus siete viajes por entre las colinas sagradas de Safa y Marua, y la primera noche no se recogió en su alojamiento ni se entregó al descanso hasta que hubo terminado todas sus ceremonias y prácticas religiosas con el celo de un verdadero creyente.

Mientras estuvo en la ciudad hizo cada día lo mismo. Admiraba á todos tanto fervor; así es que el sultan scherif, que ya habia oído hablar de él, le recibió con agrado y benevolencia y usó con él de cuantas muestras de consideracion y amistad pudiera desear.

Dió la casualidad de hallarse Alf-Bey en la Meca el día en que se lavó y purificó la kaaba, en lo cual tomó él una parte activa barriendo la sala con un manojo de pequeñas escobas. Lo mismo que habia visto hacer al sultan scherif en persona. Esto le valió ser proclamado Hhaddem

Beit Allah el Haram, es decir, servidor de la casa de Dios la prohibida, título que le dió cierta reputación de santo, conquistándole mayores méritos á la admiración del vulgo.

No relatamos lo que pasó á Alf-Bey en la Meca. Es preciso leerlo en su obra misma, pues que lo que se refiere á las descripciones de la Meca, de su templo y del que tienen los musulmanes en Jerusalem, á donde fué también, según veremos, es lo que forma la parte clásica de sus memorias y viajes.

Habia ya varias descripciones y vista de la Meca y de su templo, pero eran solo conocidas por las relaciones de los peregrinos ó por dibujos groseros hechos por los árabes; pero Alf-Bey, habiendo dado el plan de la ciudad santa de los musulmanes, los planos, elevaciones, cortes y perfiles de su templo y del de Jerusalem, en los cuales ya hemos dicho que jamás había penetrado ningún cristiano, enriqueció la historia de las bellas artes con una geográfica y fiel descripción de aquellos monumentos, que puede con justicia llamarse clásica, y sobre todo de una ciudad que tan gran papel ha hecho en los tiempos antiguos y modernos.

Jamás había penetrado cristiano alguno en los lugares donde se veneran los sepulcros de Abraham y su familia en Hebrón, ni en el templo de Eyab en Constantinopla, donde se ciñe el sable á los nuevos sultanes. Los planos y descripciones que de todo esto da nuestro viajero, no pueden menos de satisfacer la curiosidad pública y ofrecer el mayor interés.

Hay además otra circunstancia que aumenta el mérito de las relaciones y descripciones de Alf-Bey, y es haberse hallado en los mismos lugares precisamente en la época (febrero de 1807) en que los wehhabis se apoderaron de la Meca y tenido todas las proporciones posibles para darnos exactas y ciertas nociones sobre la geología, usos y costumbres de un país casi desconocido á los europeos y sobre la famosa peregrinación de los musulmanes, de la cual hasta Alf-Bey solo se había tenido una idea falsa ó muy imperfecta al menos.

El 2 de Marzo de 1807, despues de dar las siete vueltas á la casa de Dios y rezar las oraciones particulares de despedida delante de los cuatro ángulos de la Kaaba, en el pozo de Zemzem, en las piedras de Ismail y en el Makam Ibrahim, salió Alf-Bey del templo por la puerta Beh-l' udáa, lo cual dicen los musulmanes que es de feliz agüero porque el profeta salía por ella terminada su peregrinación, y dejó la Meca para regresar á Djeda.

Llegó á este punto sin cosa que de contar sea, y quiso pasar á Medina á visitar el sepulcro del profeta, á pesar de que lo acababan de prohibir absolutamente los wehhabis, que se habían hecho dueños del territorio en aquel entonces.

Quiso Alf-Bey tentar aquel viaje, con la esperanza de que la casualidad secundaría su empresa, y se procuró dromerarios á fin de hacer mas pronto el camino, poniéndose en marcha y llegando felizmente á Djedeida, de donde salió á las pocas horas de su llegada.

Atravesaba ya el desierto de Medina, y creía poder llegar sin obstáculo al término de su viaje, cuando se le presentó de repente un peloton de wehhabis; cayendo en su poder él y toda su caravana.

Despojéronle de algunos objetos y quisieron exigirle la multa ó contribución á que se había hecho acreedor por desobedecer la orden que habían dado, pero pudo afortunadamente librarse y consiguió que se le diese permiso con toda su gente para volverse, uniéndose á la caravana formada por los empleados, domésticos y esclavos del templo de Medina, que el Saud, sultan de los wehhabis, enviaba fuera de Arabia.

Sus nuevos compañeros de viaje le contaron que los wehhabis habían destruido todos los adornos del sepulcro del profeta, donde nada quedaba absolutamente, que habían cerrado y sellado las puertas del templo, y que Saud se había apoderado de los inmensos tesoros acumulados allí en el trascurso de tantos siglos.

Alf-Bey pasó con esta caravana á la ciudad de Inebna en donde se embarcó para Suez, á bordo de un dáo que formaba parte de una pequeña flota.

Como parecía que el destino había condenado á nuestro viajero á no hacer viaje por mar sin accidente, tuvo la desgracia de que al cuarto día de travesía, el buque que montaba diese en una roca á flor de agua, siendo la sacudida terrible y encallándose.

Pudieron afortunadamente salvar pasajeros y equipajes pasando á bordo de otro dáo. Tuvo todavía nuestro viajero muchos percances en su larga travesía, decidiéndose por fin á desembarcar en un puerto que encontraron, proporcionándose camellos para seguir su viaje por tierra.

El 14 de Junio, despues de haber pasado por Suez, llegó Alf-Bey al Cairo, habiendo salido á recibirle ceremoniosamente los personajes de mas distinción, noticiosos de su llegada.

XV.

Nuestro viajero se permitió pocos días de descanso en el Cairo.

Los halagos de sus admiradores, la respetuosa veneración del vulgo, las afectuosas demostraciones de sus amigos no impidieron que continuase su viaje en la forma y modo que tenia proyectados.

El 3 de Julio de 1807 se puso en camino para Jerusalem, agregándose á una caravana compuesta de un gran número de viajeros y de doscientos camellos. Infatigable y sereno, atravesó el desierto que le separaba de Siria, y sin inci-

dente notable, llegó á Gaza en época en que el gobernador de ella, Mustafá-Agá, el cual le hizo mil obsequios, mandándole disponer un buen alojamiento, con órden de que le sirviesen y suministrasen cuanto pudiera necesitar, y mandándole diariamente tres comidas, que es, por lo que parece, el modo de obsequiar que tienen los musulmanes.

Alf-Bey descansó algunos días en aquella ciudad deliciosa, saliendo de ella sin caravana el 19 de Julio, y despues de mil rodeos entre jardines y olivares por espacio de hora y media, se halló en campo raso.

Al llegar á este punto de su viaje en sus Memorias, Alf-Bey se entrega á una extraña serie de reflexiones, que queremos reproducir:

«¡Cuán extraño, dice, me parecía aquel modo de viajar! Acostumbrado tanto tiempo á recorrer los desiertos con grandes caravanas, es inexplicable la sensación que experimenté aquel día. No llevaba conmigo mas que tres criados, un esclavo, tres camellos, dos mulas, mi caballo y un soldado turco por escolta: vefame, en fin, sobre terreno cultivado; encontraba de trecho en trecho pueblos y caseríos habitados; mis ojos podían á cada instante descansar deliciosamente sobre variados cuadros de plantas; topaba á cada paso con seres de figura humana viajando á pié ó á caballo, y casi todos bien vestidos; parecíame estar en Europa, mas ¡gran Dios! ¿qué idea venía á mezclarse en mi cabeza con tan gratas sensaciones?

«Lo confesaré, pues lo he sentido: al entrar en aquellos países circunscritos por la propiedad individual, el corazón del hombre se encoge y comprime. No vuelvo los ojos, no doy un paso sin tropezar con un seto que parece me diga: *Alto ahí, no traspases este límite*. Mi corazón se desanima, mis fibras se relajan, me abandono muellemente al movimiento de mi caballo, y me parece no ser ya el mismo Alf-Bey, aquel árabe que, lleno de energía y fuego, se lanzó en medio de los desiertos de Africa y de Arabia, como el atrevido navegante que se abandona á las olas de un mar tempestuoso, con la fibra siempre en tensión y el alma preparada á todo. No hay duda que es un gran bien la sociedad, que la mayor dicha del hombre consiste en vivir bajo un Gobierno bien organizado, que, con el sábio empleo de la fuerza pública, asegura á cada individuo la pacífica posesión de su propiedad; mas también me parece que *cuanto se gana en seguridad y tranquilidad, se pierde en energía*.

Alf-Bey siguió su viaje cruzando la Palestina, sin que fuese turbada la monotonía del camino, mas que por un suceso que debió de alarmarle al pronto, pero que luego se convirtió en materia de risa.

Acababa de salir de la ciudad de Ramle, y habiéndose internado en las montañas, se vió obligado á trepar por rocas escarpadas donde no se descubría camino trillado. Llegado que hubo á la mayor altura á las dos y media de la madrugada, hallóse rodeado de nubes y nieblas, las cuales á la claridad de la luna, y con los horribles precipicios que le rodeaban, formaban un cuadro imponente y magnífico.

Precedido de su guía, y seguido de sus gentes á alguna distancia, el viajero caminaba absorto en la contemplación de tan bello espectáculo, y acaso en aquel momento su alma se trasportaba á países distantes, recordando desde aquellas lejanas comarcas el país que le viera nacer, y pensando en su infancia, trascurrida á orillas del histórico Llobregat. El peregrino de la Meca estaba quizá pensando que iba á entrar como musulmán en los lugares en que había muerto Cristo, sin que le fuese dado decir: También yo soy cristiano.

De pronto, en medio de la oscuridad de la noche, se presentan dos viejos, y detienen al guía.

Este, que ya les conocía, les dijo en seguida, señalando á los que guiaba:

—Son musulmanes.
—Pero los viejos replicaron:
—No, que son cristianos.

El guía replicó levantando la voz:

—Todos son musulmanes, os digo.

Adelantóse entonces uno de los viejos y asiendo de la brida el caballo de Alf-Bey, exclamó dirigiéndose á este:

—Tú eres cristiano.

El fingido musulmán, interpelado tan bruscamente en medio de sus reflexiones, sin saber qué era aquello y asombrado por el tono de autoridad de aquellos viejos y por la firmeza con que hablaban, permaneció mudo un instante.

El guía y sus criados contestaron por él.

—Es musulmán, dijeron, es un fiel creyente.

Alf-Bey no sabía qué hacerse. Ignoraba la intención de aquellos hombres y por otra parte le sobresaltaba aquel acontecimiento.

—Te digo que tú eres cristiano, volvió á insistir el viejo.

El príncipe abbasida, vuelto en sí y recordando su serenidad, le contestó entonces:

—Soy musulmán y me llamo Scherif Abbassi. Vengo de hacer mi peregrinación á la Meca.

Entonces el viejo le pidió su profesión de fe. Hizosela Alf-Bey por darle gusto, y luego les dejó continuar el viaje.

Ahora bien: ¿por qué se obstinaba aquel viejo en creer que Alf-Bey era cristiano sin haberle visto el rostro, ni oídole hablar?

Porque llevaba un albornoz azul, y en aquel país este color es usado por los habitantes cristianos.

Los cristianos y judíos que van á Jerusalem pagan en aquel sitio un tributo de quince piastras por persona en provecho del sultan de Constantinopla. Los viejos habían arrendado

aquel tributo, y como aquel paraje, que no dista mucho de la población, es el único desfiladero por donde se puede pasar, estaban continuamente en acecho para que ningún judío ni cristiano se sustrajera al tributo.

Llegado que hubo á Jerusalem, Alf-Bey fué alojado en la mezquita de un santón llamado Sidi Abdelkader, situada al lado del Heram ó templo musulmán.

XVI.

Ya hemos dicho que á Alf-Bey debe la historia una descripción circunstanciada del templo musulmán de Jerusalem, descripción que antes no se tenía, porque los musulmanes no se hallaban en estado de darla, y á los cristianos no les ha sido posible penetrar jamás.

También visitó nuestro viajero, pero siempre con moro, los lugares venerados por el cristianismo.

Obtuvo permiso para visitar el sepulcro de Cristo, pero no pudo hacer en él oración, atendida la clase que representaba, porque, según el mismo dice, los musulmanes hacen oración en todos los santos lugares consagrados á la memoria de Jesucristo y de la Virgen, excepto en el sepulcro que no reconocen, pues creen que Cristo no murió, sino que subió al cielo, dejando la imagen de su rostro á Judas, condenado á morir en su lugar, y en consecuencia que habiendo sido sacrificado Judas, aquel sepulcro podía muy bien encerrar el cuerpo de este, mas no el de Cristo. Por esta razón no ejercen acto alguno de devoción en este monumento.

De Jerusalem pasó nuestro viajero á Jaffa, embarcándose allí para San Juan de Acre, visitando el monte Carmelo y estuvo en Nazaret, alojándose en el convento de frailes franciscanos, edificado en el sitio de la casa donde la Virgen María recibió la visita del ángel Gabriel.

De seguro que habrá sido Alf-Bey el primero y tal vez el último cristiano que ha visitado como musulmán los lugares santificados por nuestra religión.

De Nazaret pasó á Damasco y de esta á Aleppo, visitando entonces por primera vez el país de que en todos sus viajes había dicho ser hijo.

Tocamos ya al término de los viajes del príncipe abbasida.

De Damasco por Antioquia se dirigió á Constantinopla, á cuya ciudad llegó á últimos del año 1807, pasando á alojarse en el palacio del embajador de España, que lo era el marqués de Almenara, único que le conocía, pero que guardó naturalmente el mas profundo secreto, llevando el misterio hasta destinarle una habitación mandada expresamente alhajar á la oriental para recibirle. Alf-Bey pasó siempre á los ojos de toda la familia de Almenara y personal de la embajada por un príncipe abbasida, relacionado ó recomendado nuestro gobierno al embajador.

A propósito de la estancia de Alf-Bey en Constantinopla, se cuenta una graciosa anécdota que un joven agregado entonces á nuestra legación en Constantinopla refirió al conocido escritor madrileño Sr. Mesonero Romano.

Un día del mes de Octubre reunió el embajador Almenara á toda la legación, manifestándole que iba á llegar el príncipe Alf-Bey y El Abbassi, poderoso magnate que le estaba altamente recomendado por la corte de Madrid, como fiel aliado y amigo; y que esperaba de todos los caballeros españoles le tratasen con el agrado y respeto debidos á sus distinguidas cualidades. Llegó en efecto el príncipe seguido de una magnífica comitiva de esclavos y soldados, mujeres, camellos y caballos, apeándose en el palacio de la embajada, y fué presentada á él toda la legación por el marqués, siguiendo la conferencia por medio de los intérpretes, y en árabe puro, con todas las etiquetas y retóricas figuras de estilo entre los orientales. Repitióse la tal escena constantemente mientras su permanencia en aquella capital, hasta que el día de la despedida hizo disponer el embajador un espléndido almuerzo, colocando al príncipe Alf-Bey en el lugar distinguido, y apresurándose todos á servirle por gestos y ademanes.

Lo extraño era que en el medio de la mesa descollaba un gran plato de huevos revueltos con tomates, vianda algo exótica en verdad en semejante convite; pero que sin duda estaba puesto allí por capricho del embajador. No dejaron de notar y aun de afearlo algunos de los jóvenes españoles; pero ¡cuál fué su asombro cuando vieron al príncipe Alf-Bey, que animado de repente á la vista del plato, y poniéndose en pié, empieza á repartir á todos y á servirse así mismo con gracia y desembarazo, repitiendo con sornrisa placentera, en puro lenguaje español, aquellos versos de Iriarte:

«Y ella les dijo: sois unos petates, yo os los haré revueltos con tomates!»

El príncipe árabe reía de veras, el embajador reía también, todos los demás estaban sin creer lo que veían.... Al día siguiente, y ya despues de marchar Alf-Bey, supieron la verdad del caso.

En Constantinopla fué donde tuvo Alf-Bey las primeras noticias de las ocurrencias políticas acaecidas en España y la entrada de los ejércitos de Napoleon, con lo cual se determinó á acelerar su regreso, pero una larga enfermedad le sorprendió en el viaje, obligándole á detenerse en Munich.

No bien restablecido todavía, se trasladó á Bayona, donde, según parece, llegó por cierto bien escaso de recursos en 9 de Mayo de 1808, en los mismos momentos en que la familia real de España y Napoleon se hallaban en aquella ciudad.

Presentóse, pues, al rey Carlos IV, y habiéndole enseñado algunos papeles y planos relati-

vos á su viaje, aquel monarca, despues de examinarlos, le dijo:

—Ya sabrás que la España ha pasado al dominio de la Francia por un tratado que verás. Vé de nuestra parte al emperador y dile que tu persona, tu expedición y cuanto diga relación á ella queda á las órdenes exclusivas de S. M. I. y R., y que deseamos produzca algún bien al servicio del Estado.

Insistió Badía en seguir la suerte de la familia destronada, pero contestóle Carlos IV:

—No, no; á todos conviene que sirvas á Napoleon.

Lo que sucedió despues, se sabe por las Memorias ya citadas de M. Bausset, prefecto del palacio imperial.

Este fué enviado á buscar un día por el emperador, que le dijo:

—Acabo de hablar con un español, que debéis haber visto en el salon. No tengo tiempo bastante para prestar atención á su historia, que por lo demás me parece muy larga. Vedle pues, habladle, y enteraos de un manuscrito á que ha hecho referencia. Luego me dareis cuenta.

Este español era Badía, que, siguiendo las instrucciones del rey Carlos IV, se había presentado al Emperador.

M. Bausset dice que habiendo entrado entonces en el salon á que el emperador hiciera referencia, vió á un hombre, jóven aun, de esbelta y elevada estatura. Llevaba una especie de uniforme azul, sin bordados ni charreteras, y una magnífica cimitarra, prendida al uso de los orientales, pendía á su lado colgando de un cordón de seda verde.

El aspecto de aquel hombre llamó favorablemente la atención de M. Bausset que se acercó á él diciéndole que estaba autorizado por el Emperador para seguir la conversacion con él empezada.

«Respondíome con cortesía, dice M. Bausset, y entonces su fisonomía expresó tal dulzura y tal vivacidad al mismo tiempo, que me sentí predispuesto en su favor y pronto á hacer por él cuanto de mí dependiera.»

M. Bausset se nombró y le preguntó luego su nombre.

—Aquí y en España, le contestó nuestro héroe, me llamo Domingo Badía y Leblích, pero en Oriente soy conocido por Alf-Bey, príncipe de la familia de los Abbassidas.

Hubo de causar gran asombro á M. Bausset esta respuesta, y Badía se apresuró á contarle su dramática historia, refiriéndole con los mayores detalles los principales acontecimientos.

El prefecto en sus Memorias se extiende luego en referir las noticias del viaje de Alf-Bey, que le contó él mismo, sus proyectos políticos y demás que queda explicado, haciendo un completo elogio del claro talento, del valor y hasta de la hermosa figura y porte verdaderamente oriental de Badía.

Empero, no obstante el gran interés que este le inspiró y que también debió inspirar al emperador, no tuvo por entonces otro resultado que el de ser recomendado al rey José, que parece tampoco pudo atenderle en mucho tiempo que Badía vivió en Madrid con su familia reducida á la mayor estrechez, hasta que quince meses despues le envió aquel Gobierno de intendente á Segovia, sin que él lo hubiese solicitado, pues que lo único que pidió, según parece, fué el permiso de trasladarse á París á hacer la edición de sus obras que no era posible publicar en España.

Mas tarde fué nombrado prefecto de Córdoba, y últimamente intendente de Valencia, de cuyo destino no llegó á tomar posesión.

Aun parece que se conservan en dichas dos ciudades de Segovia y Córdoba recuerdos del intendente moro por lo que chocaban á sus habitantes su ademan y manera orientales.

Comprometido por este modo con el partido afrancesado, no creyó prudente quedarse Badía en España á la retirada de los franceses, porque aun cuando su buen comportamiento en la intendencia y prefectura parecían deber ponerle á cubierto de toda persecución, era difícil que la cualidad de empleado del Gobierno intruso no le acarrearase cuando menos algun insulto. Emigró, pues, á París en 1814, y como su proceder había sido recto y patriótico, envió á los pocos días una reverente exposición al rey Fernando VII, haciéndole una breve reseña de sus importantes servicios y ofreciéndose á continuarlos en favor de S. M. á quien tributaba su homenaje de fidelidad y sumisión.

Esta exposición, que encaminó á manos del rey por distintos conductos, no produjo resultado alguno. Badía tuvo el dolor de ver despreciados sus servicios, y no le quedó otro recurso que el de admitir la hospitalidad que le ofrecía la Francia, y renunciar á su patria que, ingrata é indolente, repelía en él una de sus mejores glorias.

Fijóse, pues, definitivamente en París, donde publicó en 1814 su interesante viaje en francés bajo el nombre de Alf-Bey y ocultando su verdadero nombre y patria.

En 1815 casó á su hija con M. Delisle de Sales, miembro del Instituto, y este enlace y el aprecio que el Gobierno de Luis XVIII hizo de Badía, proporcionaban á éste los medios de pasar tranquilo el resto de sus días; pero su arrojo y osadía, invencibles, el deseo de recobrar parte de los preciosos objetos científicos que había reunido en sus viajes, y, sobre todo, según parece, una misión política que le confirió el Gobierno francés, le obligaron á pasar de nuevo á Oriente, á donde regresó con el sueldo, grado y consideraciones de general de division (mariscal de campo) que le había concedido el

Gobierno francés aunque con el nombre y representación de Alí-Othman, príncipe oriental.

Ya no debía regresar á Europa. Aquella vida laboriosa pasada en prestar eminentes servicios, debía tener un fin trágico.

Se supone, pues no ha llegado aun á esclarecerse esta verdad, que la misión importante que Badia llevaba del gobierno francés, era para la India, y que el gobierno inglés, celoso de esta misión, se entendió con el bajá de Damasco, el cual envió á nuestro Alí-Bey ó Alí-Othman por medio de una taza de café. Empero el señor Mesonero Romanos, que es el último que ha escrito su biografía, dice haber visto carta del guardian del convento español de San Francisco en Damasco en la que afirma que el desdichado Badia murió en el mismo de una disenteria natural en 1822.

Todos sus papeles y efectos se perdieron, quedando en poder del bajá, según los que suponen la primera versión.

Su esposa, que le sobrevivió algunos años, residió siempre en París disfrutando la viudedad de general, y creemos que su hija, casada con M. Delille de Sales, vive aun en dicha ciudad.

Hemos creído que debíamos extendernos algo al hablar de D. Domingo Badia. Es una gloria de nuestro país que hasta hace poco ha sido criminalmente desconocida y que por desgracia no tiene aun entre nosotros toda la celebridad que es digna.

Badia es una de las grandes figuras de Cataluña.

Afortunadamente, por consejo de una comisión, de la que se ha hurado en formar parte el autor de estas líneas, el Excmo Ayuntamiento constitucional de Barcelona ha acordado poner el retrato de este ilustre patrio en la sala de su nuevo consistorio. Esto contribuirá á la fama merecida de quien tan acreedor supo hacerse á ella.

Ya que le fué ingrato su país en vida, que le sea fiel al menos en muerte.

España, Barcelona en particular, debían un recuerdo público á la buena memoria del ilustre é intrépido Badia.

VÍCTOR BALAGUER.

MINISTERIO DE ULTRAMAR.

Precedido de un notable preámbulo, publicó la *Gaceta* del viernes 16 del actual el siguiente decreto:

«Artículo 1.º Se crea en cada una de las islas de Cuba y Puerto-Rico una junta informativa para plantear el establecimiento de la ley hipotecaria de 8 de Febrero de 1864, con la reforma verificada en la misma por la de 24 de Diciembre de 1869.

Art. 2.º Estas juntas se compondrán de los regentes de las respectivas Audiencias, presidentes; del fiscal y un magistrado de cada una de ellas, designado este último por la Sala de gobierno; de dos letrados de cada colegio nombrados por los gobernadores superiores civiles de entre los que paguen la cuota mas alta de contribucion; del administrador principal de Hacienda pública de la Habana, y del secretario de la intendencia general de Hacienda de Puerto-Rico.

Serán secretarios de dichas juntas, sin voz ni voto, los que lo son de las citadas Audiencias.

Art. 3.º Las expresadas juntas informarán en un término breve al Gobierno:

Primero. Sobre las modificaciones accidentales ó de forma que sea conveniente introducir en la citada ley para acomodar su aplicacion á las condiciones de las localidades en que ha de regir.

Segundo. Sobre la clasificacion de los registros, y fianzas que han de presentar los registradores.

Tercero. Sobre los aranceles de derechos que estos han de devengar.

Cuarto. Sobre la fecha en que pueda ponerse en ejecucion el nuevo sistema hipotecario con arreglo al estado de los trabajos preparatorios que es indispensable hacer.

Art. 4.º Las comisiones referidas celebrarán dos reuniones semanales por lo menos, á excitacion de sus presidentes, hasta que den por evacuado su cometido, y formará acuerdo el voto de la mayoría de los asistentes siempre que el número de estos no baje del de la mitad de todos los vocales.

Art. 5.º Sin perjuicio de los trabajos de las juntas y simultáneamente con ellos, se creará desde luego en cada cabeza de partido judicial de las citadas islas un registro de la propiedad en la forma que establece la ley hipotecaria.

Cualquier otro registro establecido en un pueblo que no sea cabeza de partido judicial será suprimido.

Art. 6.º Habiendo de determinarse la circunscripción de los registros por la de los partidos judiciales, se considerarán comprendidos en cada registro los mismos pueblos que compongan el partido judicial correspondiente; pero los registros de las capitales donde haya mas de un juzgado comprenderán cada una todo el territorio señalado á los diferentes juzgados de la capital respectiva.

Art. 7.º Los libros y papeles correspondientes á los registros suprimidos, serán trasladados al registro cabeza de partido á que respectivamente correspondan los pueblos.

Art. 8.º Cuando alguno de los expresados libros contenga inscripciones de pueblos correspondientes á distintos partidos judiciales, se conservarán en aquel registro á que pertenez-

can los pueblos interesados en el mayor número de asientos; debiendo, empero, remitirse al registro ó registros á que pertenezcan los demás pueblos una relacion circunstanciada de las inscripciones de sus intereses, con expresion de las clases de las inscripciones mismas, del número de libros que las contengan y de la época á que se contraigan, la cual se hará constar consignando las fechas de los asientos primero y último.

Art. 9.º Todos los oficios de anotadores de hipotecas existentes en la actualidad en dichas islas se declararán consumidos y revertidos al Estado, mediante indemnizacion de los enajenados, desde la fecha en que tomen posesion los registradores nombrados con arreglo á la ley.

Art. 10. Los dueños y arrendatarios de los expresados oficios, que reúnan las circunstancias necesarias para ser nombrados registradores, lo serán de los mismos partidos en que hoy sirvan con entera sujecion á la ley hipotecaria si lo solicitaren, renunciando sus derechos actuales, y no concurriese en ellos ninguna causa legítima por la cual, á juicio del Gobierno, no sea conveniente que desempeñen tales cargos.

Art. 11. Los mismos dueños ó arrendatarios, que sean ó estén en aptitud de ser escribanos, notarios ó procuradores, podrán ser indemnizados á su voluntad, obteniendo oficios vacantes de dichas clases, siempre que renuncien su derecho sobre los de hipotecas que posean por título oneroso.

Art. 12. Los dueños de oficios de hipotecas enajenados por el Estado á perpetuidad, que no opten ó puedan optar por ninguno de los medios de indemnizacion establecidos en los dos artículos anteriores, recibirán por vía de indemnizacion, luego que acredite su derecho y la libertad de censos y cargas de sus respectivos oficios, el importe íntegro del precio en que fueron tasados al adquirirlas los actuales poseedores, y el de las cantidades satisfechas por los mismos como derechos de renuncia, media annata, conduccion de fondos á la Península ó por cualquier otro concepto.

Art. 13. Los dueños vitalicios de oficios de hipotecas, que tampoco opten ó puedan optar por los medios de indemnizacion ofrecidos en los artículos 10 y 11, recibirán en el mismo caso y concepto que los anteriores las cantidades que hayan pagado por razon de precio.

Art. 14. Los arrendatarios vitalicios que se hallen en el caso de los dueños á que se refieren los dos artículos anteriores, recibirán la tercera parte de las cantidades que hayan pagado por sus arrendamientos desde el día en que adquirieron su derecho.

Art. 15. Si el oficio de hipotecas que se suprime estuviere anejo á alguna escribanía ó notaría que deba subsistir despues de la suspension de aquel, se instruirá expediente por la intendencia general de Hacienda, conforme á las reales órdenes de 2 de Junio y 26 de Agosto de 1860, para calcular la indemnizacion correspondiente á la parte de emolumentos que su poseedor deba dejar de percibir.

Art. 16. Los dueños que aspiren á ser indemnizados del modo propuesto en el art. 10 presentarán sus solicitudes y todos los documentos que justifiquen sus derechos al regente de la Audiencia, dentro del plazo que este señale, para la presentacion de las instancias de los que soliciten los registros nuevamente creados.

Si dejasen trascurrir dichos plazos sin presentar sus solicitudes ó los documentos necesarios para la justificacion de su derecho, no tendrán la opcion que les concede el art. 10.

Art. 17. Por el ministerio de Ultramar se dictarán las disposiciones para la ejecucion del presente decreto.»

A LA GUERRA.

Si no es tu ilustracion palabra vana, si un resto guarda de pudor tu frente, hunde en el polvo, de rubor candente, tu ajado rostro, Humanidad insana!

¿A qué enhestarte ufana con loca presuncion y alarde fiero, como imagen de Dios, como criatura, dotada de progreso y de cultura, si, al inflamarte en tu furor guerrero, hambrienta de matanza y de carnaje, no hay fiera que te iguale en el coraje?

¿Viste en la tierra de que rey te aclamas, lanzarse en furibundos pelotones contra su propia especie los leones, los tigres y panteras; á las llamas sus antros entregar y sus guaridas; en sangre retereñ ríos y lagos, y en el campo brutal de sus estragos dejar miles de víctimas tendidas?

¿Viste algun dia organizarse en huestes las águilas caudales, y ensangrentar los ámbitos celestes, rasgando con sus garras infernales el pecho y corazon de sus iguales?

¿Y en el seno del mar, viste formados compactos escuadrones de hambrientos tiburones devorarse entre sí, y descuartizados poblar de trozos veros del piélago insondable los desiertos?

¿Ese es tu timbre, tu blason, tu escudo tu horrible privilegio, mísera Humanidad!... ¡Linaje egregio, con voz de hiel y acibar te saludo!

Esa alma que te das en tu egoismo en tu ambicion de ser, cual Dios, eterno,

entrega tu razon á un paroxismo que torna tu conciencia en un infierno. Codicias el poder, el despotismo es tu instintivo impulso, y, magüer cruces, trémulo y convulso, de rutilante sangre hirvientes lagos, y pises de cadáveres montañas, no sabes ahogar en tus entrañas de tu ambicion maldita los halagos.

Ved que bandera repugnante ondea en ese inmenso mar de sangre humana, que á despecho del tiempo siempre humeal *Trono* y *altar* es la inscripcion profana que con horror se mira siempre estampada en esa atroz bandera. *Trono* y *altar* es la razon primera que en hecatombes la matanza inspira.

Con la sangre de Abel mancha la tierra el misero Cain, de envidia henchido, y es que la ofrenda de su hermano ha sido mas grata á Dios... ¡Y se engendró la guerra, y el culto la engendró...! Nemrod un día siente el vigor de sus hercúleos brazos, é inventa del poder la tiranía, y, rotos por doquier íntimos lazos, sembrando aquí el furor, allá el encono se alza la guerra en destructor tumulto, y luchan los Caines por el culto, y los Nemrodes luchan por el trono.

¡Ah! si ese cuadro que el pincel souroja refleja solo fuera de la infancia, ó de la adolescencia del linaje!

¡Si de vergüenza roja la historia, á remotísima distancia, ó en zonas al dominio del salvaje, tan solo nos trazara el engranaje de esos siglos tremendos, palpitantes de crímenes horrendos!

¡Mas no! La humanidad, siempre la misma, jamás de casco y espaldar desnuda, cuanto mas crece, mas violenta y ruda de sus pasiones en la mar se abisma. Si de su ingenio y su saber al prisma, veis con placer que su moral mejora, que por la senda del derecho avanza, ¡no os hagais ilusion! En menguada hora, levanta con frenética pujanza ciega pasion su imperio turbulento, y al punto ablica la razon su trono; iosano sentimiento da á la conciencia anárquica su tono; sublévanse agresivos los instintos feroces, y al son confuso de sus broncas voces, los hombres primitivos aparecen allí, sin rastro alguno de civilizacion, ni de progreso; todo se inclina al peso de la fuerza brutal; es importuno de justicia y razon todo alegato, triunfante la pasion en su arrebatado tiempos y zonas á un nivel coloca, y el progreso moral y la cultura contemplan, ¡oh dolor! con amargura que el corazon del hombre es una roca.

¡Siglo décimo nono! Responde tú de la verdad tremenda de esos tristes asertos! Df, ¿que enmienda alcanzaste á poner al rudo encono de los que, renegando tus progresos, superan en estragos y en excesos á las edades bárbaras é incultas? Tú, que tanto blasonas de tu alta ilustracion: que á nadie ocultas tu loca vanidad, y que pregonas tu ciencia y tu moral, como conquista de la pura razon y del derecho, confiesa avergonzado á tu despecho, que nada tanto el ánimo contrasta como tus guerras étnicas y atroces, y los medios feroces que, fuera ya de seso, demandas á tu ciencia y su progreso, para sembrar los campos de batalla de mutilados hombres á millones, al hórrido bramar de tus cañones que arrojan ya sin tiempo la metralla.

Ved que naciones son las entregadas á indómito furor de infanda guerra; son las que el globo en su estension encierra en cultura social las mas loadas. En tanto que las rudas y atrasadas en santa paz respiran y al trabajo consagran á destajo sus fuerzas y sudores, la patria de los Kant, de los Descartes, los templos de las ciencias y las artes cerrando con tropel, á los horrores se lanzan de recíproco exterminio, y henchidas de ambicion y orgullo fiero, del globo disputándose el dominio, hielan de espanto el universo entero.

¡Hay mas aun! En su embriaguez ímpia siempre ávidas de sangre, de matanza y destruccion y horror, dan por tardía la máquina de guerra, que no envia la muerte á una legion, ó que no alcanza en un segundo á todo un campamento, y ofrecen ¡oh vergüenza! emolumento al que idee un cañon mas desastroso; un proyectil que, al estallar, inflame los bosques, las ciudades, que derrame la asfixia alrededor; un polvo odioso mas fulminante aun y mas potente que cuando ha creado el mágico arte de Liébig y Dumás; un misto ardiente que raje en su explosion de parte á parte el fondo de la mar y el continente.

¡Demencia sin ejemplo! ¡No hay memoria

de igual aberracion, de tantas iras! ¡Siglo infeliz! ¡Ah! Sin saberlo aspiras á ser el mas infame de la historia. ¡Premiar una invencion por meritoria cuanto mas rauda y mas sangrienta sea! ¡Qué horrible ceguedad! ¡Qué atroz ideal! ¡Y eso, gran Dios, aclaman con entusiasta ardor Rhines y Senas! ¡Y las nuevas Atenas siglo de luces al actual proclaman!

¡Oh, Phalaris, que en Agrigento un día, allá en remota edad, tu tiranía colmaste con el toro que Pírolo en bronce te vació, y en cuyo seno abrasabas las víctimas, atento á su hórrido lamento que remedaba el áspero mugido del toro escandecido! Levanta con fiereza y arrogancia de tu ignorada tumba el polvo vano, que no eres ya el mas bárbaro tirano; mas s bárbaros los da la culta Francia y la Germania ilustre... Gloria y oro con cargos al Tesoro, prodigan al que inventa un aparato que corte de la vida el frágil hilo á miles de valientes... Otro trato dió tu barbárie al escultor Pírolo, que hoy ante el mundo juzgador te abona; en el candente toro le embutiste y, como premio al inventor, le diste que se hiciera el ensayo en su persona.

¡Naciones de la tierra! No blasoneis de cultas ni de humanas, mientras lleveis con flámulas livianas los pueblos á los campos de la guerra. La voz de la razon os vuelve hermanas. La guerra es el oprobio del linaje. Si en vuestras disensiones á la fuerza apelais, no sois naciones; sois hordas al estado mas salvaje.

¿Qué importa la cultura, la ciencia y el derecho, que os llaman á la paz, si, á una ruptura, en alas vais de un huracan deshecho, y al impulso feroz de ciega saña, en una ó dos jornadas de vándala campaña, Penélopeis menguadas, por un orgullo fátuo, ó falsa idea rasgais tal vez de un siglo la tarea?

¿No acabará jamás tal desvarío? ¿Cuándo será que, en vez de darle gloria, siquiera le abrilante la victoria, se exerce á todo César por ímpio, por asesino atroz de las naciones? ¿No arrancareis de las humanas mentes las falsas concepciones que las vuelven dementes, desviando los instintos naturales de su impulso espontáneo, mas certero, mas justo y verdadero que el que les dan mentidos ideales, urdidos en provecho del que astuto de las conciencias el venero explota? ¿Quereis del Cesarismo la derrota? Rendid de hoy mas á la razon tributo.

Ved que es la gloria militar legado del viejo y carcomido gentilismo. Si ya en la edad feudal fué anacronismo, ¿qué no ha de ser ese astro hoy eclipsado por el radiante sol, que al mundo guía á la unidad moral de toda raza? Hoy que ese sol asciende al mediodía, que las naciones de la tierra enlaza con vínculos mas propios de su objeto, la gloria de las armas es un reto á la fraternidad, que á voz en grito y al eco de triunfante propaganda de polo á polo y sin cesar demanda que sea el arte de matar proscrito.

La guerra es todo mal. Asoladora de campos y ciudades, de fueros y de patrias libertades fatal demoleadora, reflejo de la caja de Pandora, mientras agota por doquier las fuentes de todas las riquezas, á torrentes la sangre humana derramando impla, desde los campos de matanza envía de azotes pestilentes emponzoñadas ráfagas, que al mundo la vuelta dan con rapidez tremenda, llenando todo hogar su impura senda de muerte, luto y estupor profundo.

Vuestro implacable y férvido anatema lanzad en coro universal, naciones, al que, inflamando bélicas pasiones, contra la humana asociacion blasfema. Sonó la hora suprema de paz y libertad. La guerra horrible que entre el Sena y el Rin al mundo aterra, vá á ser la última guerra, si no es la vieja Europa incorregible. ¡Leccion grande y terrible que atañe por igual al pueblo y tronol Dos pueblos nadan en sangriento lago, y flotan ya despojados de ese estrago, Napoleon tercero y Pio nono.

PEDRO MATÁ.

Madrid 22 de Setiembre de 1870.

Madrid: 1870.—Imprenta de LA AMÉRICA. á cargo de José Cayetano Conde. Floridablanca, 3.

SECCION DE ANUNCIOS.

Vin de Bugeaud

TONI-NUTRITIF

au Quinquina et au Cacao combinés

43, rue Réaumur
27 et 29, rue Palestro

Chez J. LEBEAULT, pharmacien, à Paris

43, rue Réaumur
27 et 29, rue Palestro

Los facultativos lo recomiendan con éxito en las enfermedades que dependen de la *pobreza de la sangre*, en las *nevrosias* de todas clases, las *fiores blancas*, la *diarrea crónica*, *perdidas seminales involuntarias*, las *hemorragias pasivas*, las *escrifulas*, las *afecciones escorbúticas*, el *periodo adinámico de las calenturas tifoidales*, etc. Finalmente conviene de un modo muy particularmente especial á los convalecientes, á los niños débiles, á las mujeres delicadas, et á las personas de edad debilitadas por los años y los padecimientos. La *Union medical*, la *Gaceta de los Hospitales*, la *Abeja medica*, las Sociedades de medicina, han constatado la superioridad del presente remedio sobre los demas tónicos.

Depositos en La Habana: SARRA y C^o; — En Buenos-Ayres: A. DEMARCHI y HERMANOS, y en las principales farmacias de las Americas.

Los MALES DE ESTOMAGO, GASTRITIS, GASTRALGIA y las IRRITACIONES de los INTESTINOS

Son curados por el uso del **RACAHOUT DE LOS ARABES** de DELANGRENIER, rue Richelieu, 26, en Paris. — Este agradable alimento, que está aprobado por la Academia imperial de Medicina de Francia y por todos los Médicos mas ilustres de Paris, forma un almuerzo tan digestivo como reparador. — Fortifica el estómago y los intestinos, y por sus propiedades analépticas, preserva de las *fiebres amarilla y tifóidea* y de las enfermedades epidémicas. — *Desconfiese de las Falsificaciones.* — Depósito en las principales Farmacias de las Américas.

LOS INOFENSIVOS de esquisito perfume fortifican y devuelven instantaneamente al cabello y a la barba su color primitivo, por una simple aplicacion, sin desgrasar ni lavar, sin manchar la cara, y sin causar enfermedades de ojos ni Jaquecas.

TEINTURES DU DOCTEUR CALLMANN
QUIMICO, FARMACEUTICO DE 1^a CLASSE, LAUREADO DE LOS HOSPITALES DE PARIS
12, rue de l'Echiquier, Paris.

Desde el descubrimiento de estos *Tintes perfectos*, se abandonan esos tintes debiles llamados AGUAS, que exigen operaciones repetidas y que, mojan demasiado la cabeza. — Oscuro, castaño, castaño claro, 8 frs. — Negro rubio, 40 frs. — Dr. CALLMANN, 12, rue de l'Echiquier, PARIS. — LA HABANA, SARRA y C^o.

IRRIGADOR

Invencion del Doctor ÉGISIER.



Los irrigadores que llevan la estampilla DRAPIER & FILS, son los únicos que nada dejan que desear. Estos instrumentos, reconocidos como superiores y de perfeccion acabada, ninguna relacion tienen con las numerosas imitaciones esperecidas en el comercio.

Precio: 14 á 32 fr. segun el tamaño

DRAPIER & FILS, 41, rue de Rivoli, y 7, boulevard Sébastopol, en Paris.

BRAGUERO CON MODERADO

Nueva Invencion, con privilegio s. g. d. g.

PARA EL TRATAMIENTO y LA CURACION DE LAS HERNIAS.

Estos nuevos Aparatos, de superioridad incontestable, reúnen todas las perfecciones del **ARTE HERNIARIO**; ofrecen una fuerza que uno mismo modera á su gusto. Todas las pelotillas son en el interior de cautchú maleable; no tienen accion ninguna irritante y no perforan el anillo.

Se encuentran en nuestros almacenes toda especie de Bragueros y Suspensorios.

Medalla á la Sociedad de las Ciencias industriales de Paris.

NO MAS CANAS MELANOGENA

TINTURA SOBRE EL ALIENTO de DICQUEMARE ainé DE RUAN

Para teñir en un minuto, en todos los matices, los cabellos y la barba, sin peligro para la piel y sin ningun olor. Esta tintura es superior á todas las usadas hasta el día de hoy.

Fabrica en Ruan, rue Saint-Nicolas, 59. Depósito en casa de los principales pelandores y perfumadores del mundo. Casa en Paris, rue St-Honoré, 207.

VERDADERO LE ROY EN LIQUIDO ó PILDORAS

Del Doctor SIGNORET, único Sucesor, 51, rue de Seine, PARIS

Los médicos mas célebres reconocen hoy dia la superioridad de los evacuativos sobre todos los demas medios que se han empleado para la

CURACION DE LAS ENFERMEDADES ocasionadas por la alteracion de los humores. Los evacuativos de LE ROY son los mas infalibles y mas eficaces: curan con toda seguridad sin producir jamas malas consecuencias. Se toman con la mayor facilidad, dosados generalmente para los adultos á una ó dos cucharadas ó á 2 ó 4 Pildoras durante cuatro ó cinco dias seguidos. Nuestros frascos van acompañados siempre de una instruccion indicando el tratamiento que debe seguirse. Recomendamos leerla con toda atencion y que se exija el verdadero LE ROY. En los tapones de los frascos hay el sello imperial de Francia y la firma.

PHARMACIE COTTIN

PURGATIF LE ROY SELON L'ORDONNANCE DU DOCTEUR SIGNORET

Avis Especial: Les individus recommandant nos bons suppositoires, ont est.

Rue de

DOCTEUR-MÉDECIN ET PHARMACIEN

Signature of Signoret

PEPSINE BOUDAULT

EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867 la medalla unica para la pepsina pura ha sido otorgada á NUESTRA PEPSINA BOUDAULT la sola aconsejada por el Dr. CORVISART médico del Emperador Napoleon III y la sola empleada en los HOSPITALES DE PARIS, con éxito infalible en Elixir, Vino, Jarabe BOUDAULT y polvos (Frascos de una onza), en las Gastritis, Gastralgias, Agruras, Nauseas, Eructos, Opresion, Plultas, Gases, Jaqueca, Diarreas y los vomitos de las mujeres embarazadas

PARIS, EN CASA de HOTTOT, Succ^r, 24 RUE DES LOMBARDS.

DESCONFIESE DE LAS FALSIFICACIONES DE LA VERDADERA PEPSINA BOUDAULT

NICASIO EZQUERRA. ESTABLECIDO CON LIBRERÍA MERCERÍA Y ÚTILES DE ESCRITORIO en Valparaiso, Santiago y Copiapó, los tres puntos mas importantes de la republica de Chile. admite toda clase de consignaciones, bien sea en los ramos arriba indicados ó en cualquiera otro que se le confie bajo condiciones equitativas para el remitente. Nota. La correspondencia debe dirigirse á Nicasio Ezquerro, Valparaiso (Chile.)

JARABE DE LABELONYE

Farmacéutico de 1^a classe de la Facultad de Paris. Este Jarabe este empleado, hace mas de 30 años, por los mas célebres médicos de todos los paises, para curar las enfermedades del corazon y las diversas hidropesias. Tambien se emplea con feliz éxito para la curacion de las palpitaciones y opresiones nerviosas, del asma, de los catarros crónicos, bronquitis, tos convulsiva, espusos de sangre, extincion de vox, etc.

Deposito general en casa de LABELONYE y C^o, calle d'Aboukir, 99, plaza del Cairo. Depósitos: en Habana, Lertverend; Reyes; Fernandez y C^o; Sara y C^o; — en Mejico, E. van Wingert y C^o; Santa María Da; — en Panama, Kratochwill; — en Caracas, Sturup y C^o; Braun y C^o; — en Cartagena, J. Veloz; — en Montevideo, Ventura Garaycochea; Laseca; — en Buenos-Ayres, Demarchi hermanos; — en Santiago y Valparaiso, Mongiardini; — en Callao, Botica central; — en Lima, Dupeyron y C^o; — en Guayaquil, Gault; Calve y C^o; en las principales farmacias de la America y de las Filipinas.

GRAGEAS DE GÉLIS Y CONTE

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris. Resulta de dos informes dirigidos a dicha Academia el año 1840, y hace poco tiempo, que las Grageas de Gélis y Conté, son el mas grato y mejor ferruginoso para la curacion de la clorosis (colores pálidos); las perdidas blancas; las debilidades de temperamento, en ambos sexos; para facilitar la menstruacion, sobre todo a las jóvenes, etc.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

AUTORIZADO EN FRANCIA, EN AUSTRIA, EN BELGICA Y EN RUSSIA.

Los médicos de los hospitales recomiendan el ROB VEGETAL BOYVEAU LAFFECTEUR, aprobado por la Real Sociedad de Medicina, y garantizado con la firma del doctor Girardeau de Saint-Gervais, médico de la Facultad de Paris. Este remedio, de muy buen gusto y muy fácil de tomar con el mayor sigilo se emplea en la marina real hace mas de sesenta años, y cura en poco tiempo, con pocos gastos y sin temor de recaidas, todas las enfermedades bilíticas nuevas, investidas ó rebeldes al mercurio y otros remedios, así como los empujes y las enfermedades cutáneas. El Rob sirve para curar: Hérpes, abcesos, goma, marasma, catarros de la vejiga, palidez, tumores blancos, asma nervioso, úlceras, sarna dejenada, reumatismo, hipocóndrias, hidropesias, mal de piedra, sífilis, gastro-enteritis, escrifulas, escorbuto. Depósito, noticias y prospectos, gratis en casa de los principales boticarios.

Depósito general en la casa del Doctor Girardeau de Saint-Gervais, 12, calle Richer, PARIS. — Depósito en todas las boticas. — Desconfiese de la falsificacion, y exijase la firma que viste la tapa, y lleva la firma Girardeau de Saint-Gervais.



PILULAS DEHAUT —Esta nueva combinacion, fundada sobre principios no conocidos por los medicos antiguos...

problema del medicamento purgante.—Al reves de otros purgativos, este no obra bien sino cuando se toma con muy buenos alimentos...

PASTA Y JARABE DE NAFÉ DE DELANGRENIER

Los únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia y por 50 medicos de los Hospitales de Paris...

RACHAHOUT DE LOS ARABES DE DELANGRENIER

Único alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restablece a las personas afectadas del Estomago o de los Intestinos...

EXPRESO ISLA DE CUBA. EL MAS ANTIGUO EN ESTA CAPITAL.

Remite a la Peninsula por los vapores-correos toda clase de efectos y se hace cargo de agenciar en la corte cualquier comision que se le confie.

EL UNIVERSAL.

PRECIOS DE SUSCRICION. Madrid, un mes. 8 reales. Provincias, un trimestre, directamente. 30 »

EL TARTUFO, COMEDIA EN TRES ACTOS.

Se vende en Madrid, en la libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

CATECISMO DE LA RELIGION NATURAL,

POR D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ, REDACTOR DE «EL UNIVERSAL.»

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resumen sustancial de los principios de la religion natural, es decir de la religion que a todos los hombres ilustrados y de sano criterio dicta su simple buen sentido.

TENEDURIA DE LIBROS.

FOR D. EMILIO GALLUR.

Nueva edicion refundida con notables aumentos en la teoria y en la practica.

Obra recomendada por la Sociedad Economica de Amigos del pais de Alicante, y de grande aceptacion por el comercio en España y América.

ENFERMEDADES DEL PECHO

COLORIS, ANEMIA, OPILACION

Alivio pronto y efectivo por medio de los Jarabes de hiposulfito de sosa, de cal y de hierro del Doctor Churchill.

DESCUBRIMIENTO PRODIGIOSO.

KENTISAN

Curacion instantanea de los más violentos dolores de muelas.—Conservacion de la dentadura y las encias.



CALLOS

Los con las LIMAS AMERICANAS de P. Mourthé, con privilegio s. n. d. g., proveedor de los ejércitos, aprobadas por diversas academias y por 15 gobiernos.

Juanetes, Callosidades, Ojos de Pollo, Uneros, etc., en 30 minutos se desembaraza uno de ellos con las LIMAS AMERICANAS de P. Mourthé, con privilegio s. n. d. g., proveedor de los ejércitos, aprobadas por diversas academias y por 15 gobiernos.

VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPANIA.

LINEA TRASATLANTICA.

Salida de Cádiz, los dias 15 y 30 de cada mes, a la una de la tarde, para Puerto-Rico y la Habana.

TARIFA DE PASAJES.

Table with columns for destinations (Puerto-Rico, Habana, Habana a Cádiz) and fare classes (Primera, Segunda, Tercera).

Camarotes reservados de primera cámara de solo dos literas, a Puerto-Rico, 170 pesos; a la Habana, 200 cada litera.

LINEA DEL MEDITERRANEO.

Salida de Barcelona los dias 7 y 22 de cada mes a las diez de la mañana para Valencia, Alicante, Málaga y Cádiz, en combinacion con los correos trasatlánticos.

TARIFA DE PASAJES.

Table with columns for destinations (Barcelona, Valencia, Alicante, Málaga, Cádiz) and fare classes (1.°, 2.°, Cubta).

CORRESPONSALES DE LA AMÉRICA EN ULTRAMAR Y DEMAS CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Large table listing correspondents for various regions: ISLA DE CUBA, SAN SALVADOR, NICARAGUA, HONDURAS, NUEVA GRANADA, PERÚ, BRASIL, PARAGUAY, URUGUAY, GUYANA INGLESA, TRINIDAD, ESTADOS-UNIDOS, BOLIVIA, ECUADOR, CHILE, PLATA, FILIPINAS, CENTRO AMÉRICA.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

POLITICA, ADMINISTRACION, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS, INDUSTRIA, LITERATURA, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los dias 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras.

Se suscribe en Madrid: Libreria de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Cármen; Moya y Plaza, Carretas.—Provincias: en las principales librerías, ó por medio de libranzas de la Tesoreria Central, Giro Mútuo, etc., ó sellos de Correos, en carta certificada.—Extranjero: Lisboa, libreria de Campos, rua nova de Almada, 68.

Para los anuncios extranjeros, reclamos y comunicados, se entenderán exclusivamente en Paris con los señores Laborde y compañía, rue de Bondy, 42.